[ODISEA]

Homero

Versión de Ezequiel Zaidenwerg

GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Fundada en 1953

Colección pionera en la formación
escolar de jóvenes lectores

Títulos de nuestra colección

- *El matadero,* Esteban Echeverría.
- *Cuentos fantásticos argentinos,* Borges, Cortázar, Ocampo y otros.
- *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya,* Diego Bentivegna y Cecilia Romana.
- *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde,* Robert L. Stevenson.
- *Seres que hacen temblar – Bestias, criaturas y monstruos de todos los tiempos,* Nicolás Schuff.
- *Cuentos de terror,* Poe, Quiroga, Stoker y otros.
- *El fantasma de Canterville,* Oscar Wilde.
- *Martín Fierro,* José Hernández.
- *Otra vuelta de tuerca,* Henry James.
- *La vida es sueño,* Pedro Calderón de la Barca. Volumen doble
  Automáticos, Javier Daulte.
- *Fue acá y hace mucho,* Antología de leyendas y creencias argentinas.
- *Romeo y Julieta,* William Shakespeare. Volumen doble
  Equívoca fuga de señorita, apretando un pañuelo de encaje sobre su pecho, Daniel Veronese.
- *En primera persona,* Chejov, Cortázar, Ocampo, Quiroga, Lu Sin y otros.
- *El duelo,* Joseph Conrad.
- *Cuentos de la selva*, Horacio Quiroga.
- *Cuentos inolvidables*, Perrault, Grimm y Andersen.
- *Odisea*, Homero.
- *Los tigres de la Malasia*, Emilio Salgari.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-
blación descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Odisea

Homero

Versión de Ezequiel Zaidenwerg

Estudio preliminar y propuestas de actividades
de Dolores Gil

GOLU

Grandes Obras de la Literatura Universal

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Dirección editorial: Profesor Diego Di Vincenzo.
Coordinación editorial: Alejandro Palermo.
Jefatura de arte: Silvina Gretel Espil.
Introducción, notas y actividades: Dolores Gil.
Diseño de tapa: Natalia Otranto.
Asistencia en diseño: Jimena Ara Contreras.
Cartografía: Miguel Forchi.
Diseño de maqueta: Silvina Gretel Espil y Daniela Coduto.
Diagramación: estudio gryp.
Corrección: Inés Fernández Maluf.
Documentación: Gimena Castellón Arrieta.
Coordinación de producción: María Marta Rodríguez Denis.
Asistencia de producción: Agostina Angeramo y Juan Pablo Lavagnino.

Homero
Odisea / Homero; adaptado por Ezequiel Zaidenwerg - 1ª ed. - Buenos Aires, Kapelusz, Alejandro Palermo, 2009.
192 p.; 20 x 14 cm - GOLU (Grandes Obras de la Literatura Universal)

ISBN 978-950-13-2336-8

1. Literatura griega clásica. I. Zaidenwerg, Ezequiel, adapt. II. Título
CDD 880

Primera edición. Segunda reimpresión: enero de 2015
© Kapelusz editora S.A., 2009.
San José 831, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
www.kapelusz.com.ar.
Obra registrada en la Dirección Nacional del Derecho de Autor.
Hecho el depósito que marca la ley 11.723.
Libro de edición argentina.
Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

ISBN: 978-950-13-2336-8

PROHIBIDA LA FOTOCOPIA (ley 11.723). El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra, la que no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método gráfico, electrónico o mecánico, incluyendo el fotocopiado, el de registro magnetofónico o el de almacenamiento de datos, sin su expreso consentimiento.

Queridos colegas, nos interesaría mucho recibir sus observaciones y sugerencias sobre este volumen u otros, tanto en lo que respecta al texto en sí, como a la introducción o a las actividades. Pueden acercarlas mediante correo electrónico a: **pdiab@kapelusz.com.ar.** Leeremos con gusto sus comentarios.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Índice

Nuestra colección 7

Leer hoy y en la escuela *Odisea* 9

Avistaje 11

Palabra de expertos
"El mundo de la Odisea*"*,
Dolores Gil 13

Odisea, Homero 25

Sobre terreno conocido
Comprobación de lectura 179
Actividades de comprensión 181
Actividades de análisis 183
Actividades de producción 187

Recomendaciones para leer y para ver 189

Bibliografía 191

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Nuestra colección

Comencemos con una pregunta: ¿qué significa ser lector?

Quienes hacemos Grandes Obras de la Literatura Universal (GOLU) entendemos que el lector es aquella persona capaz de comprender, analizar y valorar un texto; de relacionarlo con otras manifestaciones culturales del momento particular de su producción; de seguir el trayecto de las diversas lecturas que ese libro fue provocando en el transcurso del tiempo.

Pero entendemos que ser lector también significa "dejarnos llevar" por lo que una historia cuenta, sumergirnos en las palabras al tiempo que estas nos inundan y nos pueblan. Los que así leen abren paso para que la literatura funcione como parte de sus vidas. Una novela, un cuento, algún poema o una pieza dramática, entonces, ayudan a que cada lector se comprenda a sí mismo y le ofrecen varios puntos de vista que le permiten enriquecer su comprensión del mundo.

Todo lo que aprendemos, todo lo que atesoramos a partir de nuestras lecturas, es algo que "llevamos puesto", una increíble posesión de la que disponemos a voluntad y sin que se agote.

Nuestra colección se funda en el deseo de colaborar con sus profesores y con ustedes en la formación de jóvenes lectores. Hacia este fin se encaminan tanto la selección de títulos como la redacción de los estudios preliminares —escritos por reconocidos especialistas— y la propuesta de actividades —elaboradas por docentes con probada experiencia en la enseñanza de la literatura.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Si bien en esta colección encontrarán no solamente obras consideradas clásicas, sino también algunas de las que no se han incluido en esta categoría —ciertamente amplia y variable—, coincidimos con el escritor italiano Italo Calvino, quien comienza su libro *Por qué leer los clásicos*[1] proponiendo varias definiciones de "obra clásica". Entre ellas, afirma que los clásicos son esos libros que "ejercen una influencia particular", en parte porque "nunca terminan de decir lo que tienen que decir", aun cuando se los ha leído y releído, y aunque han pasado siglos desde que se los escribió. Además, destaca el papel de la escuela no solamente como institución que está obligada a dar a conocer cierto número de clásicos, sino también como aquella que debe ofrecer a los estudiantes las herramientas necesarias para que puedan elegir sus propios clásicos en el futuro, es decir, para que construyan su propia "biblioteca".

Estamos convencidos de que leer las grandes obras que en esta colección les ofrecemos constituye una de las actividades orientadas a favorecer el desarrollo para comunicarse y para pensar; a allanar el camino de cada uno de ustedes en la formación escolar, universitaria, profesional; a ayudar a que se desempeñen en el ámbito del estudio y del trabajo, del fructífero intercambio de ideas y del respeto por los demás.

Por estas razones, creemos que la lectura de los libros de esta colección puede incluirse entre las acciones a la formación de personas más libres.

1 **Italo Calvino.** *Por qué leer los clásicos*. Barcelona, Tusquets, 1992.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Tabola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Leer hoy y en la escuela *Odisea*

Uno de los mitos más famosos de la cultura griega es el que protagoniza Odiseo —o Ulises, como es llamado en la tradición latina—, el héroe errante que, una vez finalizada la guerra de Troya, demora diez años en volver a su hogar. Las aventuras que vive en ese difícil regreso conforman el poema que hoy conocemos como *Odisea*. Tan famosa es la historia de las desventuras de este personaje en altamar, que el sustantivo común *odisea* hace referencia, en las lenguas modernas, a un viaje largo y lleno de peripecias.

La *Odisea* no solo es el primer libro de aventuras de la literatura occidental; es, también, uno de los más importantes de nuestra cultura. Cuando decimos que se trata de un clásico, nos referimos al hecho de que hay algo en esta obra que continúa interpelándonos, que sigue teniendo sentido hoy en día, cuando han pasado casi tres mil años desde su composición. El relato de las vicisitudes de un hombre que extraña a su familia y quiere volver a pisar el suelo de su patria nos conmueve y nos interesa porque es un tema universal, profundamente humano, y porque quizás, alguna vez, hemos conocido a alguien que estuvo en una situación similar.

Incontables son las aventuras que vive Odiseo en su viaje de regreso. Aunque no hayamos leído la *Odisea* todavía, todos hemos escuchado hablar de las sirenas[1] —esas terribles mujeres con cuerpo

1 En la mitología griega, las sirenas tienen cuerpo de ave, aunque posteriormente se las representó con cola de pez.

Tabola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

de ave que atraen a los navegantes con su enigmático canto para luego devorarlos— o de cómo el cíclope Polifemo fue engañado por la astucia de nuestro protagonista. ¿Quién no sabe que Penélope, la paciente y fiel esposa del héroe, tejía de día una larga tela blanca y luego, por la noche, la destejía, para así ganar tiempo y burlarse de los pretendientes que querían casarse con ella? Todos estos elementos míticos forman parte de nuestra imaginación, se han filtrado en nuestra cultura, son saberes que poseemos aun antes de leer las obras en las que se manifiestan.

La *Odisea* despliega ante nosotros dos mundos: el de la aventura —el de los seres fantásticos, los monstruos, las hechiceras y tempestades— y el del hogar —la tierra patria, la familia, la vida doméstica y el orden. El desafío que enfrenta Odiseo consiste en poder sacar lo mejor de uno para regresar al otro siendo más sabio, más experimentado, habiendo aprendido algo. No olvidemos que la *Odisea* es, principalmente, el relato de un viaje. No solo el que lleva a Odiseo de Troya a Ítaca —en donde se encuentran su hogar, su esposa y su hijo—, sino además el de las infinitas vicisitudes de la vida, de sus idas y vueltas, de sus problemas, de sus dolores y, también, de sus alegrías.

Lo bueno e interesante de la literatura es que nos permite vivir, aunque sea temporalmente, en mundos alternativos. Nos permite conocer otras geografías, encontrarnos con personajes maravillosos, vivir las mismas aventuras que los héroes. No hay duda de que la *Odisea* nos proporciona este tipo de experiencia. La importancia de leer este texto tiene que ver también, para los lectores jóvenes, con el hecho de que, de alguna manera, toda la literatura posterior está contenida en este primer gran relato. Quien lee la *Odisea* lee el germen de toda historia. Y eso no es poco decir.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Avistaje

Las siguientes actividades tienen como propósito recuperar y activar algunos conocimientos que les permitirán leer con mayor facilidad y provecho la *Odisea*.

1. Busquen en el diccionario el sustantivo común *odisea* y anoten el significado.
   a) Piensen en situaciones de la vida (viajes, tareas difíciles, problemas cotidianos) que pueden ser nombradas con esta palabra.
   b) Compartan oralmente con sus compañeros relatos de las situaciones que eligieron en el punto anterior. Comparen las historias y saquen conclusiones sobre lo que tienen en común.

2. En la *Odisea* aparecen diferentes monstruos que atemorizan al protagonista y a los integrantes de su tripulación. La palabra española *monstruo* proviene del latín *monstrum*, "prodigio", de la misma raíz que el verbo *monere*, "advertir"; es probable que esta etimología se deba a que los antiguos creían que los seres monstruosos eran enviados por los dioses a modo de advertencia para los humanos.
   a) Confeccionen una lista de los monstruos que ya conocen a través de la literatura o el cine. Debatan: ¿qué característica los hace monstruosos?
   b) Escriban una definición personal de *monstruo* y, luego, compárenla con la que aparece en algún diccionario.

3. Odiseo, Áyax, Aquiles y Diomedes son algunos de los héroes de la mitología clásica.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

a) En una obra de referencia sobre la mitología grecolatina (como las que se recomiendan en la “Bibliografía”, página 191), busquen información sobre estos y otros personajes heroicos. Escriban en la carpeta las características de cada uno y una breve biografía.

b) ¿Qué es un héroe para ustedes? Discutan con sus compañeros una posible definición. Tengan en cuenta los héroes que aparecen en la literatura, las historietas, las películas, y hasta en los noticieros.

c) Luego de leer la *Odisea*, vuelvan a pensar cómo es el héroe que presenta este texto. ¿Encuentran alguna diferencia con la definición que habían escrito antes?

4 En libros de historia o en enciclopedias, busquen información sobre el descubrimiento de la antigua ciudad de Troya. Luego, respondan a las preguntas.

a) ¿Quién descubrió Troya? ¿Qué otros descubrimientos llevó a cabo este arqueólogo?

b) ¿Qué importancia tienen estos descubrimientos para entender los relatos mitológicos?

c) ¿En qué fecha aproximada podemos ubicar la guerra de Troya?

5 Las aventuras de Odiseo tienen lugar en la cuenca del Mediterráneo. Observen en detalle el mapa de la página 26 y ubiquen en él las siguientes islas y ciudades. Busquen información acerca de ellas:

Creta – Ítaca – Troya – Esparta – Micenas – Sicilia – Pilos

6 Investiguen y discutan los diferentes significados de la palabra *mito*. ¿Qué significa para ustedes? Entre todos, hagan una lista de características que, según ustedes, deben tener las historias míticas. Luego, busquen una definición de *mito* en un diccionario o una enciclopedia. Vuelvan a elaborar una lista a partir de esta información. ¿Qué diferencias encuentran con la lista que habían confeccionado antes?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando

Palabra de expertos

El mundo de la Odisea

Dolores Gil

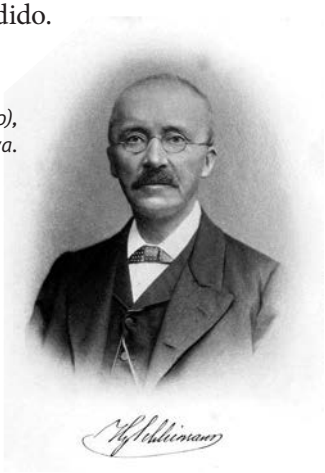
La poesía épica

Desde la Antigüedad, la tradición ha atribuido la autoría de la *Odisea* y la *Ilíada* a Homero, el poeta ciego de Quíos, una isla griega emplazada en el mar Egeo, cerca de las costas de la actual Turquía. Sin embargo, a partir de la época helenística, y a medida que los eruditos ahondaron en el estudio de estos poemas, fue cobrando fuerza la idea de que dicho poeta no había existido nunca, o de que, de haber existido, no era el autor del texto en el sentido en que entendemos el término *autor* hoy en día. Para comenzar a entender las discusiones que suscita la autoría de un texto como la *Odisea*, conviene primero hacer una referencia a las características de la poesía épica, el género literario al que pertenece esta obra.

La épica es un género que cuenta historias y leyendas protagonizadas por héroes, en forma de extensos poemas narrativos. Estos poemas son de carácter oral y muchas veces, también, popular; esto quiere decir que en su origen no fueron pensados por un único autor ni tampoco circularon en forma escrita, sino que se compusieron de manera colectiva, a través de la recitación acompañada con música. Es el caso de muchos poemas épicos, como el *Cantar del Mio Cid* o la *Chanson de Roland*, para nombrar dos textos pertenecientes a la Edad Media, y también, por supuesto, la *Ilíada* y la *Odisea*, en la Antigüedad.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Hacia finales del siglo XIX, el arqueólogo Heinrich Schliemann —convencido de que la *Ilíada* y la *Odisea* eran obras que contenían valiosos testimonios de hechos que habían ocurrido en el pasado, y no el simple fruto de la fantasía de un poeta— descubrió, luego de numerosas excavaciones, las ruinas de la antigua ciudad de Troya. Ese descubrimiento revolucionó el estudio de la historia y la literatura antiguas: Troya había existido, y al menos parte de lo que relataban los poemas homéricos tenía que haber sucedido.



Heinrich Schliemann (1822-1890), el descubridor de Troya.

Máscara funeraria del siglo XV a. C., hallada por Heinrich Schliemann en 1876, durante las excavaciones efectuadas en Micenas.

Otro innovador estudioso, Milman Parry, a principios del siglo XX, forjó una interesante teoría acerca de la composición de estas obras épicas. Parry descubrió, gracias a sus investigaciones de los poemas serbios y yugoeslavos que todavía se seguían recitando de manera oral en zonas rurales, algunos de los factores que desempeñan un rol fundamental en la composición épica. En primer lugar, comprobó que la principal herramienta de que se servían los recitadores era la memoria y que, por lo tanto, contaban con diferentes técnicas que les permitían

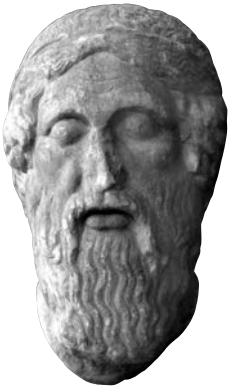
tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

recordar extensos pasajes de una historia popular, sin ayuda de ningún soporte escrito. Parry postuló que el uso constante de fórmulas fijas en este tipo de poemas era prueba de ello: dado que el recitador tiene que recordar miles de versos, la tarea se facilita muchísimo si puede encontrar constantes en su material. Es por eso que, cuando hoy leemos estas obras, tenemos la impresión de que el lenguaje es muy repetitivo y de que hay muchas escenas que aparecen en una parte que están literalmente "copiadas" en otra. Los aedos —que es el nombre que se les daba a estos recitadores en la antigua Grecia— tenían en su memoria un catálogo de escenas típicas (por ejemplo, el despuntar del día, la realización de un sacrificio a los dioses, la descripción de un banquete) del que podían hacer uso en cualquier momento. También contaban con una estructura métrica fija, lo que le daba al recitado un ritmo constante. Otro de los elementos que utilizaban los aedos eran los epítetos, es decir, adjetivos o construcciones que acompañan siempre a un sustantivo, por lo general propio. Así, en los poemas de Homero, Atenea es "la diosa de ojos glaucos", Odiseo es "astuto", Aquiles es "el de los pies veloces", las naves son "rápidas"… Estos epítetos cumplían una función doble: por un lado, servían para completar métricamente el verso; por el otro, contribuían a reforzar las características de los personajes o los objetos que se mencionaban en la narración.

Aedos y rapsodas

Los aedos conocían las historias populares y los mitos que se contaban desde tiempos inmemoriales. Se cree que la recitación tenía lugar en los festivales y en las cortes, como modo de entretenimiento del pueblo. Sin embargo, no es mucho lo que conocemos acerca del modo de composición de la épica, y debemos contentarnos con especulaciones acerca del modo en que habrían circulado originariamente estos textos. Debemos recordar que la naturaleza de la épica es fundamentalmente oral; es decir, que el material estaba en la mente de los aedos, no en los libros, que eran objetos desconocidos en la época arcaica.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-



Homero,
según una escultura del siglo v a. C.

Homero representado como un aedo. Bajorrelieve realizado en 1806 por Antoine-Denis Chaudet.

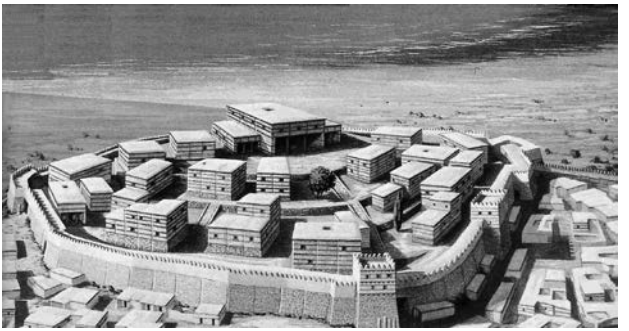
Los aedos profesionales se presentaban frente a un público y cantaban las historias famosas que la audiencia ya conocía pero que, no obstante, se deleitaba en escuchar una y otra vez. Lo que interesaba no era la *novedad* de lo que se cantaba, sino la originalidad y el modo particular en que cada aedo componía su versión sobre la base de un repertorio amplísimo de historias tradicionales.

Algunos estudiosos sostienen que resultaría prácticamente imposible que un solo aedo haya compuesto por su propia cuenta poemas de tanta perfección formal como la que se pone de manifiesto en la *Ilíada* y en la *Odisea*. Una de las hipótesis que se manejan para explicar la composición de estos poemas es que, luego del auge de los aedos —que tuvo lugar entre los siglos x y viii a. C.— y con la aparición de la escritura —hacia el 750 a. C.—, una nueva generación de recitadores, los rapsodas, hicieron el trabajo de edición. Estos rapsodas, que sabían leer y escribir, se dedicaban no ya a componer —puesto que el empleo del medio escrito condujo a que perdieran sus habilidades mnemotécnicas—, sino a unir los cantos que ya conocían, como si cosieran los distintos fragmentos que les llegaban (de hecho, la palabra *rapsoda* proviene del verbo *ráptein*, que en griego significa "coser", y el sustantivo *odé*,

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

“canto”). Quizás uno de estos rapsodas haya sido Homero, un hombre que —con una visión de conjunto y una sensibilidad especiales— supo tomar las historias tradicionales que más gustaban para crear obras de vasta complejidad. Incluso, hay quienes suponen que bajo el nombre “Homero” podría esconderse un grupo de rapsodas que llevaron a cabo la espectacular tarea. Sea uno o sean varios los autores, lo cierto es que estas obras perduraron lo suficiente como para ser copiadas en forma manuscrita una y otra vez, hasta llegar hasta nosotros.

Uno de los mitos preferidos por los aedos y los rapsodas fue, desde siempre, el relato de la guerra de Troya, una ciudad ubicada en el Asia Menor, en el territorio que actualmente ocupa Turquía. Esa leyenda cuenta cómo una confederación de pueblos griegos asedió la ciudad fortificada de Troya durante diez años y luego la asoló hasta dejarla en ruinas. Durante mucho tiempo se pensó que Troya solamente había existido en el mito y en la imaginación de los poetas; sin embargo, desde 1871, con el impresionante descubrimiento de Schliemann, se sabe que esa ciudad efectivamente existió, y que fue atacada, destruida y reconstruida en distintas oportunidades a lo largo de los siglos. Se cree que la guerra que la tuvo por protagonista sucedió en el siglo XIII a. C., aunque los historiadores no se ponen de acuerdo al respecto de una datación exacta. Es posible, por lo tanto, que los sucesos que podrían haber inspirado la *Ilíada* y la *Odisea* hayan tenido lugar alrededor del 1200 a. C.



Reconstrucción imaginaria de la ciudad de Troya, según los resultados de las excavaciones que Heinrich Schliemann llevó a cabo en 1871.

Tabola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Dioses y héroes

Los relatos que nos presentan los poemas homéricos no están protagonizados solamente por seres humanos, sino que los dioses olímpicos tienen un papel fundamental en el desarrollo de las acciones. En la mitología griega, los dioses poseen características antropomórficas; es decir, se asemejan a las personas: sienten, aman, se enojan, envidian, son caprichosos. El rasgo que los distingue de mujeres y hombres es la inmortalidad.

Desde el punto de vista de los poemas homéricos, el mundo de los mortales parece estar afectado directamente por la acción y la voluntad de las divinidades, de cuya influencia los héroes no pueden escapar. Esto se percibe muy claramente en la *Ilíada*, en donde el conflicto humano, la guerra entre dos pueblos, tiene su contrapartida en el ámbito divino: dos bandos enfrentados de dioses parecen manejar a los humanos casi como a títeres, en una obra que ellos mismos dirigen según sus pasiones. Zeus, el más poderoso de los olímpicos, sabe, sin embargo, que existe una fuerza superior a la de los dioses que nadie puede torcer ni cambiar: la del Destino.

En la *Odisea*, si bien están presentes las discusiones de los dioses en el Olimpo, la acción se centra más en el plano humano. La relación entre Odiseo y Atenea, la divinidad que lo protege, resulta más cercana, más íntima y directa. La diosa de la sabiduría comparte varios rasgos con su protegido, y lo acompaña, aconseja y ayuda hasta que se concreta su venganza final. También se pone junto a Telémaco, el hijo del héroe, y lo impulsa a dar el paso de la niñez a la madurez.

Por otra parte, en la *Odisea*, las divinidades parecen estar más preocupadas por el cumplimiento de la justicia que guiadas por los impulsos de su voluntad. Un claro ejemplo de ello es Poseidón, que perseguirá a Odiseo durante casi todo el viaje en castigo por haber cegado a su hijo Polifemo. La ira del dios del mar significará para el héroe muchos años de peripecias y una vuelta solitaria a Ítaca.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

La guerra de Troya

La historia del regreso de Odiseo a su hogar forma parte de un ciclo de leyendas más vasto, el de la guerra de Troya: un conjunto de relatos conectados entre sí que los griegos de la Antigüedad conocían a la perfección. En los párrafos que siguen, aparecen resumidos los acontecimientos más sobresalientes del ciclo troyano.

Cuenta el mito que Eris, la discordia, enfurecida por no haber sido invitada a la boda de Peleo y Tetis, arrojó en medio de los asistentes a la fiesta una manzana de oro que decía "Para la más bella". Las tres diosas más importantes —Atenea, Hera y Afrodita— se disputaron ese trofeo por considerarse merecedoras del título. Llamaron entonces a Paris, un joven príncipe troyano, para que juzgara cuál de ellas se haría con el triunfo. Cada diosa le prometió algo al joven, pero a Paris lo convenció la promesa de Afrodita: si la elegía, ella le daría el amor de Helena, la mujer más bella de la Tierra. Y así fue como Afrodita se quedó con la manzana de la discordia. A partir de ese momento, Atenea y Hera, enfurecidas, dieron rienda suelta a su odio contra los troyanos.

Helena estaba casada con Menelao, soberano de Esparta y hermano de Agamenón, el rey de Micenas. Un día, Paris visitó Esparta; por obra de Afrodita, Helena se enamoró de él y, aprovechando la momentánea ausencia de su esposo, huyó a Troya. Los griegos no tardaron en reaccionar: Agamenón, rey de reyes, se puso al mando de un enorme ejército de estados aliados que partió hacia el Oriente a recuperar el honor aqueo. Durante diez años, los griegos intentaron en vano quebrantar las murallas fortificadas de Troya.

La *Ilíada* comienza relatando que, en el décimo año de la guerra, Agamenón había raptado a Criseida, una joven doncella troyana hija de un sacerdote de Apolo. El dios, a pedido del padre de la muchacha, asoló las tropas aqueas con una peste en castigo por el rapto. El jefe de los aqueos accedió a devolver a la cautiva, a cambio de que le otorgaran como compensación una de las esclavas de Aquiles, Briseida. Enfurecido por esta decisión, Aquiles se negó a seguir combatiendo. Las consecuencias no tardaron en hacerse notar… Aquiles era el más

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

valiente de los guerreros aqueos. Su madre, la diosa Tetis, había bañado al pequeño, al nacer, en las aguas de la laguna Estigia, haciendo que su cuerpo fuera invulnerable a las armas, excepto en uno de sus talones, por donde lo había sostenido al sumergirlo.

Pronto los troyanos corrieron con ventaja: ante la ausencia de Aquiles, Héctor —uno de los hijos de Príamo, el rey de Troya— atemorizaba a los enemigos, que estaban desgastados por tantos años de guerra y querían regresar a sus hogares. Preocupado por el avance de los troyanos, Patroclo persuadió a su amigo Aquiles para que le prestara su armadura. Haciéndose pasar por Aquiles, Patroclo mostró valentía y mató a varios troyanos, hasta que Héctor se cruzó en su camino y terminó con su vida. Este hecho llenó de dolor a Aquiles y le dio el impulso que le faltaba para volver al combate. Frente a las murallas de Troya, finalmente se enfrentó con Héctor, al que venció luego de una ardua lucha. Arrastró y desfiguró el cadáver de su oponente. Finalmente, Aquiles se compadeció del viejo Príamo; devolvió el cuerpo a sus deudos y concedió una tregua para que se oficiaran los juegos fúnebres en honor al héroe caído. Este es el punto del relato en el que termina la *Ilíada*. Aquiles murió poco después, sorprendido por una flecha del cobarde Paris, quien lo hirió justo en el talón, la única parte vulnerable de su cuerpo.

Sin Héctor, los troyanos estaban desesperados. Los aqueos no se encontraban en una situación mucho más favorable: a pesar de tantos años de asedio, no habían podido franquear las puertas de la ciudad fortificada. Entonces, Odiseo —que se destacaba por su habilidad para los engaños y la mentira— tuvo una idea: propuso a sus compañeros que construyeran un enorme caballo de madera para ofrecérselo a los troyanos como regalo de paz. Dentro del caballo irían los más bravos guerreros aqueos y, una vez que la enorme ofrenda estuviese dentro de las murallas de Troya, saldrían del interior del caballo de madera y tomarían la ciudad. El plan fue ejecutado a la perfección y, en pocas horas, Troya quedó en manos del enemigo. Muchísimos troyanos murieron, las mujeres fueron tomadas prisioneras; algunos pocos, como Eneas, pudieron huir.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Luego de la caída de Troya, los héroes aqueos emprendieron el regreso a sus hogares, sin saber que para muchos el viaje sería arduo. El relato de esos viajes constituye un subgénero épico especial: el de los *nostoi*, o "regresos". Los hay felices, como el de Menelao o el de Néstor, a los que se hace referencia en la *Odisea*; pero también los hay trágicos, como el de Agamenón, que al llegar a su palacio encuentra la muerte a manos de su esposa Clitemestra y el amante de esta, Egisto. Y también hay regresos difíciles, como el de Odiseo, quien no dejará de sufrir una vez que pise Ítaca, puesto que allí tendrá que lidiar con los problemas originados por haber estado ausente del reino durante veinte años.

La figura del héroe

La visión del mundo que se manifiesta en la *Odisea* presenta significativas diferencias con la que aparece en la *Ilíada*. Esta es una de las razones por las que algunos sostienen que ambas obras no pueden pertenecer a una misma mentalidad o a una misma fecha. Principalmente, observamos en la *Odisea* un cambio en lo que respecta a la figura heroica. El héroe es alguien que se destaca por sus características especiales, que le permiten diferenciarse del resto de los mortales. En la antigua cultura griega se creía que para cada miembro de la sociedad existía una *areté*, es decir, una cualidad sobresaliente, un rasgo de excelencia. En el caso del héroe de la *Ilíada*, esa *areté* es la valentía, tal como se pone en evidencia en la figura de Aquiles, quien sacrifica una vida larga y tranquila, a favor de la gloria y la fama que supone la muerte en el campo de batalla en la flor de la edad.

Frente a esa figura, la *Odisea* presenta un héroe cuya cualidad principal no tiene que ver con la fuerza ni con la destreza en el combate. Odiseo es astuto, inteligente, hasta embaucador. No hace uso de la fuerza física para resolver los problemas o para sobrevivir, sino que su fortaleza reside en su intelecto, como se trasluce en la mayoría de las aventuras que debe enfrentar.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
- resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Este cambio de la manera de ver el mundo también se observa en la temática que presenta la obra. De cantar la gloria de los héroes de guerra, como ocurre en la *Ilíada*, se pasa a cantar al individuo en su lucha con el medio que lo rodea. Las aventuras que vive Odiseo en altamar tienen, casi sin excepción, un carácter fantástico: islas pobladas de seres extraños, monstruos marinos, hechiceras con poderes prodigiosos, viajes infernales… Es evidente que esta obra presenta la aparición de una nueva sensibilidad. La geografía que recorre el protagonista en su derrotero oscila entre el realismo y la más pura fantasía.

A su vez, la *Odisea* es un relato de la nostalgia: la primera aparición del héroe, en el canto V, resulta sumamente significativa en este sentido. Odiseo se halla en Ogigia, la isla en donde Calipso le ofrece todas las comodidades y hasta la vida eterna, pero él está sentado frente al mar y llora porque quiere regresar a su patria y no puede. Y no es la única vez que lo vemos llorar: ya en Feacia, cuando escuche al aedo cantar historias sobre la guerra de Troya en las que él había participado, no podrá contenerse y tendrá que esconder su semblante para que sus anfitriones no sospechen su identidad.

La estructura de la *Odisea*

Otro aspecto en el que se advierte un cambio profundo entre la *Ilíada* y la *Odisea* es el que se relaciona con la estructura narrativa peculiar de esta última. Como ocurre en muchas novelas y películas actuales, la secuencia cronológica de los hechos se presenta desordenada. En este sentido, se puede señalar que la estructura de la *Odisea* se organiza básicamente en tres partes.

En primera instancia, leemos la Telemaquia —que abarca los cantos I a IV—, en donde se relata la situación actual en el palacio de Odiseo y el viaje que emprende Telémaco en busca de noticias sobre su padre.

Luego, asistimos a las aventuras en el mar —recogidas en los cantos V a XII—, en el momento en que Odiseo parte desde la isla de Calipso rumbo a Feacia. Allí contará, en un extenso relato, todos los sucesos fantásticos que vivió desde el momento en que partió de Troya

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

hasta naufragar en la isla Ogigia. Desde el punto de vista narrativo, esta parte resulta particularmente interesante, ya que Odiseo, el personaje principal, se convierte en una especie de aedo que canta sus propias desventuras ante la corte de los feacios, lo que deviene en una especie de reflejo de la obra dentro de sí misma.

Por último, los cantos XIII a XXIV narran los sucesos que ocurren una vez que Odiseo llega a su patria, Ítaca. A partir de ese momento, llevará a cabo una cuidadosa estrategia para enfrentar a los numerosos pretendientes de Penélope que se comen su hacienda y malgastan sus bienes día tras día. En esta parte, al encontrarse Telémaco con su padre, se unen finalmente los hilos que el narrador tendió en la primera y en la segunda.

La *Odisea*, un clásico

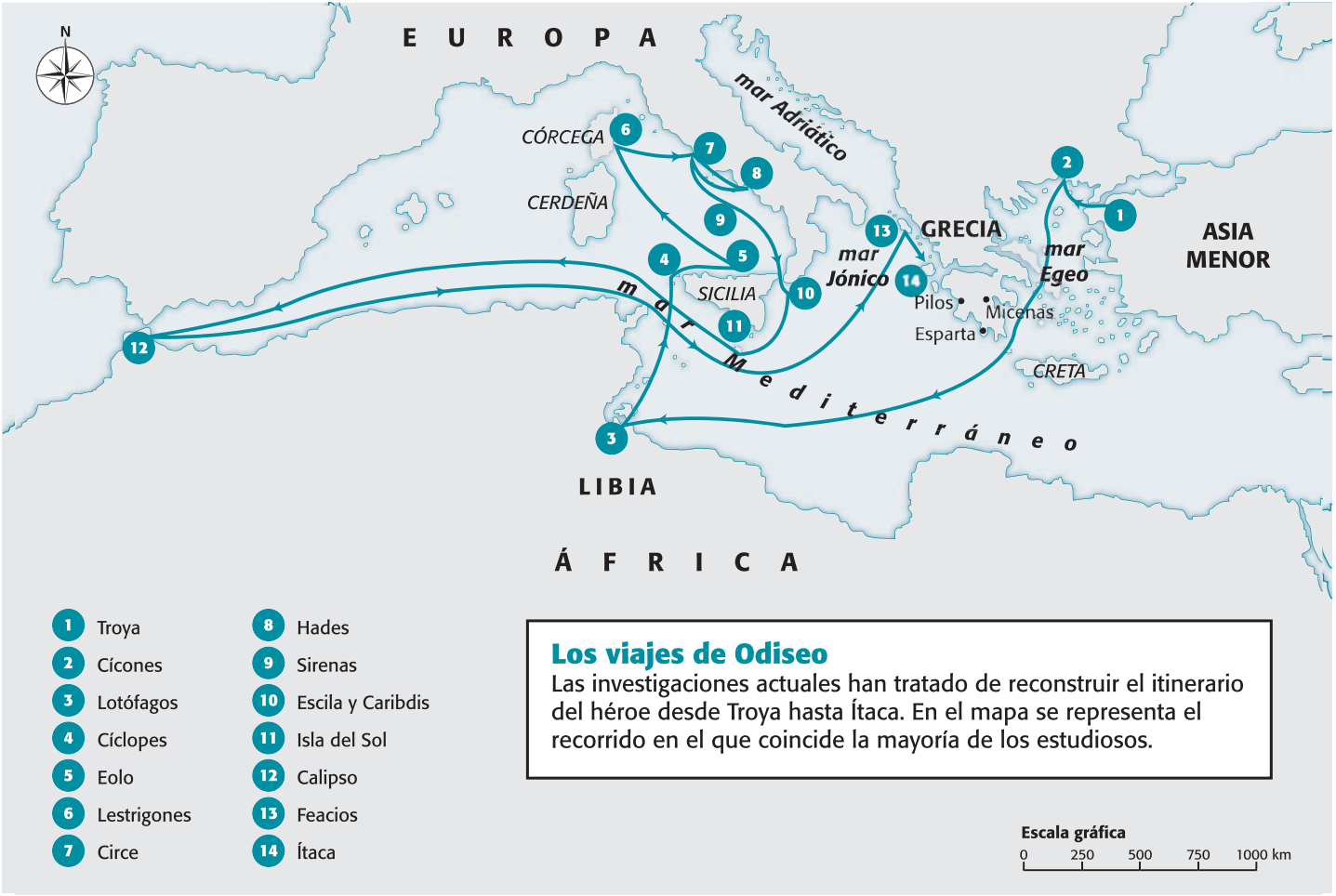
Según imagina el crítico George Steiner, Homero habría compilado la *Ilíada* en su juventud, a partir de materiales heredados, y habría redactado la *Odisea* siendo ya anciano. Sostiene esta hipótesis dado que "no parece probable que el mismo poeta pudiera articular ambas concepciones de la vida […]. Con intuición maravillosa, Homero eligió como protagonista la figura de la leyenda troyana que más cerca estaba de la 'modernidad'. […] Como Odiseo, Homero abandonó los incipientes y rudimentarios valores inherentes al mundo de Aquiles".[1]

El hecho es que la *Odisea* es una obra que, a través de los siglos, sigue fascinando a los lectores. No hay duda de que constituye un clásico de la literatura occidental. Sin embargo, lo verdaderamente significativo reside en que esta obra llegue a convertirse en uno de los clásicos personales de cada uno de nosotros, es decir, que pase a formar parte de ese tesoro individual que va creciendo a medida que uno encuentra sus propios favoritos. Este es el desafío que les presentamos… ¡que lo disfruten!

1 **Steiner, George.** "Homero y los eruditos". En: *Lenguaje y silencio*. Barcelona, Gedisa, 1982.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

[Odisea]



Los viajes de Odiseo

Las investigaciones actuales han tratado de reconstruir el itinerario del héroe desde Troya hasta Ítaca. En el mapa se representa el recorrido en el que coincide la mayoría de los estudiosos.

Canto I

Invocación.

Háblame, Musa,[1] del varón astuto que, luego de arrasar la ciudadela de Troya,[2] anduvo mucho tiempo errante y conoció los hábitos de numerosos pueblos, y soportó penurias, mientras surcaba el mar, pugnando por su vida e intentando ayudar a que los compañeros volvieran a la patria; pero los insensatos se comieron el rebaño del Sol,[3] quien les negó el regreso.

La asamblea de los dioses.

Ya todos los que habían conseguido escapar de la muerte estaban sanos y salvos en sus casas, a excepción de Odiseo, que se hallaba cautivo de la ninfa[4] Calipso. Ella lo tenía preso en la isla de Ogigia, deseosa de

---

1 **Musa:** cualquiera de las nueve diosas, hijas de Zeus y Mnemosine (la Memoria), que se ocupaban de inspirar la música y el canto.

2 **Troya:** ciudad del Asia Menor donde, según la leyenda, se llevó a cabo una de las guerras más famosas de los griegos.

3 **Sol:** en la mitología griega, el Sol era una divinidad; se lo imaginaba como un hermoso dios coronado con una aureola brillante, que cada día recorría el cielo en su carro.

4 **Ninfas:** diosas secundarias que pueblan los bosques, los campos y las aguas. Se las consideraba hijas de Zeus y representaban la belleza femenina y la fecundidad. A menudo se las representaba cantando e hilando.

tomarlo por esposo. Ya había llegado el tiempo decretado por los dioses para que regresara a Ítaca,[5] su patria, y todas las deidades se apiadaban de él, excepto Poseidón,[6] a cuyo hijo Polifemo[7] había cegado.

Un día se reunió la asamblea de los dioses: todos se habían dado cita en el palacio del olímpico Zeus,[8] excepto Poseidón, quien se encontraba en el lejano país de los etíopes, donde asistía a unos sacrificios que habían preparado en su honor. Recordando el ejemplo de Egisto,[9] a quien Orestes había dado muerte, el padre de los hombres fue el primero en tomar la palabra:

—Los humanos nos echan la culpa de sus males, cuando en verdad son ellos quienes se los buscan con sus propias locuras. Aunque enviamos a Hermes[10] para desalentarlo, Egisto se casó igualmente con la esposa de Agamenón[11] y lo mató cuando este volvía a su casa.

---

5 **Ítaca:** isla griega emplazada en el mar Jónico. Es la patria de Odiseo, en donde reina junto a Penélope. A menudo se la describe como una isla montañosa, árida y apta para criar cabras.

6 **Poseidón:** dios del mar. Es hijo de Crono y Rea, y, por lo tanto, hermano de Zeus, Hades y Hera. Es un dios irascible; a menudo suscita tormentas y remueve las aguas con ayuda de su tridente. Está enojado con Odiseo, puesto que este ha cegado a su hijo amado, Polifemo.

7 **Polifemo:** hijo de Poseidón y de la ninfa Toosa, es un gigante salvaje y horrible, que desconoce los lazos sociales más básicos, se alimenta de carne cruda y vive aislado en una caverna (ver canto IX).

8 **Zeus:** es el rey del Olimpo, la divinidad más importante, que domina el cielo y la tierra. Está casado con Hera, pero es un dios muy enamoradizo y tiene incontables hijos con otras diosas y con mujeres mortales. Preside la asamblea de los dioses, vela por el respeto de los juramentos y de la hospitalidad.

9 **Egisto:** primo de Agamenón y Menelao. Cuando estos parten hacia Troya, Egisto se queda en el palacio junto a Clitemestra, a quien finalmente seduce. Cuando Agamenón vuelve de la guerra, lo recibe con un banquete y lo asesina. Reina durante siete años más hasta que Orestes (el hijo de Agamenón y Clitemestra) lo mata.

10 **Hermes:** hijo de Zeus y Maya. Inventor de la lira y la flauta, Hermes es el mensajero de los dioses. Se lo representa con sandalias aladas y un sombrero de ala ancha. Una de sus funciones consiste en guiar a las almas de los muertos hacia el Hades.

11 **Agamenón:** llamado Atrida por ser hijo de Atreo, Agamenón es hermano de Menelao y jefe del ejército aqueo en la guerra de Troya. Es el rey de Argos, marido de Clitemestra y padre de Orestes, Ifigenia y Electra. Su disputa con Aquiles por el botín obtenido en un saqueo da comienzo al relato de la *Ilíada*.

Le respondió Atenea,[12] la diosa de ojos glaucos:[13]

—Has dicho la verdad. Y ojalá perezcan igual que él quienes se atrevan a imitar su ejemplo. Pero es distinto el caso de Odiseo. ¿Acaso olvidó hacerte un sacrificio? ¿Tan enojado estás con él?

Y Zeus, el que junta las nubes, respondió:

—¿Qué palabras son esas, hija mía? ¿Cómo podría olvidarme del divino Odiseo, que por su ingenio y sus ofrendas a los dioses siempre se destacó entre los demás hombres? Es Poseidón, el que sacude el suelo, el que sigue enojado con él, a causa de su hijo Polifemo, ya que lo dejó ciego el héroe. Por eso es que le impide retornar a la patria. Pero ya es momento de que regrese. Dispongamos su vuelta. Que Poseidón renuncie a su rencor, porque él solo no podrá contra la voluntad del resto de los dioses.

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Padre Zeus, si al resto de los dioses les complace su regreso, enviemos a Hermes a la isla de Ogigia, para que le transmita nuestras órdenes a la ninfa Calipso y ella le permita irse. Yo, por mi parte, partiré hacia Ítaca, donde le infundiré a su hijo Telémaco[14] coraje para que llame a una asamblea[15] y se enfrente a los crueles pretendientes[16] que consumen su hacienda; más tarde lo haré ir a

---

12 **Atenea:** hija de Zeus y Metis, Atenea es la diosa de la sabiduría, las labores, la inteligencia y la guerra. Al igual que Zeus, lleva la égida, con la cual aterroriza a los enemigos en el campo de batalla. Es la compañera inseparable de Odiseo, a quien aconseja y guía en su vuelta a Ítaca.

13 **Glauco:** de color verde claro, como el del mar.

14 **Telémaco:** hijo de Penélope y Odiseo, tiene veinte años cuando comienza el relato. Al igual que su madre, sufre al ver a los pretendientes saquear las riquezas de su palacio, pero no puede hacer nada al respecto.

15 **Asamblea:** reunión de los ciudadanos en la que se discutían temas de importancia y se decidía qué rumbo de acción tomar.

16 **Pretendientes:** jóvenes ricos y solteros de Ítaca que quieren casarse con Penélope. Son maleducados, groseros y se pasan todo el día festejando y dilapidando los recursos del palacio de Odiseo.

la arenosa Pilos[17] y a Esparta,[18] la de anchos valles, para buscar noticias del regreso de su querido padre, y para que se haga fama y renombre entre la gente.

Atenea visita a Telémaco.

Así dijo, y se colocó en los pies las hermosas sandalias inmortales, con las que podía volar, transportada en el viento, sobre las aguas y la tierra. Y tras tomar la lanza, dio un gran salto desde la cumbre del nevado Olimpo y, rauda, se posó frente a las puertas del palacio de Odiseo, en Ítaca, tomando la apariencia de Mentes, el señor de los tafios.

Atenea desciende del Olimpo hacia Ítaca. Ilustración de John Flaxman, 1810.

Encontró a los soberbios pretendientes que jugaban a los dados frente a la puerta del palacio. Hacía mucho tiempo que pasaban el día consumiendo la despensa de la casa de Odiseo, de banquete en banquete,

17 **Pilos:** ciudad ubicada al sudoeste del Peloponeso, en donde reina Néstor.
18 **Esparta:** ciudad del sur de Grecia continental; allí se encuentra el palacio de Menelao.

en tanto que esperaban que su esposa Penélope escogiera a uno de ellos para que la desposara. Telémaco, con el corazón angustiado por la ausencia del varón que, en caso de que volviera, expulsaría a aquellos insolentes, fue quien notó primero la presencia de la diosa. Hizo ingresar al huésped al vestíbulo y le tendió la mano, saludándolo:

—Sé bienvenido, huésped. Aquí te trataremos como a un amigo. Pero antes de que nos digas a qué has venido, come y sacia tu apetito.

Dicho esto, Telémaco hizo entrar a la diosa en el palacio y le ofreció un sillón para sentarse, en un sitio alejado de los pretendientes, para que el griterío de aquellos sinvergüenzas no los perturbara, con la idea de solicitarle al extranjero noticias de su padre, y él mismo tomó asiento junto a ella en una hermosa silla. Tras lavarse las manos, disfrutaron de exquisitos manjares. Poco después, entraron en la sala los viles pretendientes, y luego de que hubieron comido hasta llenarse, Femio, el divino aedo,[19] entonó un hermoso canto.

—Querido huésped —le dijo Telémaco a la diosa—, espero que no te enojes por lo que te voy a decir. Estos no tienen otra ocupación más que la música y el canto, y nada les importa, pues consumen impunes la hacienda de otro hombre, un varón cuyos huesos se pudren lejos en alguna playa, o las olas arrastran por los mares. Pero ahora dime por favor quién eres y cómo y con qué fin has llegado a mi casa.

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Soy Mentes, y me jacto de reinar sobre los tafios. Me dirigía a Temesa a buscar bronce, y me detuve aquí porque me aseguraron que tu padre había regresado. Sin duda que los dioses se oponen a su vuelta; porque lo cierto es que Odiseo vive, aunque está prisionero del océano, en una fértil isla. Yo no soy adivino ni intérprete de sueños, pero igual te diré lo que va a suceder: no estará mucho tiempo alejado

19 **Aedo:** recitador de poesía. Los aedos cuentan con una gran memoria que les permite recordar extensos relatos a medida que cantan y tocan la lira. En la *Odisea* hay dos: Femio y Demódoco. Su tarea es entretener a los comensales en los banquetes contándoles historias famosas, como las de la guerra de Troya.

de su patria, por más fuertes que sean las cadenas que lo tienen sujeto. Pero dime, ¿qué clase de reunión es esta? ¿Acaso se celebra un casamiento? ¿Por qué permites semejante despilfarro?

—Ya que preguntas, huésped, yo te responderé: esta casa fue antaño respetada, mientras vivió mi padre con nosotros. Ahora todos los hijos de las familias nobles de Duliquio, de Same, de Zaquinto y de la áspera Ítaca pretenden a mi madre y arruinan nuestra casa. Mi madre, sin embargo, no rechaza las nupcias ni sabe poner freno a este atropello, y mientras tanto estos odiosos hombres consumen nuestra hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.

—¡Oh dioses! ¡Si el ausente regresara! ¡Qué amargas bodas se celebrarían entonces! ¡Las vidas de estos necios cuánto se abreviarían! Pero ahora depende de los dioses que tu padre regrese y se cobre venganza; tú debes meditar cómo habrás de expulsar a estos insolentes de tu casa. Presta atención a lo que te voy a decir: convoca a una asamblea en el ágora[20] mañana, e intima a los pretendientes a que abandonen tu palacio; y si tu madre acaso busca segundas nupcias, que regrese a la casa de su padre, que habrá de decretar su casamiento y fijará su dote.[21] En cuanto a ti, dispón tu mejor nave, y vete a preguntar por Odiseo; primero irás a Pilos, que es la morada del divino Néstor,[22] y luego rumbo a Esparta, donde reina Menelao.[23] Si uno y otro te dicen que tu padre está vivo, soporta todo esto un año más, aunque estés afligido; pero si acaso oyes que

20 **Ágora:** plaza pública donde se realizan las asambleas.

21 **Dote:** conjunto de bienes y derechos aportados por la mujer al matrimonio.

22 **Néstor:** rey de Pilos, es el prototipo del anciano sabio al que todos acuden a pedir consejo.

23 **Menelao:** hermano de Agamenón y esposo de Helena, Menelao es rey de Esparta. La leyenda cuenta que la guerra de Troya se originó porque Helena, la más hermosa de las mortales, se escapó a Troya junto con el apuesto Paris. Esto suscitó la ira de los Atridas, que juntaron todas las fuerzas aqueas y se embarcaron rumbo a Ilión para recuperar el honor perdido.

él ha muerto, vuelve sin demora y levántale un túmulo, hónralo con exequias, y búscale a Penélope un marido. Y una vez que todo esto esté cumplido, medita cómo habrás de darles muerte a los odiosos pretendientes en el palacio, si abiertamente o con algún engaño, pues es preciso que dejes de comportarte como un niño: ya tu edad te lo impide. Ahora debo partir. Te pido que sigas mis consejos.

Telémaco convoca a una asamblea.

Luego de hablar, la diosa de ojos glaucos partió rauda, volando como un pájaro, infundiendo en el alma de Telémaco coraje y esperanza, y avivando en su mente el recuerdo de su padre. Al verla, sospechó el hijo de Odiseo que no era un mortal con quien había hablado. Luego se dirigió a los pretendientes:

—¡Soberbios pretendientes de mi madre! Dejen ya de gritar, y escuchemos a Femio, nuestro aedo, cuya voz se compara con la de los dioses, mientras disfrutamos del banquete. Cuando se haga de día, iremos hasta el ágora, donde habrá una asamblea. Allí les pediré que salgan del palacio, y que de aquí en más celebren sus banquetes en sus casas, comiendo de sus propios bienes. Pero si aun así siguieran consumiendo impunemente la hacienda de mi padre, yo invocaré a los dioses, por si Zeus concede que las acciones de ustedes sean castigadas, y quizás un día mueran aquí en este palacio sin que nadie los vengue.

Los pretendientes, sorprendidos por la audacia con que Telémaco había hablado, apenas atinaron a protestar; y luego, por la noche, se marcharon a dormir a sus casas. Telémaco subió a su habitación, acompañado por su nodriza, Euriclea,[24] quien iba alumbrándole el camino. Una vez acostado en su cómodo lecho, cubierto con un edredón de piel de oveja, pasó toda la noche dando vueltas en su mente al plan que Palas Atenea le había aconsejado.

24 **Euriclea:** nodriza de Odiseo, una de las pocas criadas fieles que existen aún en el palacio.

Canto II

Telémaco habla ante la asamblea.

No bien surgió la hija de la mañana, Eos,[25] de dedos sonrosados, Telémaco salió de la cama, y luego de vestirse se puso al hombro la afilada espada y colocó en sus pies las hermosas sandalias, y semejante a un dios en su fisonomía dejó la habitación. Acto seguido ordenó a los heraldos[26] que llamaran al ágora a todos los aqueos,[27] que muy pronto empezaron a acudir. Allá se dirigió, empuñando la lanza de bronce y con dos perros que le seguían los pasos; en el camino, Palas Atenea adornó su figura con la gracia de los dioses, y cuando llegó al ágora, la gente lo miraba con asombro. Allí ocupó la silla de su padre, puesto que los ancianos le hicieron un lugar. Esa era la primera vez que se convocaba a una asamblea, tras la partida de Odiseo. Telémaco pidió la palabra, y Pisénor, el heraldo, puso el cetro[28] en sus manos:

25 **Eos:** diosa que personifica la Aurora. Sus dedos de color de rosa les abren las puertas a los carros del Sol, que ilumina la tierra día tras día.

26 **Heraldo:** mensajero.

27 **Aqueos:** designación general de los pueblos que habitan la península griega. El nombre proviene de la palabra Acaya, región que se encuentra al norte del Peloponeso. En los poemas homéricos, el nombre se usa para designar a las tropas griegas.

28 **Cetro:** vara confeccionada con un material precioso, que simboliza la autoridad e indica a quién le corresponde la palabra en la asamblea.

—Habitantes de Ítaca: no los he convocado para hablar de un asunto de orden público, sino de una desgracia que ha caído sobre mi propio hogar. Pensándolo mejor, son dos mis preocupaciones: que he perdido a mi padre, que reinaba sobre todo su pueblo con amor paternal, ese ya es un hecho conocido; pero ahora resulta que destruyen mi casa y acaban con mi hacienda los crueles pretendientes de mi madre, los hijos de los nobles itacenses, sin que ella lo consienta. Vienen todos los días a mi casa, nos degüellan los bueyes, se comen las ovejas y las cabras y beben locamente el rojo vino en banquetes sin fin, aprovechando que no está Odiseo, que les haría frente si estuviera. Les ruego, pretendientes de mi madre, por Zeus y por Temis,[29] que se avergüencen ante sus vecinos y se detengan en su ultraje; de lo contrario, los perseguirá la ira de los dioses, irritados por sus obras perversas.

Dicho esto, Telémaco, furioso, sufrió un ataque súbito de llanto, y arrojó el cetro al suelo. Todo el pueblo, en silencio, sintió piedad por él, y hasta los pretendientes se quedaron callados, todos menos Antínoo, que era el más insolente, quien contestó con aspereza:

—Telémaco, has hablado con palabras encendidas; modera tus impulsos y deja de insultarnos. No tenemos la culpa de lo que nos acusas: es tu madre quien nos ha dado falsas esperanzas, que alienta con astucias. Hace tres años ya, y pronto vendrá el cuarto, que teje una mortaja[30] para que use Laertes, el padre de Odiseo, el día de su entierro. "¡No se puede consentir, jóvenes pretendientes, que a un hombre tan opulento se lo entierre sin mortaja!", nos decía. Así nos persuadió; pero más tarde descubrimos que cada noche destejía todo lo que había tejido en la jornada. Nos tuvo en el engaño mucho tiempo: tres años. Sin embargo, finalmente la descubrió una esclava. Telémaco, escucha la respuesta que les damos a ti y a los demás ciudadanos: ordénale a tu madre que regrese a la casa de su padre y que tome por esposo a quien él le aconseje y a ella más le plazca.

29 **Temis:** diosa que personifica la Justicia, madre de las Parcas.
30 **Mortaja:** vestidura o lienzo en que se envuelve el cadáver para el sepulcro.

—¿Cómo podría, Antínoo, expulsar de mi casa contra su voluntad a quien me dio la vida y me crió? Quizá murió mi padre, quizá vive. Hasta que no lo sepa, no pienso restituir la dote de mi madre al viejo Icario. No fuera cosa que Odiseo regresara y las odiosas Erinias[31] se enojaran conmigo. Jamás daré esa orden. Lo que les pido ahora es que salgan de mi casa, y que coman la hacienda de otro hombre o la propia, si quieren celebrar algún banquete.

Así dijo Telémaco, y Zeus le envió dos águilas que echaron a volar desde la cima de un monte cercano. En el momento de llegar al ágora, las aves giraron velozmente y miraron a todos a la cara, en presagio[32] de muerte, antes de desgarrarse con las uñas la cabeza y el cuello; y luego se marcharon por la derecha, encima de las casas, y a través de la ciudad.

Zeus con el águila. Vasija del siglo VI a. C.

31 **Erinias:** llamadas también Euménides, son divinidades terribles encargadas de la venganza de los crímenes familiares.

32 **Presagio:** señal que indica, previene y anuncia un suceso. Los griegos creían en diversas formas de adivinación, como la interpretación del vuelo de las aves, de los fenómenos meteorológicos, los estornudos, etcétera.

El prodigio dejó a todos perturbados. El anciano Haliterses, que sabía interpretar el vuelo de las aves, intentó señalarles sus fechorías a los pretendientes. Pero estos no le hicieron caso y se burlaron de él. Telémaco pidió de nuevo la palabra:

—Pretendientes, concédanme al menos una cosa: denme una buena nave con veinte compañeros. Iré a Esparta y a la arenosa Pilos, a recabar noticias de mi padre. Si me dicen que vive y que va a regresar, aunque estoy afligido, soportaré todo esto un año más; pero si llego a escuchar que él ha muerto, volveré inmediatamente, le levantaré un túmulo, lo honraré con exequias y casaré a mi madre.

Así dijo Telémaco, y luego tomó asiento. Una vez que hubo hablado, se levantó el buen Méntor,[33] amigo de Odiseo, y con benevolencia arengó a los presentes:

—Habitantes de Ítaca, escuchen mis palabras. Ojalá ningún rey los vuelva a gobernar con clemencia y justicia, ya que se han olvidado de Odiseo, que reinaba sobre Ítaca con amor paternal. Y, les pido que me crean, me enojan tanto los ultrajes de estos orgullosos pretendientes como me indigna el resto de ustedes, itacenses, que contemplan, sentados en silencio, cómo estos, que son pocos, se salen con la suya, y no se animan a reprenderlos.

Le respondió Leócrito, uno de los pretendientes:

—¿Qué cosas dices, Méntor, insensato? Tus palabras son vanas, porque estos nada pueden hacer contra nosotros. Si volviera Odiseo en persona e intentara expulsarnos de su casa, poco se alegraría su mujer, que lo espera, pues allí mismo le daríamos muerte. Que a Telémaco lo ayuden en su viaje Haliterses y Méntor, amigos de su padre. Y si a mí me preguntan mi opinión, no creo que Telémaco viaje a ninguna parte. Seguramente permanecerá sentado aguardando noticias de su padre. Ahora, regresemos cada uno a su casa.

33 **Méntor:** viejo amigo de Odiseo, cuya forma toma Atenea en repetidas ocasiones para ayudar a Telémaco.

Así dijo, y al instante concluyó la asamblea. Telémaco se fue apenado a la playa y allí invocó a Atenea, lamentándose de lo que había ocurrido en el ágora. La diosa de ojos glaucos escuchó su plegaria y apareció ante él tomando la apariencia del buen Méntor:

—Telémaco, tú no serás en el futuro cobarde ni imprudente, si es que has heredado el carácter de tu padre. Vas a emprender tu viaje. No te preocupes por los pretendientes, ni por sus insolencias, ni por los planes que puedan tramar contra ti. Para ellos, la muerte ya está cerca. Vete a tu casa ahora y dispón las provisiones para el viaje, que yo me ocuparé de elegir una nave y buscar tripulación.

Telémaco se prepara para el viaje.

Tras oír a la diosa, Telémaco fue a su casa, y encontró a los soberbios pretendientes que desollaban cabras y asaban unos cerdos en el patio. Antínoo nuevamente lo insultó, y el hijo de Odiseo, contrariado, bajó hasta la bodega de su padre, en donde se guardaban oro, bronce, vestidos y aromático aceite, y vasijas de un dulce vino añejo, por si un día llegara a volver Odiseo a su casa. La guardiana de todo era Euriclea, nodriza y despensera de la casa. A ella le pidió Telémaco que preparara las provisiones para el largo viaje. Pero la fiel nodriza rompió en llanto y le dijo:

—¡Hijo mío! ¿Por qué se te ha metido esto en la cabeza? ¿Para qué quieres ir a tierras tan lejanas, siendo único hijo y tan querido? Tu padre ha muerto lejos de su patria, y es seguro que ahora los viles pretendientes van a prepararte una emboscada para matarte y usurpar tu hacienda.

El prudente Telémaco le respondió a la anciana:

—Tranquilízate, que esto no lo he resuelto yo, sino que un dios me ha aconsejado así. Prométeme una cosa: que no le dirás a mi madre nada de este viaje, hasta que hayan pasado once o doce días, o hasta que haya oído que partí.

Así juró la anciana, y se puso a alistar las provisiones.

car rog-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

Mientras tanto, Atenea había tomado el aspecto de Telémaco, y estaba recorriendo la ciudad en busca de voluntarios honrados que quisieran embarcarse, ordenándoles que al anochecer se reunieran con él junto a la nave.

Cuando se hizo de noche, Atenea acudió al palacio de Odiseo y les infundió el dulce sueño a los pretendientes, hasta tal punto que las copas se les caían de las manos. Se apresuraron todos a volver a sus casas a acostarse, y el sueño no tardó en cerrarles los párpados.

Tomando la figura de Méntor, Atenea exhortó a Telémaco a partir:

—¡Es momento, Telémaco! Te esperan ya tus compañeros en los bancos, listos para remar, aguardando tus órdenes. Vamos, no retrasemos más el viaje.

Una vez en la orilla, cargaron las vituallas en la nave. El hijo de Odiseo tomó asiento en la popa, y a su lado se ubicó Atenea, mientras los compañeros quitaban las amarras y ya se disponían en los bancos. La diosa de ojos glaucos les envió un viento próspero, el Céfiro, que sobre el mar vinoso soplaba suavemente. Cuando ya se alejaban de la costa, hicieron libaciones[34] a los dioses, en especial a Palas Atenea. Y la nave siguió el curso establecido durante toda la noche y la siguiente aurora.

34 **Libación:** ceremonia que consistía en derramar vino, leche u otro líquido en honor de los dioses.

Canto III

Telémaco en Pilos.

El sol ya se elevaba tras surgir de la hermosa laguna,[35] por el cielo de bronce, llevándoles la luz a dioses y a hombres, cuando arribó Telémaco con su tripulación a la arenosa Pilos, la ciudad construida por Neleo.[36] Hallaron en la orilla a los pilios, que hacían sacrificios a Poseidón, el dios que sacude la tierra: había nueve grupos de quinientos hombres, y cada grupo estaba sacrificando nueve toros negros. Telémaco y los suyos anclaron en el puerto y saltaron a tierra, Atenea primero, y Telémaco después. La diosa de ojos glaucos dijo así:

—Telémaco, ya no debes mostrar vergüenza en cosa alguna, tras cruzar el océano buscando información sobre tu padre. No te demores. Pregúntale directamente a Néstor, domador de caballos; veamos qué noticias tiene para darte.

35 **Laguna:** el océano. Según la creencia de los griegos, el Sol, al terminar su jornada de trabajo recorriendo el cielo, se bañaba en las aguas del océano y desde allí volvía a emprender el camino.

36 **Neleo:** hijo de Tiro y Poseidón, fue abandonado por su madre y amamantado por una yegua que su padre le envió para que no muriera. Fundó la ciudad de Pilos.

A esto dijo Telémaco:

—Méntor, ¿cómo podría acercarme hasta él? ¿Cómo podría ir a saludarlo? Aunque yo soy discreto, cualquier joven sentiría vergüenza de interrogar a un viejo.

Y repuso la diosa:

—Algunas cosas se te ocurrirán por sí solas y otras te las inspirará un dios, pues has nacido y te has criado con el favor de los dioses. De eso estoy seguro.

Atenea, bajo la figura de Méntor, acompaña a Telémaco en Pilos. Ilustración de John Flaxman, 1810.

Luego de este diálogo, emprendieron la marcha guiados por la diosa, hasta llegar al sitio donde estaban reunidos los varones de Pilos. Allí se había sentado Néstor junto a sus hijos, y en torno a él los pilios preparaban un festín de abundante carne asada. Apenas vieron que tenían huéspedes, los pilios se acercaron para estrechar sus manos. Pisístrato, que era uno de los hijos de Néstor, se adelantó a los otros. Los saludó y los invitó al banquete, y señaló unas pieles donde tomar asiento junto a su padre Néstor y a su hermano Trasimedes. Pisístrato sirvió una copa de vino y se la dio a Atenea, diciendo estas palabras:

—Alza tus ruegos, huésped mío, al soberano Poseidón, puesto que celebramos en su honor este banquete. Tras libar de la copa, y hecho el ruego, pásale el dulce vino a tu compañero para que también él pueda beber, invocando a los dioses inmortales, porque todos los hombres necesitan la ayuda de los dioses.

Telémaco habla con Néstor.

Tras realizar las libaciones, Atenea y Telémaco comieron y bebieron a sus anchas. Una vez que estuvieron satisfechos, así les habló Néstor:

—Ahora que han comido y han bebido, la ocasión es propicia para interrogarlos. ¿Quiénes son, forasteros? ¿De dónde vienen, tras navegar por los húmedos caminos? ¿A qué se debe su visita?

El prudente Telémaco, a quien la diosa de ojos glaucos había infundido coraje para que preguntara sobre el padre y adquiriese gloriosa fama entre los hombres, respondió:

—Nos preguntas, ¡oh Néstor!, de dónde hemos venido, y yo te lo diré: de Ítaca, situada al pie del monte Neyo, y lo que aquí nos trae no es un asunto público, sino particular. De todos los guerreros que lucharon en Troya se sabe el paradero: algunos están muertos y otros viven. Sin embargo, la suerte de Odiseo, mi padre, Zeus nos ha prohibido conocerla: nadie puede decirnos claramente en dónde pereció, si en el mar o en la tierra. Por eso abrazo tus rodillas, Néstor, por si pudieras darme información sobre su muerte.

A esto respondió el insigne Néstor:

—¡Hijo mío! ¡Qué recuerdos me vienen a la mente de todas las desgracias que sufrimos los aqueos en la ciudad de Príamo![37] Los mejores guerreros que teníamos hallaron la muerte allí: yacen en

37 **Príamo:** rey de Troya durante el sitio y el saqueo de esta ciudad. Es el padre de Paris y de Héctor. Cuando los aqueos logran entrar en Troya, el hijo de Aquiles, Neoptólemo, mata al anciano rey y deja su cuerpo insepulto.

Troya el valeroso Áyax,[38] y Aquiles[39] y Patroclo.[40] Allí también encontró la muerte Antíloco, mi hijo. Padecimos desgracias incontables en esos nueve años; y durante el asedio, no hubo ningún otro que igualase en prudencia a tu padre Odiseo. Jamás tuvimos entredicho alguno, y siempre aconsejamos con sensatez a los demás aqueos, que a veces desoyeron nuestras reconvenciones: algunos de ellos cometieron impiedades y desataron la cólera divina. Algunos de los nuestros, terminada la guerra, partieron enseguida. Otros permanecimos en la playa, haciendo sacrificios a los dioses, con el fin de aplacarlos. Aquella fue la última vez que vi a tu padre. Embarqué con los míos y puse rumbo a Pilos: los dioses han querido mi regreso. Solo sé de los otros que el rubio Menelao volvió a casa, y que Agamenón murió, asesinado por el cruel Egisto. ¡Qué suerte, para un muerto, si llega a dejar un hijo! Porque Orestes mató a Egisto, y de ese modo vengó a Agamenón. Seguramente tú, que tanto te pareces a tu padre, estarás a su altura.

Le respondió Telémaco:

—¡Oh Néstor! Con justicia tomó venganza Orestes. Los aqueos difundirán sus hechos y lo cubrirán de gloria. Ojalá a mí los dioses me infundieran fuerzas para vengarme de los pretendientes que me insultan y traman maldades contra mí.

Dijo el insigne Néstor:

—Ha llegado a mis oídos la noticia de que los pretendientes de tu madre cometen atropellos en tu casa. ¿Quién sabe si tu padre los

38 **Áyax:** es el guerrero aqueo más valiente, después de Aquiles. Según la leyenda, enloqueció luego de perder en concurso las armas de Aquiles frente a Odiseo, y por ello terminó suicidándose.

39 **Aquiles:** hijo de Tetis, una diosa marítima, y Peleo, un mortal, es el héroe por excelencia. Su madre lo bañó, siendo pequeño, en las aguas de una laguna infernal para volverlo invulnerable. El único lugar que las aguas no tocaron fue su talón, de allí que Aquiles muriera cuando una flecha lo hirió en este punto. Es fuerte, hermoso, valiente y temerario.

40 **Patroclo:** el mejor amigo de Aquiles, su compañero en la batalla. Muere al luchar con la armadura del héroe, lo que desencadena la furia de Aquiles y su vuelta al combate para vengar la muerte del amigo.

vengará algún día? Ojalá que la diosa de ojos glaucos, la divina Atenea, te asista como antes hizo con Odiseo. Pero no pierdas tiempo. Vuelve ahora a la nave y dirígete a Esparta, a visitar al rubio Menelao; o si acaso prefieres ir por tierra, aquí tienes un carro con corceles. Mis propios hijos te acompañarán.

Luego de estas palabras, cayó el sol y se hizo de noche. Al notar que Telémaco y la diosa se disponían a volver al barco, Néstor los retuvo:

—Que Zeus no permita que duerman en la nave, cuando en mi casa no faltan lechos ni lindas colchas. El hijo de Odiseo no dormirá en las tablas de la cubierta mientras yo viva o queden mis hijos en mi casa para honrar a mis huéspedes.

Así dijo Atenea, la de los ojos glaucos:

—Has hablado bien, anciano, y es conveniente que Telémaco te obedezca. Él te seguirá a tu casa para pasar la noche. Yo volveré a la nave, junto a los compañeros, a fin de darles ánimo y dejar todo listo. Dormiré allí unas horas, y no bien amanezca me marcharé al país de los caucones, donde tengo una deuda por cobrar. Tú envía al muchacho a Esparta, con uno de tus hijos; dale tu mejor carro y los caballos más fuertes y veloces.

El asesinato de Agamenón a manos de Egisto y Clitemestra. Copa ateniense del siglo v a. C.

La partida de Atenea.

Dicho esto, la diosa se transformó en un águila, y se marchó volando, para maravilla de todos. El anciano, perplejo por lo que había visto, pronunció estas palabras:

—¡Amigo! Ya no temo que puedas ser cobarde o débil en el futuro, puesto que siendo tan joven te acompañan los dioses. Porque esa no era otra que Palas Atenea, que siempre estuvo al lado de tu padre.

Y cuando se mostró Eos, de dedos sonrosados, hija de la mañana, Néstor sacrificó junto a sus hijos una hermosa novilla a Palas Atenea, que le había hecho un honor tan grande al visitar su casa. Una vez celebrado el sacrificio, les ordenó a sus hijos preparar los caballos y el carruaje, y pidió a la despensera que trajera provisiones dignas de los reyes. Telémaco subió al excelente carro, y junto a él iba Pisístrato. Este tomó las riendas y azotó a los caballos, que partieron surcando la llanura.

Al arribar a Feras, el sol ya se ponía. Allí durmieron esa noche, hospedados por Diocles, quien los recibió con gusto. Pero al amanecer prepararon nuevamente el carro y se pusieron en camino, y al fin de la jornada llegaron a una fértil llanura donde el viaje terminaba: tan rápido corrían los caballos.

Y luego el sol se puso, y las sombras cubrieron los caminos.

Canto IV

Telémaco en Esparta.

Apenas llegaron a Esparta, la de valles profundos, dirigieron sus pasos al palacio del rubio Menelao, quien se encontraba allí con amigos, festejando las bodas de su hijo y las de su hija. Mientras todos gozaban del banquete, un aedo divino cantaba acompañado de la cítara, y un dúo de bailarines recorría la sala al ritmo de la música entre la muchedumbre, como entretenimiento. Al notar la presencia de los dos compañeros, los hicieron sentar y les sirvieron abundante comida y rojo vino. El rubio Menelao, saludándolos con la mano, les dijo estas palabras:

—Coman y regocíjense. Después que hayan comido nos dirán quiénes son entre los hombres, pues se advierte que son hijos de reyes por su estampa y figura.

Dicho esto, les dio a probar un trozo de suculento lomo asado, que solo a él le habían servido. Los jóvenes comieron y bebieron, y cuando se saciaron, Telémaco acercó la cabeza a Pisístrato para no ser oído, y le dijo estas cosas:

—¡Observa, hijo de Néstor, buen amigo, cómo reluce el bronce en el palacio, a la par del ámbar, la plata y el marfil! Así debe de ser por dentro la morada del olímpico Zeus.

El rubio Menelao oyó lo que decían y los amonestó:

—¡Hijos míos queridos! ¡Ningún mortal se puede comparar con el divino Zeus, cuya hacienda es eterna! Es cierto, sin embargo, que entre los hombres no hay quien me aventaje en riquezas, tantos son los tesoros que traje en mis navíos, tras pasar muchas penas y andar errante mucho, por Chipre, por Egipto, por Fenicia, por Libia, por Sidón, por Etiopía, al regreso de Troya. Pero ojalá viviera en mi palacio con la tercera parte de mis bienes, con tal de que se hubiesen salvado los que hallaron la muerte en la ciudad de Príamo. Por todos me entristezco, pero por nadie lloro como por Odiseo, el que más sufrió de todos. Seguramente penan por él su viejo padre, Laertes, la discreta Penélope y Telémaco, su hijo, a quien dejó recién nacido en casa.

Menelao y Helena reconocen a Telémaco.

Así habló y en Telémaco se despertó el deseo de llorar, al escuchar que hablaban de su padre. Rodó por sus mejillas una lágrima, y levantó el muchacho el manto color púrpura, para cubrirse el rostro. No dejó de advertirlo Menelao, y meditó en su mente si debía esperar a que Telémaco mencionara a su padre, o si sería mejor interrogarlo.

Entretanto, su esposa, la bellísima Helena, salió de su aposento perfumado y tomó asiento al lado de él. Al ver a los dos jóvenes, interrogó a su marido de este modo:

—¿Sabemos, Menelao, quiénes son esos hombres que han llegado hasta nuestra morada? Quizá me equivoque, pero nunca he visto un parecido semejante, en mujer, hombre o niño, como el que guarda este joven con Odiseo.

A lo que contestó el rubio Menelao:

—Ya se me había ocurrido lo que estás sugiriendo. Sus pies, sus manos, su mirada, la cabeza y los cabellos son los mismos de aquel. Y además, hace un rato, recordando a Odiseo, vi cómo lagrimeaba este muchacho; de hecho, se cubrió con el purpúreo manto para evitar ser visto.

Luego dijo Pisístrato:

—¡Oh Menelao, conductor de pueblos! Este que ves, por cierto, es Telémaco, el hijo de Odiseo. Pero, como es discreto y decoroso, ha sentido pudor de hablar en tu presencia. Con él me envía Néstor, mi padre, pues Telémaco busca tu consejo. Muchos males padece en casa el hijo cuyo padre está ausente, si no hay nadie que lo auxilie, como le ocurre a él: su padre falta en Ítaca, y no hay en todo el pueblo quien lo asista en la desgracia.

Contestó Menelao:

—¡Oh dioses! Ha llegado a mi morada el hijo del varón amado que por mí sostuvo tantas luchas, y a quien yo había prometido honrar por encima de todos los aqueos, si acaso llegaba a regresar. Yo le habría asignado una ciudad, en Argos, para que la habitase y se hiciera un palacio, y trajera a los suyos y a su pueblo, para que nos reuniéramos seguido. Y habríamos sido siempre amigos y felices, sin que nada pudiera separarnos, a excepción de la muerte, si algún dios envidioso no lo hubiera privado, a él y solo a él, de volver a la patria. He visto muchas tierras y conocido diferentes pueblos, pero nunca vi a nadie como él, ninguno con su corazón y con su ingenio. ¡Las hazañas que en Troya realizó! Lo último que supe de él es que se hallaba prisionero en la isla de Calipso. El anciano Proteo,[41] que habita cerca de la costa egipcia, me lo hizo saber, cuando yo regresaba con mis naves, tras afrontar peligros incontables.

Acto seguido, el rubio Menelao les contó su regreso, plagado de peligros y penurias. Cuando al fin su relato concluyó, se había hecho muy tarde, y Helena encomendó a sus esclavas que dispusieran camas para los invitados. En ellas se acostaron Telémaco y Pisístrato. Y el rubio Menelao y la divina Helena se fueron a su cuarto.

---

41 **Proteo:** divinidad marítima que posee el don de la profecía. Como es reacio a que le pregunten acerca del futuro, puede metamorfosearse de mil maneras para intentar escapar de quienes esperan respuesta.

No bien se mostró Eos, de dedos sonrosados, hija de la mañana, Menelao se levantó del lecho y fue a sentarse al lado de Telémaco. Luego de saludarlo, le dijo estas palabras:

—Quédate en mi palacio algunos días más. Luego te irás repleto de regalos: tres caballos, un carro espléndido, una copa labrada para que hagas libaciones a los dioses inmortales y te acuerdes de mí todos los días.

A lo cual el discreto Telémaco repuso:

—Yo pasaría un año junto a ti sin extrañar mi casa ni a mis padres: tan gratas son para mí tus palabras. Pero no me retengas, porque mis compañeros deben de estar impacientes en la arenosa Pilos. Los caballos que ofreces te los agradezco mucho, pero no voy a llevarlos: solo hay cabras en Ítaca, no es tierra de caballos.

Así habló Telémaco, y el rubio Menelao le hizo una caricia en la cabeza y dijo:

—Hijo mío, se muestra en tus palabras que eres de sangre noble. Te daré otro regalo, el objeto más hermoso y más caro que hay en mi palacio: una vasija de plata bien labrada, con los bordes de oro, obra de Hefesto,[42] que me dio el héroe Fédimo, el rey de los sidonios, cuando volvía a casa y me detuve en sus tierras. Es eso lo que quiero regalarte.

Mientras así decían, los invitados iban arribando al palacio. Unos traían ovejas y otros, vino, que reconforta el ánimo. Sus esposas venían con el pan, adornadas las cabezas con espléndidas cintas. Así se preparaba la comida.

Los pretendientes traman un plan.

En Ítaca, mientras tanto, en el palacio de Odiseo, se divertían los viles pretendientes lanzando jabalinas y discos en el patio. Antínoo y Eurímaco, que por su linaje eran los cabecillas, permanecían

42 **Hefesto:** dios del fuego, hijo de Zeus y Hera. Este dios, que suele ser representado como feo y deforme, es el encargado de forjar las armas de muchos héroes. Está casado con Afrodita, la diosa del amor y la belleza.

sentados. Noemón, hijo de Fronio, quien le había prestado a Telémaco la nave, se acercó adonde estaban y le preguntó a Antínoo:

—Antínoo, ¿sabemos por ventura cuándo piensa volver Telémaco de Pilos? Se marchó con mi nave y ahora la necesito.

Se quedaron atónitos cuando escucharon esto, dado que no sabían del viaje de Telémaco. Al fin contestó Antínoo:

—Responde y sé sincero. ¿Cuándo se fue y con quiénes?

Replicó Noemón:

—Iban con él los jóvenes más destacados del pueblo. Los lideraba Méntor… o tal vez fuera un dios, puesto que ayer lo vi por aquí nuevamente, y eso que ya había partido la nave de Telémaco.

Dichas estas palabras, Noemón se marchó. Antínoo y Eurímaco, con ánimo irritado, llamaron a los otros, que dejaron sus juegos para oírlos. Así les habló Antínoo, colérico, con fuego en la mirada:

—¡Oh dioses! ¡Gran proeza ha logrado Telémaco con semejante viaje! ¡Decíamos nosotros que sería incapaz de realizarlo! A pesar de que somos numerosos, se fue el muchachito y consiguió reunir a los mejores en su tripulación. De aquí en más deberíamos precavernos de él; ojalá quiera Zeus acabar con su vida antes de que madure. Pero, ¡vamos!, busquemos una nave con veinte tripulantes; procuraré tenderle una emboscada, de modo que, al regreso, en el estrecho que separa de Ítaca a la escarpada Samos, encuentre su final.

Así les dijo Antínoo, y todos aprobaron sus palabras y alentaron sus propósitos.

Sin embargo, Penélope no tardó en enterarse de sus planes. Creía que Telémaco había ido al campo, tal como acostumbraba. No bien tuvo noticia de lo que sucedía, el corazón se le llenó de angustia y ya no pudo contener el llanto. Cuando logró calmarse, se puso ropas limpias, y se marchó a su cuarto junto a sus criadas. Tras llenar una cesta con granos de cebada, le dirigió esta súplica a Palas Atenea:

—¡Óyeme, hija de Zeus, tú que llevas la égida![43] Si alguna vez te hizo sacrificios el astuto Odiseo dentro de este palacio, no te olvides de ellos y protege a mi hijo, y aparta de él a los perversos y orgullosos pretendientes.

Aquella misma noche, la diosa de ojos glaucos apareció en sus sueños, tomando la figura de una hermana de Penélope, Iftima, y le habló de esta forma:

—Penélope, no temas. Los dioses no quieren que llores y te angusties. Tu hijo va a volver, pues nunca ha cometido ofensa contra ellos: Atenea ha escuchado tus plegarias.

No bien le dijo esto, la figura de Iftima se disipó en el aire, y por la cerradura de la puerta dejó la habitación. Se despertó Penélope, aliviada, puesto que un sueño claro la había visitado entre las sombras de la noche.

Atenea se presenta en sueños a Penélope bajo la figura de Iftima. Ilustración de John Flaxman, 1810.

43 **Égida:** piel de cabra adornada con la cabeza del monstruo Medusa, es el atributo con que se representa a Zeus y a su hija Atenea.

Mientras tanto, los viles pretendientes se habían embarcado, y surcaban la líquida llanura, meditando en su ánimo la muerte de Telémaco. Hay en el mar, entre Ítaca y la escarpada Samos, una isla pedregosa a la que llaman Ásteris: allí se emboscaron los pretendientes aguardando a Telémaco.

Canto v

Nueva asamblea de los dioses.

Eos se levantaba de su lecho, dejando que Titón[44] les llevara la luz a mortales e inmortales, cuando los dioses convocaron a asamblea, presidida por Zeus, el que truena en el cielo. Atenea, trayendo a la memoria las muchas peripecias de Odiseo, les contó a las deidades cómo el héroe se hallaba prisionero en el palacio de la ninfa Calipso:

—¡Padre Zeus! ¡Felices dioses inmortales! Ojalá ningún rey vuelva a gobernar a los itacenses con clemencia y justicia, pues ninguno de ellos se acuerda del divino Odiseo, que reinaba en la isla con amor paternal. Se encuentra prisionero en una isla, cautivo en el palacio de la ninfa Calipso; el regreso a la patria es imposible, porque le faltan naves y una tripulación que lo conduzca por las anchas espaldas del océano. Y por si fuera poco, los crueles pretendientes de su esposa buscan matar al hijo, que ha ido a la sagrada Pilos y luego, a Esparta en busca de noticias de su padre.

Esto contestó Zeus, que amontona las nubes:

—¿Qué tonterías son esas, hija mía? ¿No habíamos convenido

44 **Titón:** mortal muy hermoso, fue raptado por Eos (la Aurora), quien le pidió a Zeus la inmortalidad de su amado. Como olvidó pedirle también la juventud eterna, Titón envejeció cada vez más hasta convertirse en una cigarra.

que Odiseo volviera y se vengara de ellos? Acompaña a Telémaco para que vuelva sano y salvo a casa, y que los pretendientes en la nave tengan que regresar sin cumplir su objetivo.

Dirigiéndose a Hermes, su hijo amado, le habló de esta manera:

—Ya que eres mensajero, ve a casa de Calipso y dile que los dioses han decretado esto: que Odiseo regrese a su morada. Volverá en una balsa, sin ayuda de hombres o de dioses. Pasará por la tierra de los feacios, quienes le harán honores, brindándole una nave cargada de riquezas para volver a Ítaca. Su destino es regresar entre los suyos.

El mensajero Hermes no desobedeció el pedido de su padre: se colocó en los pies las hermosas sandalias de oro con que podía volar sobre la tierra y el océano, rápido como el viento; empuñó su cayado con el que era capaz de dormir o despertar los ojos de los hombres, y luego emprendió el vuelo a toda prisa, como hacen las gaviotas cuando pescan, mojándose las patas en su vuelo rasante.

El mensaje de Hermes.

Cuando llegó a la isla de Calipso, prosiguió su camino hasta la vasta gruta que ella tenía por casa. Rodeaba su morada un fértil bosque, y aves de todo tipo anidaban en las ramas de los árboles. Junto a la honda cueva había una hermosa viña cargada de racimos. Manaban cuatro fuentes cristalinas, que regaban los frescos prados de violetas que había alrededor. Era tan agradable el panorama, que hasta un dios que llegara a esos parajes se habría maravillado.

Halló a Calipso en casa. Adentro de la gruta, ardía en el hogar un fuego acogedor, y el cedro al chamuscarse perfumaba el ambiente. Al tiempo que tejía, Calipso entonaba una canción con melodiosa voz. Pero no encontró allí a Odiseo, que lloraba en la playa con los ojos fijos en el océano.

No bien vio entrar a Hermes, Calipso supo quién era él, pues por lejos que vivan unos de otros, los dioses siempre se conocen entre sí.

Hizo sentar al mensajero, y le sirvió ambrosía y rojo néctar.[45] Una vez que comió y bebió, le dijo esto:

—¿Por qué, querido Hermes, vienes a mi morada, cuando antes no solías frecuentarla?

Y Hermes le contestó:

—No es por mi voluntad que te visito, sino siguiendo órdenes de Zeus. Él dice que contigo hay un varón, el más infortunado de cuantos combatieron en la guerra de Troya durante nueve años. El viento y el oleaje lo trajeron aquí cuando intentaba regresar a casa. Zeus te ordena que lo dejes ir, puesto que su destino no es morir lejos de su familia, sino verlos de nuevo y regresar.

Se estremeció Calipso y respondió:

—¡Qué crueles y celosos son los dioses! Se irritan contra mí porque amo a un mortal, cuando Orión[46] amó a Eos, y la diosa Deméter a Yasión,[47] y cuando quien hundió la nave de Odiseo en el océano no fue otro que Zeus.[48] En el medio del mar murieron todos sus compañeros: no quedó ninguno. Él llegó aquí solo, traído por el viento y el oleaje. Yo misma lo cuidé y lo alimenté, y le hice la promesa de una vida eterna si decidía quedarse junto a mí. Pero no me es posible contrariar los designios de Zeus. Dejaré que se marche como me has ordenado, aunque antes le diré cómo llegar a tierra sano y salvo.

---

45 **Ambrosía y néctar:** alimento y bebida de los dioses del Olimpo.

46 **Orión:** personaje que también fue raptado por Eos, que lo llevó a Delos. Se dice que cierto día intentó violar a Ártemis, y esta se defendió enviándole un escorpión que lo picó en el talón.

47 **Yasión:** hijo de Zeus y Electra, de sus amores con Deméter nació Pluto (la Riqueza).

48 **Quien hundió la nave de Odiseo en el océano no fue otro que Zeus:** referencia al episodio en que los compañeros de Odiseo se comen las vacas del Sol, en Trinacria. El Sol le implora a Zeus que castigue la ofensa, y por ello Zeus hace naufragar la embarcación de Odiseo.

Calipso y Odiseo.

Así dijo Calipso, y Hermes se marchó con la tarea cumplida. La ninfa fue a la playa, donde encontró a Odiseo llorando sin cesar: anhelaba el regreso, y aunque Calipso estaba enamorada de él, no la correspondía. Se pasaba los días sentado en unas rocas de la playa, con los ojos clavados en vano en el océano, llorando y suspirando.

Odiseo y Calipso. Pintura de Arnold Böcklin, 1883.

Ella le habló de esta manera:

—Desdichado Odiseo, no te lamentes más ni consumas tu vida de esta forma, puesto que gustosamente dejaré que partas. Corta grandes maderos y ensámblalos con bronce para hacerte una balsa. Yo la llenaré con pan y agua y rojo vino, que regocija el ánimo, y te daré vestidos para cubrir tu cuerpo. Haré que sople un viento favorable que te lleve a tu patria sano y salvo, si lo quieren los dioses de ese modo.

Al oír a la ninfa, el prudente Odiseo se estremeció y le dijo:

—Diosa, seguramente tramas algo, y no creo que sea mi partida, enviándome a surcar en una frágil balsa los abismos del mar, terrible

y peligroso, que otras naves de buenas proporciones y velas, a las que el mismo Zeus asistió con su soplo, no han logrado cruzar tan fácilmente. No subiría a tu balsa, salvo que me juraras que no tramas causarme ningún mal.

La diosa le sonrió y le acarició la mano, diciendo estas palabras:

—Eres astuto, por cierto. Por Gea[49] y por el cielo que la cubre, y por las aguas subterráneas de la Estigia,[50] juro que no maquino contra ti ningún daño. Ese es el juramento más solemne que puede hacer un dios. Es cierto que quisiera tenerte aquí conmigo para siempre, pero también entiendo que deseas regresar con tu esposa y con los tuyos.

Y le dijo Odiseo:

—Bien sabes que Penélope, que es de sangre mortal, no puede competir en hermosura y gracia contigo. Sin embargo, yo añoro día a día regresar a mi casa con los míos.

Así habló, y mientras tanto sobrevino la noche. Se fueron a acostar, disfrutando los goces del amor, y cuando salió el sol dieron comienzo a los preparativos. Cuatro días después, la balsa estaba lista. Al quinto día Calipso dejó que Odiseo se marchara, no sin antes lavarlo y vestirlo con ropas perfumadas, y enviarle una brisa favorable.

Él desplegó las velas, contento, y navegó en el mar por diecisiete días. Al día dieciocho, ya era capaz de ver los montes del país de los feacios.

La tempestad.

Pero hete aquí que Poseidón volvía entonces de Etiopía, y pudo ver de lejos a Odiseo. El dios, lleno de cólera, sacudió la cabeza y se dijo a sí mismo:

—Parece que los dioses han cambiado de idea con respecto a Odiseo mientras yo me hallaba ausente. Ya está cerca del país de los

49 **Gea:** diosa que representa la Tierra.
50 **Estigia:** laguna infernal.

feacios, donde el destino quiere que se libre de todos sus pesares. Pero sospecho que le queda aún un sufrimiento más.

Eso dijo, y echando mano a su tridente[51] juntó las nubes y agitó las olas, e hizo soplar un viento huracanado. Cubrió el mar y la tierra con nubes de tormenta, y de un momento a otro sobrevino la noche, al tiempo que unas olas gigantescas sacudían la barca de Odiseo, quien se quejó amargamente en medio de la tempestad:

—¡Ay! ¿Qué será de mí? Parece que las predicciones de la diosa han sido equivocadas. Ahora me espera una terrible muerte. Ojalá hubiera perecido yo con los otros que cayeron en Troya: habría sido mejor que este final sin gloria.

Mientras decía esto, una ola gigantesca tumbó la embarcación. El héroe fue arrojado en medio del océano, mientras un torbellino destruía la nave. Permaneció Odiseo hundido mucho tiempo. Cuando al fin emergió, escupiendo agua amarga, atravesó las olas y se asió a los restos de la balsa, que era arrastrada por la corriente a su antojo.

Así lo encontró Ino,[52] la de los bellos pies, que había sido mortal, y ahora vivía en las profundidades del océano. Apiadándose de él, surgió de las aguas y se posó en la balsa a su lado, diciendo estas palabras:

—¡Desdichado! ¿Por qué Poseidón, que sacude la tierra, se ha enojado contigo de este modo? Pero por mucho que lo intente, no logrará causarte daño. Haz lo que te digo: quítate esos vestidos, abandona la balsa a merced de los vientos y nada hasta la costa. Este velo inmortal que voy a darte extiéndelo debajo de tu pecho y ya no temas: no bien llegues a tierra, despójate de él y arrójalo en el mar.

51 **Tridente:** cetro en forma de arpón de tres puntas, atributo de Poseidón.

52 **Ino:** a causa de sus amores con Zeus, Hera hizo enloquecer a Ino al punto de impulsarla a arrojar a su propio hijo en una caldera de agua hirviendo. Al darse cuenta de sus actos se arrojó al mar, pero las divinidades marinas se apiadaron de ella, transformándola en nereida, y le dieron el nombre de Leucotea, que significa "la diosa blanca".

Tras darle el velo, Ino se sumergió en las aguas. En ese mismo instante, Poseidón levantó una ola colosal que cayó sobre el héroe. Aferrado a un madero, se quitó los vestidos que le había obsequiado Calipso y extendió el velo de Ino debajo de su pecho.

Dos días con sus noches anduvo así, perdido por el mar, hasta que al fin, al alba del tercero, las aguas se calmaron y pudo ver la tierra. Cuando ya parecía que llegaba a la orilla, una ola gigante lo arrojó contra las rocas; se habría hecho pedazos si Atenea no hubiera intervenido, infundiéndole la idea de aferrarse a una saliente. Cuando pasó la ola, siguió nadando en busca de una playa, hasta que llegó por fin a la boca de un río, en donde elevó una súplica:

—¡Óyeme, dios del río, quienquiera que seas! He llegado hasta ti escapando del mar embravecido: el que trama mi ruina es Poseidón.

El río lo aceptó y lo llevó en su seno hasta la orilla. Se encontraba agotado: le faltaba el aliento, tenía el cuerpo hinchado, y de su boca y su nariz manaba agua salada. Cuando al fin respiró y pudo volver en sí, se quitó el velo y lo arrojó en el río. Se lo llevó una ola hacia el océano, y pronto estuvo en manos de Ino nuevamente.

Entonces Odiseo se apartó del río, se inclinó al lado de unos juncos y besó la tierra. Agotado, se puso a buscar dónde dormir, y se tendió entre dos arbustos. Luego se cubrió con unas hojas verdes y Atenea derramó el sueño sanador sobre sus párpados, para que descansara de sus tribulaciones.

Canto VI

El sueño de Nausícaa.

Mientras así dormía el paciente Odiseo, rendido por el sueño y el cansancio, Atenea se dirigió a la ciudad de los feacios, donde reinaba Alcínoo, a fin de acelerar el regreso del héroe. Cuando llegó al palacio, entró en la habitación donde dormía una muchacha hermosa, semejante a los dioses en belleza: era Nausícaa, hija del rey Alcínoo. Las hojas de la puerta estaban entornadas, pero la diosa de los ojos glaucos se coló por la hendija como un soplo de viento y se ubicó junto a la cabecera de la cama. Tomando la figura de la hija de Dimante, que era una amiga suya, y de su misma edad, le dijo estas palabras:

—Nausícaa, ¿cómo puedes ser tan perezosa? Has descuidado tus espléndidos vestidos, y ya está cerca el día de tu boda, en que tendrás que ataviarte con tus mejores ropas y deberás vestir a tu cortejo de manera acorde. Vayamos, pues, cuando despunte el alba, a lavar tus vestidos en el río. No seguirás soltera mucho tiempo. Te pretenden los más nobles de los feacios. Apenas amanezca, dile a tu padre que te preste un carro para llevar tus ropas a lavar, que el río queda lejos.

Dichas estas palabras, la diosa de ojos glaucos se encaminó al Olimpo de regreso.

Eos, de bello trono, llegó enseguida y despertó a Nausícaa, de hermosa cabellera. Admirada del sueño que acababa de tener, corrió por los salones del palacio en busca de sus padres, para poder contárselo. Su madre, junto al fuego, tejía lana púrpura, rodeada de sus siervas, y el padre se aprestaba para ir a reunirse en consejo con los nobles feacios. Dijo Nausícaa a Alcínoo:

—¿Podrías ordenar, querido padre, que me preparen un carruaje sólido, para que vaya al río a lavar mis vestidos? Y los tuyos también, puesto que te conviene estar bien ataviado cuando celebras asamblea con los más insignes entre los feacios. Mis hermanos también tienen necesidad de ropa limpia, y yo soy quien se encarga de lavarla.

Así dijo Nausícaa, sin atreverse a hablar de casamiento. Pero su padre, comprendiendo todo, le otorgó de inmediato lo que le pedía. Ordenó a los criados que prepararan el carruaje de inmediato, y pronto la princesa y sus doncellas se pusieron en camino.

El despertar de Odiseo.

Ya en la orilla del río, de límpida corriente, desuncieron las mulas y las dejaron que pastaran libres. Descargaron el carro y lavaron la ropa en las aguas profundas, y luego las tendieron encima de las rocas de la playa, para que se secaran. Acto seguido se bañaron ellas, se perfumaron con lustroso aceite, y se pusieron a comer, sentadas en la orilla del río. Después de la comida, Nausícaa y sus criadas se quitaron el velo para jugar a la pelota un rato. Mientras jugaban, la de brazos níveos, Nausícaa, entonó un canto.

En eso la princesa le arrojó la pelota con demasiada fuerza a una de sus criadas y erró el pase, haciendo que el balón fuera a parar al río. Las mujeres a coro se pusieron a gritar y el bullicio despertó al divino Odiseo, que pensó: “¿Qué clase de personas habitan esta tierra? ¿Serán violentos y salvajes, o acaso serán hospitalarios y sentirán respeto por los dioses? Y aquellas voces de mujer que oigo ¿pertenecerán acaso a ninfas?”.

Nausícaa y sus criadas juegan a la pelota, mientras Atenea vigila. Ilustración de John Flaxman, 1810.

Mientras meditaba estas cosas, Odiseo salió de su escondite entre aquellos arbustos y cortó una rama frondosa para cubrir su desnudez. Así, como un león salvaje, se apareció ante las doncellas. Ellas se asustaron mucho al verlo en ese estado, sucio y casi desnudo, con la piel arrugada por el sol y la sal, y con el cabello revuelto. Y todas escaparon, menos Nausícaa, porque Atenea le infundió valor. Odiseo dudaba entre implorarle de lejos o abrazarse a sus rodillas.[53] Al final decidió hablarle a la distancia, no fuera que Nausícaa lo juzgara atrevido:

—¡Oh reina, yo no sé si eres diosa o mortal, pero atiende mi súplica! Si eres diosa, te encuentro muy parecida a Ártemis,[54] por tu hermosura y porte; si eres mortal, ¡dichosos son tu padre, tu madre y tus hermanos! Sus corazones deben rebosar de alegría cuando te ven bailar. De todos modos, estoy seguro de que el más dichoso será quien te despose y te lleve a su casa. Es tanta tu belleza que no me atrevo a ir adonde estás y abrazar tus rodillas como suelen hacer los suplicantes, aunque me abruma una terrible pena. Ayer logré salir de las garras del mar, después de

53 **Abrazarse a sus rodillas:** este gesto era considerado como signo de súplica en la cultura griega.

54 **Ártemis:** hermana gemela de Apolo, Ártemis es una diosa asociada a la caza y el culto de la luna. Su personalidad es arisca y vengativa. Se la representa como una muchacha hermosa, con el arco y la flecha.

veinte días de penurias, a merced de las olas y los vientos, desde que en una balsa me alejé de la isla de Ogigia. Ahora el destino me ha traído hasta aquí y tú eres la primera persona que me encuentro. Te ruego que me des algo para que cubra mis vergüenzas. ¡Y que te proporcionen los dioses todo lo que deseas: un esposo, familia y la felicidad!

Le contestó Nausícaa, la de brazos de nieve:

—Forastero, ya que no me pareces insensato ni vil, debes saber que el padre Zeus distribuye la dicha entre los buenos y los malos, y si te dio estas penas, tendrás que soportarlas con paciencia. Ahora que has llegado a esta ciudad, no va a faltarte nada, ni ropa ni comida: has venido al país de los feacios, donde gobierna Alcínoo, que es mi padre.

Así habló. Acto seguido les pidió a las criadas que le dieran una muda de ropa, y algo de comer y de beber. Estas obedecieron y le dieron un manto y una túnica. El divino Odiseo les pidió a las mujeres que se alejaran, pues sentía gran vergüenza de mostrarse desnudo en su presencia. Luego de esto, se bañó en el río y se quitó de los anchos hombros la sal del mar. Y luego de lavarse bien el cuerpo, se vistió con la ropa que le dieron. Y la diosa Atenea hizo que pareciera más alto y más fornido, y embelleció su rostro, derramando la gracia sobre él. Así, resplandeciente de belleza, comió con avidez, puesto que hacía mucho que no probaba bocado.

Las instrucciones de Nausícaa.

Mientras tanto, Nausícaa dobló y guardó la ropa, volvió a enganchar las mulas al carro y, tras montar, llamó a Odiseo:

—Forastero, levántate: vamos a la ciudad, donde te llevaré a la casa de mi padre. Y como eres discreto, voy a pedirte algo: que no subas conmigo en el carruaje, sino que vayas caminando atrás, junto con las criadas, para evitar los chismes. Pues en los pueblos siempre hay malas lenguas, y tal vez cuando vean que vienes con nosotras se pregunten: “¿Quién es este extranjero tan apuesto que acompaña

a Nausícaa? ¿Ha encontrado marido en otra parte? ¿Será por eso que desdeña a los feacios que pretenden tomarla por esposa?". Haz lo que yo te diga: marcha detrás del carro junto con las criadas, y a poco de llegar a la ciudad, cuando veas un bosque de álamos, aguarda allí sentado, mientras nosotras vamos a casa de mi padre. Y cuando creas que ya hemos llegado, entra en la población y busca la morada de Alcínoo, mi padre. Te será fácil encontrarla, pues nadie entre los feacios tiene otra tan espléndida, y hasta un niño podría señalártela. Cuando llegues allí, pasa de largo el trono de mi padre y abraza las rodillas de la reina, mi madre. Si ella te recibe con ánimo favorable, también lo hará mi padre, y podrás regresar a tu patria muy pronto.

Así habló y con el látigo hizo andar a las mulas, que tiraron del carro.

Odiseo sigue a Nausícaa. Ilustración de John Flaxman, 1810.

El sol ya se ponía cuando entraron en el bosque sagrado de Atenea. Allí Odiseo se detuvo solo, invocando a la diosa:

—¡Escúchame, indomable hija de Zeus, ya que no me oíste cuando me maltrataba Poseidón, que sacude la tierra! Permite que los feacios me den la bienvenida y se apiaden de mí.

Esa fue su plegaria y la escuchó la diosa; pero no se mostró delante de Odiseo, pues temía a su tío, Poseidón, que seguía irritado con el héroe.

Canto VII

Odiseo llega al palacio de Alcínoo.

Mientras así rogaba el paciente Odiseo, Nausícaa iba en el carro a la ciudad. No bien llegó a la casa de su padre, sus hermanos, hermosos como dioses, corrieron a ayudarla. Desuncieron las mulas y llevaron la ropa adentro de la casa, y ella se encaminó a su habitación, donde estaba la fiel Eurimedusa, la vieja esclava que la había criado y ahora le encendía el fuego y preparaba su comida.

En ese mismo instante se levantó Odiseo para ir a la ciudad; y Atenea, que tanto lo quería, lo envolvió en una nube: no fuera a suceder que un feacio en el camino lo interrogara. Cuando llegó al poblado se apareció la diosa ante sus ojos, tomando la figura de una doncella que llevaba un cántaro. El divino Odiseo le hizo esta pregunta:

—¡Hija mía! ¿Podrías indicarme cuál es el palacio de Alcínoo, que gobierna a este pueblo? Vengo desde muy lejos y no conozco a nadie en estas tierras.

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—El palacio que buscas yo te lo mostraré, pues está cerca de la casa de mi padre. Pero tú anda en silencio, y yo te guiaré. No mires ni interrogues a nadie en el camino: aquí los forasteros no son bien recibidos.

Así hablo Atenea, y condujo a Odiseo por las calles. Nadie se percató de su presencia: una niebla celestial lo envolvía. Contemplaba los puertos y los barcos, el ágora y los grandes y altos muros con ojos asombrados. Y una vez que llegaron al palacio de Alcínoo, la diosa de ojos glaucos le dijo estas palabras:

—Es este, forastero, el palacio que buscabas. Adentro encontrarás, celebrando un banquete, a los reyes… No temas, y entra ya.

Dichas estas palabras, la diosa se marchó. Al llegar a las puertas del palacio, Odiseo se detuvo: la morada de Alcínoo relucía con el brillo del sol o de la luna. Adornaban la entrada dos perros de oro y plata, que había fabricado Hefesto para Alcínoo. Admirado, Odiseo penetró en el palacio, cubierto todavía por la nube. Así llegó a la estancia donde estaban los reyes, y abrazó las rodillas de la reina. En ese instante se esfumó la niebla, y todos los presentes enmudecieron de sorpresa al verlo. Entonces Odiseo le dirigió esta súplica a la reina:

—Arete, me presento ante tu esposo, ante tus invitados y ante ti, tras muchos sufrimientos, y abrazo tus rodillas. ¡Ojalá que los dioses les concedan una vida feliz! He venido a pedirles una nave con su tripulación para que me conduzcan de regreso a mi patria, pues hace mucho tiempo que ando errante, padeciendo infortunios.

Y dicho esto, Odiseo se sentó al lado del hogar, en las cenizas,[55] en señal de aflicción. Todos los invitados permanecieron mudos, hasta que habló Equeneo, que en edad y elocuencia era el mayor de todos, arengándolos:

—No corresponde, Alcínoo, que un huésped permanezca sentado en las cenizas. Dale una buena silla, y manda a los heraldos que mezclen rojo vino para ofrecerle libación a Zeus, dios de los suplicantes. Y que la despensera le traiga de comer.

55 **Cenizas:** en muchas culturas de la Antigüedad, eran símbolo de la desdicha y la penitencia.

Entonces el rey Alcínoo le tendió la mano al prudente Odiseo y le ofreció una silla bien labrada, en el lugar de su hijo Laodamante, que le cedió su puesto al forastero. La despensera puso ante sus ojos pan y muchos manjares, y todos los presentes bebieron y ofrecieron libaciones a Zeus. Una vez que concluyeron, les dijo estas palabras el magnánimo Alcínoo:

—Escuchen mis palabras, capitanes y príncipes feacios. Terminado el banquete, que cada uno vaya a dormir a su casa. Mañana, convocados los ancianos, hemos de decidir en asamblea cómo lo ayudaremos a volver a su patria, no sin antes cumplir con los deberes de la hospitalidad y ofrecerles a las divinidades hermosos sacrificios.

Así dijo, y los feacios estuvieron de acuerdo en ayudar al huésped a volver a la patria. Hechas las libaciones, y tras haber bebido cada uno cuanto le vino en gana, volvieron a sus casas.

Odiseo habla con Arete y Alcínoo.

El divino Odiseo se quedó en el palacio, junto al rey y la reina, mientras que las esclavas levantaban las mesas. La primera en hablar fue Arete, pues al ver las ropas de Odiseo había reconocido la túnica y el manto que había tejido junto a sus esclavas:

—Ante todo, ¡oh huésped!, quisiera interrogarte. ¿Quién eres y de qué país procedes? ¿Quién te dio esos vestidos? ¿No dices que llegaste errante por los mares?

El astuto Odiseo así le respondió:

—Difícil me sería, ¡oh reina!, relatarte todas las desventuras que los dioses tramaron para mí. Alejada de todo, en el medio del mar hay una isla, cuyo nombre es Ogigia. Allí vive una diosa de hermosa cabellera, la temible Calipso. Con nadie tiene trato, ni con hombres mortales ni con los inmortales. Seguramente algún dios me condujo a su isla, después que Zeus destrozó mi nave con un ardiente rayo, en el medio del mar: todos mis compañeros se ahogaron en las aguas y solo yo logré sobrevivir. Permanecí flotando nueve días aferrado a un

madero, entre las olas, hasta que los dioses me arrojaron a la costa de Ogigia. Me recibió Calipso con bondad, y me dio de comer, y no pocas veces prometió que me haría inmortal: no logró convencerme. Siete años pasé junto a Calipso, regando con mis lágrimas las vestiduras que me dio la diosa. Al cumplirse el octavo, por mandato de Zeus o porque así lo quiso ella, no lo sé, me permitió partir y dispuso mi vuelta en una balsa, que abasteció con mucho pan y vino. Me dio buenos vestidos y me envió una brisa favorable. Estuve navegando por diecisiete días, y en el decimoctavo alcancé a divisar los montes de esta tierra. Comenzaba a alegrarme; sin embargo, Poseidón, que sacude la tierra, volvió a cerrarme el paso. Agitó con violencia las aguas y los vientos, e hizo trizas la balsa. Yo nadé como pude hasta la costa, y aunque casi me matan unas rocas contra las cuales me arrojó el oleaje, llegué al fin hasta un río. En la orilla me eché, entre dos arbustos, y me quedé dormido hasta el día siguiente. Al despertar, oí gritar a unas mujeres: las siervas de tu hija jugaban en la orilla, y entre ellas pude ver a la hermosa Nausícaa, semejante a una diosa. Le rogué protección y me la dio, haciendo gala de una discreción inusual a su edad. Me ofreció de comer y de beber, hizo que me lavaran en el río y me entregó estas ropas. A pesar de mis penas, te he dicho la verdad de todo lo ocurrido.

Así dijo Odiseo, y Alcínoo respondió:

—Huésped, no fue discreta por completo mi hija, puesto que no te trajo personalmente a casa.

Le contestó Odiseo:

—Yo no quisiera, ¡oh rey!, que por mi culpa censures a tu hija. Aunque ella me rogó que la siguiera, por temor de irritarte y de las malas lenguas, yo preferí no hacerlo.

Y a esto dijo Alcínoo:

—Huésped, mi corazón no se irrita sin causa, y lo mejor es siempre lo más justo. ¡Ojalá te quedaras por siempre con nosotros y tomaras a mi hija como esposa! Yo te daría casa y abundantes riquezas.

Pero aquí nadie habrá de retenerte, pues eso disgustaría al padre Zeus. Mañana mismo emprenderás tu viaje: así lo he decretado. Mientras duermas, vencido por el sueño, te llevarán a casa los feacios, sin importar cuán lejos se encuentre tu país. Así comprobarás cuán buenas son mis naves y qué hábiles somos en la navegación.

Así habló, y Odiseo elevó a Zeus la siguiente súplica:

—¡Ojalá, padre Zeus, Alcínoo cumpla lo que ha prometido! ¡Que su fama perdure para siempre en el mundo, si yo regreso a casa!

La reina, acto seguido, ordenó a las criadas que arreglaran un lecho, con abundantes sábanas y mantas color púrpura.

Y allí durmió Odiseo, luego de despedirse de los reyes.

Canto VIII

La asamblea de los feacios.

No bien surgió la hija de la mañana, Eos, la de dedos rosados, salió del lecho Alcínoo, al tiempo que Odiseo también dejaba el suyo. Ambos se dirigieron hacia el ágora, que habían construido los feacios junto al puerto, donde tendría lugar una asamblea. Mientras tanto, Atenea, tomando la figura de un heraldo de Alcínoo, recorría las calles, incitando a los jefes y a los nobles a encaminarse al ágora:

—¡Vamos, jefes y príncipes feacios! Vengan al ágora y conocerán al forastero que llegó al palacio de nuestro rey Alcínoo ayer, después de andar errante por los mares. Se parece a los dioses inmortales por su porte y su gracia.

Así los fue arengando la diosa de ojos glaucos, y pronto se llenaron los asientos del ágora. Los feacios contemplaban a Odiseo con ojos admirados, puesto que había derramado Palas la gracia sobre él, y parecía más alto y más fornido.

Cuando estuvo reunida la asamblea, Alcínoo fue el primero en tomar la palabra:

—Escuchen mis palabras, capitanes y príncipes feacios. No sé quién podrá ser el forastero que llegó a mi casa tras andar tanto tiempo errante por los mares, ni si viene de oriente o de occidente.

Y ahora nos pide ayuda para volver a casa con los suyos: es menester que lo ayudemos, como en el pasado hicimos con tantos otros en el mismo trance. Echemos, pues, al mar un barco no estrenado con cincuenta y dos jóvenes, de los mejores entre los feacios, que llevarán los remos. Luego vayamos todos a mi casa y disfrutemos de un banquete regio, en homenaje al huésped. Y llamen a Demódoco, el aedo divino, a quien los dioses otorgaron su don.

Los festejos en el palacio.

Así habló, y Odiseo y los nobles feacios lo siguieron, y en el palacio comenzó el banquete, tras hacer sacrificios. Un heraldo condujo hasta la sala al aedo Demódoco, quien había recibido de los dioses un bien y una desgracia al mismo tiempo: le quitaron la vista, pero a cambio le otorgaron el canto.

Y una vez que comieron y bebieron cuanto les vino en gana, las Musas inspiraron al aedo a celebrar la gloria de dos héroes famosos, Odiseo y Aquiles, y a cantar la disputa que tuvieron en medio de un banquete en honor de los dioses. Al oírlo, a Odiseo le brotaron las lágrimas, y se cubrió la cara con el manto, pues sentía vergüenza de llorar delante de los feacios. A pesar de su esfuerzo por ocultar las lágrimas, Alcínoo, que estaba junto a él, se dio cuenta, y habló de esta manera a los feacios:

—Escuchen, capitanes y príncipes feacios. Como ya hemos disfrutado del banquete y del canto, salgamos y midamos nuestras fuerzas en competencias[56] de distinto tipo, de modo que, al volver entre los suyos, el huésped les refiera a sus amigos cómo nos destacamos los feacios en la lucha, en el salto y las carreras.

Así dijo, y salió y todos lo siguieron. El heraldo tomó de la mano a Demódoco y lo condujo afuera de la casa, para que presenciara los juegos con los otros.

56 **Competencias:** los juegos deportivos eran parte de las celebraciones de la hospitalidad.

Compitieron los jóvenes en diferentes pruebas: pugilato, carreras, lanzamiento de disco y luchas. Después tuvo lugar una excelente exhibición de baile, que despertó la admiración del huésped y los feacios por igual. Al concluir los juegos y la danza, Alcínoo habló así:

—Escuchen, capitanes y príncipes feacios. Demos a nuestro huésped un regalo, como lo exige la hospitalidad. Trece reyes gobiernan a este pueblo, y yo soy el primero entre mis pares. Que cada uno traiga un manto y una túnica y un talento[57] de oro, para que se le alegre el corazón.

Así habló, y todos lo aplaudieron, y pidieron acto seguido a los heraldos que trajeran los regalos. Alcínoo les mandó que trajeran un cofre muy hermoso, para guardar allí los dones recibidos. Luego le pidió a Arete que les diera la orden a las criadas de que prepararan un baño para el huésped, cosa que hicieron inmediatamente. Una vez que lo hubieron lavado, perfumado y ungido con aceite, le dieron una túnica y un espléndido manto, y al punto fue a reunirse con los hombres, que ya estaban bebiendo vino. Nausícaa, la hermosa hija de Alcínoo y la reina Arete, se paró en el umbral y admirando a Odiseo le dijo estas palabras:

—Ojalá que los dioses, oh huésped, quieran que cuando estés de regreso en tu patria aún te acuerdes de mí, a quien debes la vida.

El astuto Odiseo respondió:

—Nausícaa, si Zeus me concede regresar a mi casa, allí como el de diosa invocaré tu nombre mientras viva, puesto que fuiste tú mi salvadora.

El canto de Demódoco.

Dichas estas palabras, se sentó en un sillón. Sirvieron la comida y el vino, y el heraldo fue junto a Demódoco, que se ubicó en el medio del salón. Y entonces Odiseo, cortando una tajada de espinazo de cerdo, bien cubierta de grasa, le dijo estas palabras:

57 **Talento:** moneda que circulaba en el mundo griego.

—Demódoco, te alabo sobre todos los hombres, porque el don que posees proviene de la Musa, o acaso Apolo te lo concedió. Con admirable estilo cantaste las hazañas de los aqueos en Troya, todo cuanto sufrieron y sus hechos gloriosos, como si de verdad lo hubieras presenciado. Te pido que nos cantes sobre el caballo de madera[58] que, con el auxilio de Atenea, Epeo[59] construyó: aquella máquina que el divino Odiseo llevó con sus engaños a la acrópolis,[60] con el vientre repleto de soldados, que destruyeron Troya. Si acaso eres capaz de contar todo esto como ocurrió en verdad, yo les diré a los hombres que algún dios bondadoso te concedió tu don.

El caballo de Troya, relieve de una tinaja del siglo VII a. C.

Así dijo, y Demódoco, inspirado, cantó. Y en su canto, contó de qué manera los aqueos subieron a sus naves, fingiendo retirarse, mientras que los mejores, junto con Odiseo, permanecían ocultos en

58 **Caballo de madera:** el famoso caballo de Troya fue el artificio que ideó Odiseo para poder entrar en la ciudadela y así arrasarla. Este gigantesco animal de madera sirvió para esconder en su interior hueco a los aqueos, quienes lo ofrecieron a los troyanos como un gesto de paz.

59 **Epeo:** guerrero aqueo que construyó el caballo con el que engañaron a los troyanos.

60 **Acrópolis:** la parte más alta de la ciudad.

el vientre del caballo que los mismos troyanos arrastraron hasta la ciudadela. Cantó la discusión que sostuvieron los troyanos, dudando si acaso desarmarlo para ver su contenido, o arrojarlo al océano desde un acantilado, u ofrecerlo a los dioses como ofrenda. Esta última resolución fue la que prevaleció, y los aqueos al amparo de la noche salieron del caballo y asolaron la ciudad. También cantó Demódoco de qué modo Odiseo y el rubio Menelao sitiaron la morada de Deífobo,[61] y cómo combatieron arduamente hasta alcanzar el triunfo, con la ayuda de Palas Atenea.

Así cantó Demódoco, y al escucharlo el rostro de Odiseo se cubría de lágrimas. Alcínoo, al percatarse, ordenó que el aedo dejara de cantar, y dijo estas palabras:

—Escuchen, capitanes y príncipes feacios. Que deje de tocar Demódoco la cítara, ya que su canto no les gusta a todos: desde que nos pusimos a comer y nuestro aedo comenzó su canto, el huésped no ha dejado de llorar. La nave está dispuesta, y en su cofre ya están guardados los presentes, que en señal de amistad le regalamos, pues cualquiera que tenga algo de sensatez trata a los suplicantes y a los huéspedes cual si fueran hermanos. Por eso, forastero, no ocultes con malicia lo que he de preguntarte, porque es justo que hables con verdad. Dime cómo te llaman tus padres y la gente que habita en tu país, pues todo lo que nace, nace con algún nombre. Dime cuál es tu tierra, cuál es tu pueblo y cuál es tu ciudad, para que allí podamos llevarte en nuestras naves. Pero habla ahora, y dinos por qué parajes anduviste errante, qué tierras conociste y qué ciudades, y con qué hombres trataste. Cuéntanos por qué lloras cuando escuchas hablar de los aqueos, y de sus desventuras y de Troya. ¿Acaso algún pariente tuyo murió allá? ¿Fue un esforzado compañero, acaso? Puesto que un compañero dotado de prudencia no es, a decir verdad, inferior a un hermano.

61 **Deífobo:** uno de los hijos de Príamo y Hécuba, los reyes de Troya.

Canto IX

Odiseo se da a conocer ante los feacios.

Y el astuto Odiseo les relató lo que sigue.

—Mi nombre es Odiseo, y soy hijo de Laertes. Los hombres me conocen por mi ingenio. Tengo mi casa en Ítaca, la isla donde se alza el monte Nérito, que se ve desde el mar. Alrededor hay otras islas: Same, Duliquio y la umbrosa Zaquinto. Es áspera la tierra de Ítaca, mi patria, pero cría varones excelentes. No existe tierra alguna más dulce para mí.

Odiseo llora al escuchar el canto de Demódoco. Ilustración de John Flaxman, 1810.

”Y aun cuando Calipso me tuvo prisionero para hacerme su esposo, y la engañosa Circe[62] me retuvo en su palacio, jamás me persuadieron en mi ánimo ni una ni la otra: para quien alejado de los suyos habita en tierra extraña, por más que sea en un palacio espléndido, nada es más grato que la propia casa y la propia familia.

Odiseo inicia el relato de sus aventuras. Los cícones.

”Pero te contaré cómo fue mi regreso desde Troya, decretado por Zeus, lleno de sufrimientos y pesares. De Troya me llevaron los vientos al país de los cícones,[63] en Ísmaro. Saqueamos la ciudad y matamos a quienes la habitaban. Luego nos repartimos equitativamente el botín y las mujeres. Insté a mis compañeros a que nos retiráramos con prisa. No pude persuadirlos. ¡Insensatos! Y mientras en la costa mis hombres comían y bebían con exceso, los cícones que habían conseguido escapar llamaron a los otros que vivían tierra adentro. Eran muy numerosos y valientes, además de más diestros en la lucha. Se presentaron al rayar el alba, innumerables como las hojas y las flores que en primavera brotan. Nos combatieron junto a los navíos. Logramos contenerlos durante todo el día; pero al atardecer nos derrotaron, y encontraron la muerte seis aqueos. Los demás escapamos como nos fue posible, esperando hasta último momento por si acaso volvían los que al fin no volvieron. Y una vez que zarpamos, Zeus, el que amontona las nubes, levantó una tempestad, que cubrió de negrura la tierra y el océano.

”Extraviamos el rumbo y los vientos rasgaron nuestras velas. Las recogimos, pues, y logramos llevar la nave hasta una playa, donde permanecimos dos días con sus noches, mientras la angustia y el cansancio nos roían el alma. Al tercer día, una vez más partimos con velas desplegadas.

62 **Circe:** diosa hechicera, hija del Sol y Perseis.
63 **Cícones:** tribu de Tracia.

Los lotófagos.

”Y habríamos llegado a salvo a nuestra patria, si el viento y el oleaje no hubieran desviado nuestra nave, al doblar en el cabo de Malea,[64] conduciéndonos lejos, más allá de Citera.[65] Durante nueve días nos arrastraron vientos enemigos. Al décimo llegamos al país de los lotófagos,[66] que solo comen flores. Bajamos a la costa y cargamos agua fresca. Después mis compañeros comieron al costado de las naves. Escogí a dos de ellos y a un heraldo, y los mandé a informarse quiénes vivían en aquellas tierras. Enseguida partieron, y pronto se toparon con los hombres comedores de loto, quienes, en vez de hacerles algún daño, les regalaron lotos para que los comiesen. Tan pronto como degustaron aquel fruto dulcísimo se olvidaron de todos los pesares y los abandonó el deseo del regreso, y prefirieron quedarse allí, con los lotófagos. A pesar de sus lágrimas, me los llevé conmigo y los até a los bancos de las cóncavas naves. Inmediatamente ordené a los otros que zarparan, temiendo que olvidasen el regreso si probaban la flor ellos también. Me hicieron caso y enseguida azotaban las olas con los remos.

Los cíclopes.

”Partimos con el ánimo afligido y muy pronto llegamos al país de los soberbios cíclopes,[67] pueblo sin ley que no cultiva el campo, confiándose a los dioses inmortales, al que todo le nace sin semilla ni arado. Ellos no deliberan en el ágora y carecen de leyes. Habitan en las cumbres de montes escarpados, y cada uno gobierna a su mujer y a sus hijos, sin importarles los demás en nada. Al lado de la isla

64 **Malea:** pequeña península del sureste del Peloponeso.

65 **Citera:** isla griega al sudoeste del Peloponeso.

66 **Lotófagos:** pueblo legendario que solía identificarse con una población del noreste de África.

67 **Cíclopes:** hijos de Urano y Gea, son gigantes con un solo ojo en medio de la frente; viven aislados, en cuevas, cuidando de sus ovejas. Son salvajes y desconocen la vida en sociedad.

de los cíclopes hay otra más pequeña, apenas un islote. Allí desembarcamos en medio de la noche, y al punto nos echamos a dormir aguardando la aurora.

”No bien se mostró Eos, la de dedos rosados, hija de la mañana, recorrimos la isla, cazamos y comimos y bebimos del vino de los cícones. Cuando cayó la noche, nos acostamos a dormir de nuevo. Y cuando salió el sol, convoqué al ágora y dije a mis amigos:

”—Compañeros leales, permanezcan aquí. Con mi nave y mi gente iré a enterarme quién habita en la isla que vemos desde aquí, y si sus habitantes son soberbios, salvajes e injustos, o si acaso reciben a sus huéspedes con amistad y temen a los dioses.

”Después nos despedimos y subimos a las naves. Y una vez que llegamos a la cercana isla, divisamos una elevada gruta muy cerca de la orilla, rodeada de altos pinos, encinas y un laurel, que escondía la entrada. Un copioso rebaño de ovejas y de cabras pastaba alrededor. Allí vivía un monstruo alto como una montaña, que alejado de todo cuidaba sus rebaños, y nunca frecuentaba al resto de los cíclopes, porque era cruel de ánimo y albergaba siniestros pensamientos.

La cueva de Polifemo.

”Entonces ordené a mis compañeros que se quedaran a cuidar la nave y elegí solo a doce, los mejores. Nos pusimos a andar, llevando con nosotros algunas provisiones y un gran odre rebosante de dulce y negro vino, regalo de Marón, sacerdote de Apolo. Pronto llegamos a la enorme gruta, y como no había nadie, decidimos entrar e investigar. Nos sorprendió encontrar tanta abundancia: cestos llenos de quesos, y establos rebosantes de corderos y cabritos. Me insistieron mis hombres en que tomáramos de allí unos quesos y algunos animales. Pero yo me negué, aunque en verdad habría sido lo más prudente, porque deseaba conocer al cíclope y que me concediera dones hospitalarios.

”Encendimos el fuego, hicimos sacrificios, comimos de los quesos y esperamos. El cíclope llegó, transportando en sus brazos gran cantidad de leña que traía para hacer su comida. La arrojó con estrépito en la entrada, y presas del terror huimos hacia el fondo de la gruta. Hizo entrar el rebaño, y luego colocó un enorme peñasco a manera de puerta; tan grande era la roca, que ni veintidós carros de cuatro ruedas que tiraran juntos habrían sido capaces de moverla. Acto seguido se sentó a ordeñar las ovejas y las cabras. Después puso a cuajar la mitad de la leche, y el resto lo guardó para bebérselo durante la comida. Finalmente hizo el fuego, y al vernos nos habló:

”—¿Quiénes son, forasteros? ¿Desde dónde han venido por el mar? ¿Los trae algún negocio, o van sin rumbo fijo, igual que los piratas?

”El miedo que nos daban su ronca voz y su espantoso aspecto nos encogía el corazón. De todos modos junté valor y pude hablarle:

”—Somos aqueos que venimos desde Troya, surcando el ancho mar. Los vientos, caprichosos, nos impidieron el regreso a casa, y nos trajeron hasta aquí. Luchamos en el ejército de Agamenón, famoso en todo el mundo por su triunfo. Hemos venido en calidad de suplicantes. Te abrazamos las rodillas, para que nos recibas con bondad y nos ofrezcas un regalo, como es costumbre entre los huéspedes. Sé respetuoso de los dioses, y en especial de Zeus, ya que venimos como suplicantes.

”Así hablé y él me dijo estas crueles palabras:

”—¿Eres tonto, extranjero, o vienes de muy lejos, que no sabes que a nosotros los cíclopes no nos importan Zeus ni los dioses felices, porque somos más fuertes? No les perdonaría la vida por temor a Zeus ni a nadie. Pero dime en qué sitio has dejado tu nave cuando llegaste aquí.

”Me dijo esas palabras procurando engañarme; pero yo me di cuenta de sus intenciones y así le respondí con otro engaño:

”—El que sacude el suelo, Poseidón, acabó con mi nave, tras hacerla chocar contra las rocas de esta isla, pero mis compañeros y yo fuimos capaces de salvar nuestras vidas.

"Por única respuesta, el cíclope atrapó a dos compañeros, como si hubieran sido dos cachorros, y los arrojó al suelo, partiéndoles el cráneo con el golpe. Acto seguido, los despedazó y se comió su carne y sus entrañas, y ni siquiera perdonó los huesos, como un león salvaje.

"Nosotros, aterrados, elevamos las manos, suplicándole a Zeus. Cuando se hubo saciado de leche y carne humana, se echó a dormir el cíclope. Entonces yo le hubiera atravesado el pecho con la espada hasta llegar al hígado. Empero, me contuve al darme cuenta de que no habríamos podido alzar la roca de la entrada y habríamos perecido sin remedio. De modo que aguardamos, sollozando, la aurora.

"Cuando surgió la hija de la mañana, Eos, la de dedos rosados, el cíclope hizo fuego y se sentó a ordeñar. Y después de cumplir esta tarea, agarró a dos compañeros y se los devoró. Luego sacó a pastar los animales, retirando la piedra de la entrada sin el menor esfuerzo, y volvió a cerrar.

"Yo me quedé tramando la venganza, por si acaso Atenea me otorgaba la victoria, hasta que al fin tomé una decisión. Al lado del establo, el cíclope había puesto un gran tronco de olivo para que se secara, del tamaño de un mástil. Yo separé una rama, del largo de dos brazos extendidos, y con los compañeros la pulimos, la aguzamos de un lado, luego la endurecimos en el fuego, y después la ocultamos debajo del estiércol que cubría la gruta.

"El cíclope regresó al atardecer, arriando sus rebaños. Volvió a cerrar la entrada con la puerta y se sentó a ordeñar como el día anterior; al terminar, tomó a dos compañeros y se los devoró a manera de cena. Entonces me acerqué, llevándole una copa del vino que traíamos, y le hablé de esta forma:

"—Escúchame, ¡oh cíclope! Toma este vino y bébelo. Verás que se acompaña muy bien con carne humana. Lo traía en la nave para ti, por si acaso querías ayudarnos. Pero nadie se iguala en cólera contigo. ¿Cómo se acercarán otros, en adelante, si no sabes lo que es la compasión?

”Así le hablé, y tomó la copa y bebió el vino. Y tanto le gustó que luego pidió más:

”—Dame más vino, huésped, y hazme saber tu nombre, para que pueda darte un don hospitalario.

”Yo obedecí y volví a servirle vino. Tres veces le serví, y tres veces más vació la copa. Y cuando el vino le nubló la mente, le hablé de esta manera:

”—Cíclope, me preguntas por mi nombre. Te lo revelaré, a cambio del regalo que prometes. Mi nombre es Nadie; Nadie me llaman mis amigos y mis padres.

”Me respondió con cruel talante el cíclope:

”—A Nadie me lo habré de comer último, y a todos los demás, antes que a él: ese será mi don hospitalario.

”Y tras hablar así, cayó ebrio de vino y eructó y se quedó dormido allí mismo, en el suelo. Entonces acerqué la punta de la estaca a las brasas ardientes para calentarla, mientras les daba ánimo a los otros, para que no temieran. Cuando ya estuvo al rojo vivo, ellos se la clavaron en el ojo al cíclope, y yo me apoyé encima y la hice girar. Mucha sangre brotaba alrededor de la caliente estaca mientras la revolvía.

Odiseo y sus hombres ciegan al cíclope Polifemo. Detalle de un ánfora del siglo VII a. C.

”El cíclope dio un grito espeluznante, que retumbó por toda la caverna, y nosotros corrimos a escondernos, mientras él se arrancaba la estaca y la arrojaba lejos de allí con furia, y llamaba a los gritos al resto de los cíclopes. Cuando oyeron sus gritos acudieron algunos, y detrás de la roca le preguntaron qué lo atormentaba:

”—Polifemo, ¿por qué gritas de esa manera en la divina noche, tan enojado, despertándonos? ¿Algún hombre te roba las ovejas? ¿O acaso alguien intenta matarte con engaño o con la fuerza?

”Y respondió el robusto Polifemo desde adentro:

”—¡Amigos míos! Nadie me mata con engaño, no con fuerza.

”Y ellos le contestaron:

”—Pues si estás solo y nadie te hace daño, no podrás evitar la enfermedad que te ha enviado Zeus. ¡Pídele ayuda a Poseidón, tu padre!

”Y luego se marcharon.

”Yo me reía para mis adentros de cómo había logrado el engaño del nombre. El cíclope, gimiendo dolorido, retiró el gran peñasco de la puerta y se sentó en la entrada, por si lograba capturar a alguien que intentara salir con las ovejas. ¡Qué iluso, si esperaba que fuera tan ingenuo! Yo me puse a pensar cómo salir de aquella desgraciada situación, y se me ocurrió un plan: había unos carneros hermosos y muy bien alimentados; con varillas de mimbre los até de tres en tres, y cada compañero se colgaba del vientre del medio, mientras los otros dos lo protegían. Yo mismo me aferré al vientre del más grande. Así permanecimos, aguardando la aparición de Eos.

”Cuando al fin se mostró la hija de la mañana, los carneros salieron presurosos a pastar. El cíclope palpaba sus lomos para ver si estábamos nosotros sobre ellos. Así mis compañeros salieron de la cueva sin que él lo notara. El último en salir fue el que me transportaba, que era su favorito. Y tras palparlo, el cíclope le dijo:

”—¡Mi querido carnero! ¿Por qué hoy eres el último en salir de la cueva, cuando siempre salías el primero? Sin duda has de extrañar el ojo de tu amo, a quien cegó un malvado que se llamaba Nadie.

¡Si pudieras hablar y me dijeras dónde se está ocultando de mi cólera, esparciría sus sesos por la cueva!

”Y tras hablarle así, lo dejó ir. Cuando nos alejamos un trecho prudencial, me solté del carnero y luego hice lo propio con mis compañeros. Arriamos los carneros a la nave, apurándonos todo lo que nos fue posible y procurando no hacer ruido alguno.

”¡Qué alegría sintieron los demás al ver que habíamos vuelto! ¡Cómo lloraban por los otros, muertos! Una vez que cargamos el ganado, partimos en la nave a toda prisa. Cuando nos alejamos lo suficiente para estar a salvo, y que pudiera el cíclope escucharme todavía, le espeté estas palabras, hirientes y mordaces:

”—¡Cíclope! ¡No debiste emplear tu gran fuerza para comerte a los amigos de un varón indefenso! Han hallado castigo tus acciones, ya que te has atrevido a comerte a tus huéspedes en tu propia morada.

”Así dije, irritando aun más su corazón. Comenzó a arrojar rocas contra la embarcación, pero las esquivamos. Y aunque mis compañeros querían disuadirme e intentaban callarme, volví a gritar furioso:

”—Cíclope, si algún hombre te pregunta quién te ha dejado ciego, tú dile que Odiseo, el hijo de Laertes, habitante de Ítaca, te privó de tu ojo.

”Entonces, Polifemo lanzó un suspiro y dijo:

”—¡Oh dioses!, se han cumplido los pronósticos que me vaticinaron que sería privado de la vista por mano de Odiseo. Sin embargo, esperaba que fuera un hombre alto y fuerte; y es un hombre pequeño, débil y despreciable, quien me ha dejado ciego, con la ayuda del vino. Pero ayúdame, padre Poseidón, tú que abrazas la tierra. Cumple lo que te pido: que Odiseo, que tiene en Ítaca su casa, no regrese jamás a su palacio. Y si acaso los dioses ya han dispuesto que vuelva, que sea tarde y mal, en nave ajena, muertos sus compañeros, y que halle un nuevo mal en su morada.

”Así rogó, y su padre lo escuchó.

”Cuando al fin regresamos a la isla donde las otras naves aguardaban, bajamos el ganado y pasamos el día celebrando un banquete, no sin antes hacerle sacrificio a Zeus del carnero preferido del cíclope. Pero el dios no hizo caso de nuestro sacrificio, y meditaba ya cómo perder mis naves y a los fieles compañeros.

”Cuando llegó la noche nos echamos a dormir en la playa, y no bien surgió Eos, hija de la mañana, la de dedos de rosa, desatamos amarras y partimos, con el ánimo triste, pero felices de salvar la vida.”

Canto x

Eolo.

”Arribamos a Eolia,[68] donde habitaba Eolo, el guardián de los vientos, querido por los dioses. Nos hospedó en su espléndido palacio, nos deleitó con música y banquetes y nos hizo preguntas sobre Troya, que yo le contesté como corresponde.

”Pasamos allí un mes, y al expresarle yo que deseaba partir, el rey no me retuvo. Por el contrario, me entregó un regalo valiosísimo: un cuero de buey de nueve años, en que había encerrado los mugidores vientos, con excepción del Céfiro.[69] Ató el cuero a la nave con un hilo de plata a fin de que ninguno se escapara, y nos envió el Céfiro para que nos llevara de regreso.

”Navegamos sin pausa nueve días con sus noches, y al décimo pudimos divisar la tierra patria, donde vimos hogueras encendidas en la costa. Todo ese tiempo yo había gobernado el timón de la nave, sin cedérselo a nadie, para llegar más rápido. Pero en aquel momento tan feliz, me sentí fatigado, y el sueño me venció.

68 **Eolia:** isla flotante en donde se encuentra la mansión de Eolo, identificada con la actual isla de Strómboli, al norte de Sicilia.

69 **Céfiro:** viento del oeste, suave y agradable.

”Mientras yo dormitaba, mis hombres discutían, creyendo que en el cuero que Eolo me había dado yo guardaba riquezas. Uno de ellos dijo:

”—¡Cuán querido y honrado es este hombre! ¡Muchos y muy valiosos objetos se ha traído como botín[70] de Troya, y nosotros volvemos con las manos vacías! ¡Y ahora ha recibido esto de Eolo! Veamos cuánto oro y plata hay en el cuero.

”Fue así que desataron, ¡insensatos!, el cordón para ver lo que había dentro.

”Los vientos, desatados, soplaron a su antojo y nos llevaron lejos otra vez. Finalmente volvimos a la isla de Eolia, soportando vientos huracanados, mientras lloraba la tripulación y yo me lamentaba de su ingratitud. No bien desembarcamos, me presenté ante Eolo en el palacio.

”El rey, al verme entrar, me preguntó, asombrado:

”—¿Qué haces otra vez aquí, Odiseo? ¿Acaso no te di todo lo necesario para volver a casa?

”Y yo le contesté, con pesar en el alma:

”—La insensatez de mi tripulación y un sueño inoportuno han causado este daño. Sin embargo, este mal tiene remedio: tú puedes ayudarme una vez más.

”Tras un largo silencio, Eolo respondió, con el ánimo airado:

”—¡Vete de aquí cuanto antes, miserable! Yo no puedo ayudar a un hombre que se ha hecho odioso ante los dioses.

Los lestrigones.

”Al ver que era imposible conseguir el auxilio de Eolo, regresé cabizbajo. Volvimos a zarpar, y durante seis días navegamos, hasta que al fin al séptimo llegamos al país de Lestrigonia.[71] Todos mis compañeros amarraron sus naves en el puerto, pero yo la dejé amarrada

70 **Botín:** conjunto de las armas, provisiones y demás posesiones de un ejército vencido y de los cuales se apodera el vencedor.

71 **Lestrigonia:** ciudad legendaria habitada por gigantes caníbales que devoran a los extranjeros, y a la que se suele ubicar en la isla de Córcega.

a un peñasco, a bastante distancia. Luego envié a dos hombres junto con un heraldo, para que averiguaran qué gente vivía allí. Al punto se pusieron en camino, y enseguida encontraron a una joven que recogía agua de un arroyo. Ella les indicó dónde quedaba el palacio del rey, y fueron hacia allá.

”Al entrar, encontraron a la reina, que era mucho más alta que una mujer común, y más fornida. Ella no dijo nada, pero mandó a llamar al rey Antífates, que cuando entró y vio a mis compañeros, agarró a uno de ellos y se lo devoró. Los otros escaparon, aterrados, de regreso a las naves, mientras el rey Antífates daba gritos de aviso por toda la ciudad.

”Enseguida acudió una multitud de fuertes lestrigones, que más que hombres parecían gigantes, y se pusieron a arrojar peñascos de gran tamaño contra nuestras naves. Los fuertes lestrigones atrapaban a nuestros compañeros como a peces y se los devoraban. Yo corté las amarras de mi barco, y al punto insté a los hombres a remar. La nuestra fue la única nave que logró huir de la desgracia.

Circe.

”Luego llegamos a la isla de Eea,[72] donde vive Circe, la hechicera de las hermosas trenzas. Tras atracar, bajamos de la nave y nos echamos a dormir dos días y dos noches seguidos, agotados por semejante esfuerzo. Al tercer día yo me levanté y busqué un mirador. Desde allí pude ver el palacio de Circe. Al volver, encontré a los compañeros con el ánimo triste, sollozando por los hechos del lestrigón Antífates y la violenta cólera del cíclope. De nada nos servía lamentarnos: los dividí en dos grupos y asigné a cada uno un capitán. Yo mandaría a uno, y Euríloco sería el capitán del otro. Hicimos un sorteo y le tocó al grupo de Euríloco inspeccionar el área.

”En el medio de un valle se encontraba el palacio de la hechicera Circe. Alrededor, había animales feroces, lobos y leones, a los que Circe

72 **Eea:** isla que suele localizarse en la costa oeste de Italia.

había hechizado dándoles un mágico brebaje. Pero estos animales no atacaron a los hombres de Euríloco, sino que con la cola les hicieron fiesta, como hacen los perros con sus amos. Los hombres, temerosos, se detuvieron ante las puertas del palacio. Oyeron desde allí a Circe que cantaba con voz melodiosa mientras tejía. Polites, uno de los hombres, dijo:

”—Debe ser una diosa o una mujer quien canta mientras teje. ¿Por qué no la llamamos?

”Así les dijo y ellos la llamaron a voces. Circe vino enseguida, les abrió la puerta y los invitó a pasar. Los hombres la siguieron, todos menos Euríloco, que sospechaba que se trataba de alguna trampa. La diosa hizo sentar en cómodos sillones a los hombres y les dio de comer y de beber, pero con la comida mezcló un brebaje mágico, para hacer que los hombres se olvidaran completamente de su patria y del regreso. Una vez que comieron y bebieron, Circe los tocó con su varita, y al punto los convirtió en cerdos. Luego los encerró en unos chiqueros. Tenían de los cerdos la cabeza y el cuerpo, y la piel y la voz, pero aún conservaban la inteligencia humana. Encerrados, lloraban, mientras Circe les daba de comer bellotas y otras cosas que a los cerdos les gustan.

”Euríloco volvió sin demora a la cóncava nave, para informarme sobre lo ocurrido. Era incapaz de contener el llanto y se le había hecho un nudo en la garganta. Cuando al fin pudo relatarnos lo que había visto, me colgué la espada y le ordené que fuera conmigo, para indicarme cómo llegar a la mansión de Circe; pero él, abrazando mis rodillas, me dijo estas palabras:

”—No me obligues a ir, te lo suplico: pues yo sé que de allí no volverás trayendo de regreso a nuestros compañeros. Huyamos enseguida los que estamos presentes, que aún podemos escapar de aquí.

”Y yo le contesté:

”—Euríloco, tú quédate a comer y beber al lado de la nave. Pero yo iré, que así me lo exige el deber.

”Dicho esto, me alejé de la nave y del mar.

Circe transforma en cerdo a uno de los compañeros de Odiseo. Dibujo sobre un altar del siglo VI a. C.

”Cuando iba por el valle y me acercaba a la mansión de Circe, se apareció el dios Hermes, adoptando la figura de un joven radiante de hermosura. Tomándome la mano, me habló de esta manera:

”—¿Dónde vas, infeliz, sin conocer esta región? Transformados en cerdos, tus amigos se encuentran encerrados en sólidos chiqueros en la casa de Circe. De querer liberarlos, la misma suerte correrías tú. Pero quiero ayudarte: te daré esta raíz, que oficiará de antídoto contra cualquier brebaje que Circe quiera darte. Cuando ella te golpee con su vara, tú sacarás la espada y la amenazarás. Ella se asustará y te invitará a que duermas con ella. No la rechaces, pero pídele que te jure que no maquinará ningún mal contra ti.

”Luego de estas palabras, me hizo entrega de una planta: su raíz era negra y era blanca su flor, como la leche. Los dioses la conocen con el nombre de moly, y solo ellos pueden arrancarla. Luego el dios se marchó, y yo llegué al palacio de la hechicera Circe. Cuando llamé a la puerta, Circe vino, me abrió, y me invitó a pasar. Yo la seguí, confieso, con temor. Me hizo sentar en un sillón hermoso y me dio de beber en una copa de oro. Cuando hube bebido, me tocó con su vara y me espetó:

”—¡Anda, vete al chiquero a revolcarte junto a tus compañeros!

”Pero la poción no había hecho efecto. Saqué la espada y me abalancé sobre ella. Circe, lanzando un grito, se arrojó a mis rodillas y dijo, entre lamentos:

”—¿Quién eres y de qué país procedes? Ningún otro mortal resistió mis brebajes. Seguramente, tú eres Odiseo: Hermes ya me advirtió de tu venida. Pero vayamos a la cama ahora: que crezca entre nosotros la confianza.

”Así dijo la diosa, y yo le contesté:

”—¿Cómo me pides que confíe en ti, si has convertido en cerdos a los míos, y hace instantes quisiste hacerme a mí lo mismo? No enfundaré la espada ni dormiré contigo a menos que prometas por los dioses inmortales que no maquinarás ningún daño en mi contra.

”Eso le dije y ella elevó el juramento que yo le demandaba. Luego vinieron sus cuatro criadas, que calentaron agua para que me bañara, y me trajeron ropas limpias y me dieron comida. Pero yo no quería comer, y me quedé sentado, cabizbajo. Al verme en ese estado, Circe me preguntó qué me ocurría:

”—¿Por qué estás así, mudo, Odiseo y no quieres probar estos manjares? Ya no debes temer, pues te he jurado por los dioses que nada tramaría contra ti.

”Y yo le respondí:

”—¿Quién comería, Circe, mientras están los suyos transformados en cerdos? Si en verdad tienes buena voluntad, libera a mis amigos.

”Eso dije, y ella salió rumbo al chiquero y les untó a mis hombres un brebaje distinto. Enseguida perdieron la pelambre, el hocico y la cola, y recobraron su figura humana, aunque estaban más jóvenes y más altos que antes. Cuando me vieron, me reconocieron y me dieron la mano, agradecidos. Pronto en toda la casa resonaba un llanto conmovido, y hasta la misma Circe se apiadó, diciendo estas palabras:

car rog-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

”—Ingenioso Odiseo, de linaje divino, den tregua a sus pesares. Yo sé cuánto han sufrido en el mar y en la tierra. Pero ahora es momento de comer y beber y recobrar las fuerzas que tenían cuando partieron de sus casas, en Ítaca.

”Así habló, y escuchamos su consejo. Pero, al cabo de un año, que pasamos de banquete en banquete, me llamaron aparte mis amigos y me dijeron esto:

”—Compañero, es momento de pensar en la patria, si acaso has de salvarte y volver con los tuyos.

”Así dijeron, y al ponerse el sol, subí al lecho de Circe y le rogué:

”—Circe, mi corazón está impaciente por retornar a casa, e iguales ansias sienten mis amigos. Es hora de que cumplas tu promesa de ayudarme a volver.

”Circe me respondió:

”—Ingenioso Odiseo, no permanezcan más en mi palacio si ya no lo desean. Pero antes de que vuelvas a tu casa, te espera un nuevo viaje: irás a la mansión de Hades[73] y Perséfone,[74] para pedirle oráculo[75] al alma de Tiresias,[76] el adivino ciego, que conserva su mente intacta todavía. Entre todos los muertos, solamente a él le concedió Perséfone razón e inteligencia. Los otros no son más que sombras pasajeras.

”Al oír sus palabras, mi corazón dio un vuelco. Rompí a llorar, y mi alma no quería vivir ni ver la luz del sol. Y cuando al fin las lágrimas cesaron, le dije estas palabras:

---

73 **Hades:** dios de los muertos, hermano de Zeus y Poseidón. Habita el mundo subterráneo, también llamado Hades, en el que reina junto con su esposa Perséfone.

74 **Perséfone:** hija de Zeus y Deméter, Perséfone fue raptada por Hades, su tío, mientras recogía flores en el campo. Su madre suplicó a Zeus que se la devolvieran, y este dispuso que la joven pasara mitad del año en el Hades y la otra mitad junto a su madre en el Olimpo.

75 **Oráculo:** mensaje profético inspirado por los dioses.

76 **Tiresias:** uno de los adivinos más famosos de la mitología griega. Fue cegado por Palas Atenea en castigo por haberla visto desnuda.

”—Circe, ¿quién va a guiarme en este viaje? Ningún hombre ha llegado hasta el Hades jamás en un negro navío.

”Me contestó la diosa:

”—Ingenioso Odiseo, no te preocupes más. No habrá necesidad de guía en este viaje. Tú despliega las velas de tu nave y siéntate en cubierta. El viento ha de llevarte a través del océano, hasta la playa donde crece el bosque tupido, propiedad de la diosa Perséfone, con sus árboles negros. Amarra allí tu nave y encamínate a la mansión de Hades. En el lugar en donde el Piriflegetón y el Cocito desaguan en el río Aqueronte,[77] hallarás una roca. Ve hasta allí, cava un hoyo y ofrece libaciones en honor de los muertos. Primero has de ofrecerles leche y miel, vino a continuación y finalmente agua. Espolvorea todo con harina y suplica a los muertos, prometiéndoles hacerles sacrificios cuando llegues a Ítaca, y también que a Tiresias le inmolarás aparte un buen carnero negro. Después presta atención a las aguas del río: por ellas observarás que vienen muchas almas de difuntos. Ordénales entonces a los tuyos que maten animales con la espada y que los quemen y supliquen a los dioses y a Hades y a Perséfone. Desenvaina la espada y no permitas que los muertos se acerquen a la sangre antes de interrogar al adivino. Cuando llegue Tiresias, te indicará el camino y la forma en que habrás de regresar a Ítaca, y cuánto tardarás.

”Así me dijo Circe, y pronto llegó Eos, la del trono de oro. Entonces fui a buscar a mis amigos que dormían. Pero tampoco pude regresar esta vez con la tripulación completa e íntegra. Elpénor, el más joven de mis hombres, había subido borracho a la terraza y se había quedado dormido. Cuando escuchó los ruidos que venían del palacio, trató de levantarse, pero se tropezó y se cayó del techo, se rompió las vértebras del cuello y su alma se hundió en la mansión de Hades.

77 **Aqueronte:** río infernal que deben atravesar las almas en su ingreso al mundo de los muertos, con la ayuda del barquero Caronte.

”Antes de la partida, dije a mis compañeros:

”—Sin duda creerán que estamos yendo a casa, a la querida patria. Pues bien, Circe nos ha indicado que hemos de hacer un viaje a la mansión de Hades y Perséfone, a pedirle a Tiresias que nos dé su oráculo.

”Cuando les dije esto, rompieron a llorar y se tiraban del cabello. Pero con lamentarse no consiguieron nada. Afligidos, subimos a la nave. Circe se presentó y nos dejó un carnero y una oveja negros, y luego se alejó sin ser notada. ¿Quién puede ver a un dios si no quiere ser visto?”

Canto XI

En el Hades.

”Al llegar a la costa, echamos en el agua la negra embarcación, y tras izar el mástil desplegamos las velas. Cargamos el ganado, y por fin nos hicimos a la mar, con el alma angustiada y vertiendo muchas lágrimas. Impulsaba la nave una brisa propicia, enviada por Circe, la de las lindas trenzas, así que anduvimos a velas desplegadas durante todo el día, hasta que el sol se puso, y arribamos al confín del océano, de profunda corriente. Amarramos la nave y desde allí marchamos por la costa hasta el lugar que Circe nos había indicado.

”Entonces cavé un pozo con la espada y ofrecí libaciones a los muertos, con leche y miel primero, después con vino y al final con agua. Espolvoreé la harina, supliqué a los difuntos, y prometí que al regresar a Ítaca les sacrificaría la mejor vaca que poseyera en mis corrales y, en honor de Tiresias, un carnero negro. Acto seguido, degollé por encima del pozo las reses que habíamos traído en nuestra nave. Corrió la negra sangre y al instante vinieron desde el Érebo[78] las almas de los muertos: doncellas y muchachos fallecidos en la flor de la edad, ancianos agobiados por mil penas, y varones caídos en

78 **Érebo:** lugar infernal al que llegan las almas de los muertos.

combate, heridos por las lanzas, con la armadura toda ensangrentada. Se acercaban causando un gran estrépito, mientras daban aullidos terroríficos: al verlas, se adueñó de mi persona el pálido terror. Enseguida, exhorté a los compañeros a desollar las reses y a quemarlas de inmediato, en honor de Hades y Perséfone. Desenvainé la espada y me senté, para impedirles a las almas de los muertos que se acercaran a beber la sangre, antes de interrogar a Tiresias, el adivino ciego.

”La sombra que primero se acercó fue la de Elpénor, nuestro compañero, que yacía insepulto en la mansión de Circe. Al verlo, me cayeron unas lágrimas y le hablé de este modo:

”—¿Cómo has llegado, Elpénor, a esta tierra sombría? ¿Llegaste a pie, antes que nuestra nave?

”Y Elpénor suspiró, diciendo estas palabras:

”—¡Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! La saña de algún dios y el exceso de vino me han causado la ruina. Caí de una terraza del palacio de Circe; tras quebrárseme el cuello, mi alma bajó al Hades. Pero sé que al regreso pasarás por Eea nuevamente: te suplico, Odiseo, que te acuerdes de mí y no dejes la isla sin llorarme ni darme sepultura. No sea que mi desgracia te atraiga a ti la cólera divina.

”Así me dijo él, y yo le prometí hacer lo que pedía.

”Vino después la sombra de mi madre, Anticlea, a la que dejé viva cuando partí hacia Troya. Cuando la vi, lloré copiosamente, pero me sobrepuse a mi congoja y le impedí acercarse hasta la sangre.

El oráculo de Tiresias.

”Por fin se acercó el alma de Tiresias, empuñando su cetro. Al verme, me habló así:

”—¡Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! ¡Ingenioso Odiseo! ¿Por qué has abandonado la dulce luz del sol y visitas la tierra de los muertos? Apártate del pozo y retira la espada, para que tras beber la negra sangre te pueda revelar lo que desees saber.

Odiseo invoca el espíritu de Tiresias, que surge del mundo subterráneo. Ánfora del siglo IV a. C.

”Así lo hice yo, y el adivino bebió con fruición la negra sangre. Cuando hubo bebido, me dijo estas palabras:

”—Odiseo, tú buscas el regreso, pero un dios te lo impide: es Poseidón, que se irritó cuando cegaste al cíclope Polifemo, su hijo. Lo lograrás, tras soportar más penas, si logras contenerte y contener a tu tripulación en la isla de Trinacria. Allí se encontrarán unos rebaños de vacas y de ovejas, cuyo dueño es el Sol, el que todo lo ve y todo lo escucha. Si se abstienen tus hombres de tocar el rebaño, llegarán a la patria; pero si le hacen daño, desde ahora te anuncio que perderás tu nave y a tus compañeros. Volverás a la patria en un barco extranjero, y allí te encontrarás con otra plaga en casa: unos hombres soberbios que se comen tu hacienda, pretenden a tu esposa y le ofrecen regalos. Al llegar vengarás sus insolencias, valiéndote de astucias o empuñando la espada. Cuando te hayas vengado, has de tomar un remo y te irás tierra adentro, donde viven los hombres que no saben lo que es el mar ni han visto nunca un barco, y que jamás probaron la comida con sal. Allí, cuando te salga al paso un caminante y te pregunte por el rastrillo que en el hombro cargas, clava el remo en la tierra y sacrifica tres animales al que mueve el suelo, Poseidón soberano.

Luego vuelve a tu hogar y haz sacrificios para los otros dioses inmortales. Si cumples todas mis indicaciones, te llegará la muerte en la vejez, lejos del mar; y en Ítaca los ciudadanos vivirán felices. Todo lo que te he dicho es la verdad.

”Así dijo Tiresias, y yo le contesté:

”—¡Tiresias! Esas cosas las han dispuesto así los mismos dioses. Pero ahora respóndeme: allá está el alma de mi madre muerta, que se queda en silencio al lado de la sangre, negándose a mirar a su hijo de frente y a conversar con él. ¿Qué debo hacer para que me conozca?

”Me respondió Tiresias:

”—Es muy sencillo. Te lo explicaré: aquel de los difuntos a quien tú le permitas acercarse a la sangre conversará contigo y te dará noticias. Y a los que se la niegues, se alejarán sin más.

Odiseo habla con su madre.

”Diciendo estas palabras, y una vez concluidos sus oráculos, el alma de Tiresias volvió al Hades. Yo me quedé en silencio hasta que se acercó mi madre, que bebió la negra sangre. Me conoció inmediatamente y dijo, al tiempo que vertía muchas lágrimas:

”—¡Hijo mío! ¿Cómo llegaste aquí si todavía vives? ¿Regresas desde Troya, tras navegar sin rumbo durante mucho tiempo con tus compañeros? ¿Aún no llegaste a Ítaca ni viste a tu mujer en el palacio?

”Y yo le respondí de esta manera:

”—¡Madre mía! Fue la necesidad la que me trajo hasta el Hades, a consultar el alma del tebano Tiresias. La patria no la he visto desde que me embarqué, siguiendo a Agamenón, para luchar en Troya. Pero responde: ¿cómo te ha alcanzado la muerte? ¿Fue alguna enfermedad o las flechas de Ártemis? Háblame de mi padre y de mi hijo, y dime si conservan mi dignidad real. Revélame también la voluntad y el pensamiento de mi esposa legítima: si vive con mi hijo y cuida bien mi casa, o si ya se casó con algún noble de Ítaca.

”Así dije, y mi madre respondió:

”—¡Hijo mío! Tu trono no lo ha ocupado nadie. Tu esposa continúa en el palacio, con ánimo paciente y angustiado. Telémaco se ocupa de tus bienes y asiste a los banquetes a los que es convidado. Tu padre permanece en el campo, sin bajar a la ciudad, y no acepta dormir en un cómodo lecho con abrigadas mantas, sino que las cenizas del hogar son su cama en invierno, y en el verano duerme sobre las hojas secas en el campo, afligido y llorándote, mientras le llega la vejez ingrata. En cuanto a mí, no fue una enfermedad ni las flechas de Ártemis lo que me trajo al Hades, sino la soledad que sentía sin ti, y el recuerdo de todos tus cuidados y la ternura con que me tratabas.

”Así dijo mi madre, y luego quise abrazarme a su alma. Tres veces me acerqué, puesto que así me lo pedía el ánimo; tres veces se escurrió de entre mis dedos, como se va volando una sombra o un sueño. Entonces se adueñó de mí un pesar muy hondo, que se iba acrecentando a cada instante. Le dije estas palabras:

”—¡Madre mía! ¿Por qué huyes de mí cuando intento abrazarte? ¿Eres un simulacro enviado por Perséfone para que se acrecienten mi llanto y mis lamentos?

”A lo que respondió:

”—¡Hijo mío! ¡Ay de mí! No te engaña Perséfone, sino que así les pasa a los mortales cuando les llega el trance de la muerte: los nervios ya no pueden sujetar los huesos ni la carne, y todo lo consume un fuego ardiente cuando la vida desampara al cuerpo: se va volando el alma, como un sueño. Ahora vuelve donde brilla el sol, para que un día puedas referirle a tu esposa lo que acabas de oír.

Otras almas.

”Me quedé viendo cómo se alejaba mi madre, y pronto comenzaron a acercarse otras almas de mujeres. Así fue que vi a Alcmena, la madre del gran Hércules; y Ariadna, que ayudó a Teseo a matar al

Minotauro. Vi a la hermosa Epicastra, que fue madre de Edipo, y pude ver y oír a numerosas almas de mujeres.

”Y cuando estas se fueron, se presentaron ante mí las almas de cuantos combatieron en Troya junto a mí. Primero apareció el glorioso Agamenón, a quien creía muerto en el océano, rota su embarcación por alguna tormenta. Pero él me relató su fatídica muerte, a manos de su esposa Clitemestra y de su amante Egisto. Después vino Patroclo y luego, Antíloco, y el gran Áyax tras ellos.

”Acto seguido, apareció la sombra del famoso héroe Aquiles, el de los pies veloces, que se acercó a beber la negra sangre. Cuando me conoció, me dijo estas palabras:

”—Ingenioso Odiseo, ¿qué estás tramando ahora? ¿Cómo te has atrevido a bajar hasta aquí, donde los muertos vagan como sombras?

”Así me dijo, y yo le respondí:

”—Aquiles, el mejor y el más valiente de todos los aqueos, he venido hasta aquí para hablar con Tiresias y que me dé su oráculo, pues no he vuelto a mi patria tras embarcar en Troya, y aún no se terminan mis trabajos. Tú fuiste más dichoso: los aqueos te honramos como a un dios, y aquí entre los difuntos sobresales también. No debes apenarte de estar muerto.

”Y él me respondió:

”—Odiseo, no intentes consolarme. Preferiría ser un labrador al servicio de un hombre miserable, que apenas puede mantener su hacienda, a mandar en el reino de los muertos. Pero dime qué ha sido de mi hijo, si se ha quedado en casa o acaso ha ido a la guerra, para ser el primero en la batalla. Y cuéntame también, si es que tienes noticias, de mi padre.

”A lo que contesté:

”—No he tenido noticias de Peleo, tu padre; pero sí puedo hablarte de tu hijo, Neoptólemo. Yo mismo lo llevé en mi cóncava nave desde Esciro hasta el campamento aqueo. En el consejo hablaba siempre antes que ninguno, y siempre con razón. Y no tenía rival en el combate.

”Así le dije, y su alma se fue por la pradera subterránea, feliz por lo que le había dicho de su hijo.

”Y luego vi al rey Minos, que juzga entre los muertos, quienes en su presencia le exponen sus historias. Y vi al gigante Orión, que sigue persiguiendo con su maza de bronce los animales que mató en su vida. Y vi también a Ticio, el hijo de la Tierra, acostado en el suelo: dos buitres le roían el hígado sin que él pudiera defenderse. Y vi después a Tántalo, el cual crueles tormentos padecía, sumergido en un lago cuya agua le llegaba al mentón: cada vez que el anciano intentaba beber, las aguas se esfumaban, absorbidas por la tierra; colgaban sobre él las frutas de altos árboles, y cuando alzaba el brazo para agarrar alguna, se las llevaba el viento a las sombrías nubes. Vi de igual modo a Sísifo, que soportaba una labor muy dura, empujando una piedra con las manos, intentando llevarla hasta la cima de un monte; sin embargo, cuando ya estaba cerca de la cumbre, una fuerza irresistible volvía a empujar la roca cuesta abajo; y nuevamente Sísifo emprendía la tarea, y el sudor le corría por el cuerpo y sobre su cabeza se levantaba el polvo. Y vi al fornido Heracles,[79] mejor dicho, su imagen, porque él está junto a los dioses, comparte sus banquetes y tiene como esposa a Hebe, de hermosos pies. Cuando me vio, me conoció enseguida y me habló de este modo:

”—¡Ingenioso Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! Sin duda te persigue algún hado funesto, como el que yo sufría mientras estaba vivo. Aunque era hijo de Zeus, tuve que padecer males sin cuenta, puesto que estaba sometido a un hombre muy inferior[80] que me ordenó trabajos penosos. Una vez me envió a estos parajes para

79 **Heracles:** también llamado Hércules, es el héroe por antonomasia. Hijo de Zeus y la mortal Alcmena, participó en infinitas aventuras, entre ellas la de los Doce Trabajos que le impuso su primo Euristeo, que le dieron gloria eterna. A su muerte fue convertido en un dios.

80 **Un hombre muy inferior:** se refiere a Euristeo, que es un hombre cobarde, feo e indigno de su posición de poder. Debido al odio que le tenía a Heracles, le impuso los famosos trabajos.

que me llevara al Cancerbero,[81] creyendo que no habría trabajo más difícil para mí; y yo me lo llevé y lo saqué del Hades, con la ayuda de Hermes y Palas Atenea, la de los ojos glaucos.

”Así me dijo y luego volvió a hundirse en el Hades. Y yo habría conocido a los hombres antiguos, a quienes quería ver, a Teseo[82] y Pirítoo,[83] si una turba de muertos no se hubiera congregado con griterío inmenso. El pálido terror se apoderó de mí, temiendo que Perséfone me enviase del Hades la cabeza de la horrible Gorgona.[84]

”Volví enseguida al barco junto a mis compañeros, y soltamos amarras. Presurosos, mis hombres batieron el oleaje con los remos, y partimos de allí, con la ayuda de un viento favorable.”

81 **Cancerbero:** monstruo horrible, perro de tres cabezas que custodia la entrada del Hades. Uno de los trabajos de Heracles consistió en sacarlo del Hades y llevarlo a la Tierra sin utilizar sus armas. Heracles cumplió con esto pero Euristeo se asustó tanto que ordenó devolver el monstruo a las tinieblas.

82 **Teseo:** hijo de Egeo y Etra, Teseo es uno de los héroes que participaron en la conquista del Vellocino de Oro. También mató al Minotauro con la ayuda de la hermana de este, Ariadna.

83 **Pirítoo:** amigo de Teseo, quiso raptar a Perséfone junto con este. Ambos pudieron llegar al Hades, pero quedaron prisioneros allí hasta que Heracles liberó a Teseo.

84 **Gorgona:** también llamada Medusa, es un monstruo cuya cabeza está poblada de serpientes. Su mirada es letal: no solo causa horror y espanto, sino que además quien la mira queda petrificado. Cuida que no se escapen las almas del Hades.

Canto XII

De regreso en la isla de Eea.

"Al regresar a Eea, no bien surgió la hija de la mañana, Eos, envié algunos hombres al palacio de Circe, para que recobraran el cadáver de Elpénor. Luego cortamos troncos y le hicimos una pira en la orilla. Y una vez que quemamos el cadáver y las armas del muerto, le erigimos un túmulo y clavamos el remo sobre él.

"En eso vino Circe, seguida de sus criadas, trayendo pan y carne y rojo vino. Comimos y bebimos todo el día, y cuando el sol se puso los demás se acostaron junto al barco. Pero a mí Circe me llevó del brazo a un lugar apartado, para que le contara todo lo sucedido. Y cuando hube terminado, me dijo estas palabras:

"—Ya ves que se ha cumplido todo lo que te dije. Ahora recuerda bien lo que voy a decirte. Cuando partas de aquí, primero encontrarás a las sirenas,[85] que hechizan a los hombres con su canto. Quien se acerca a escucharlas ya nunca vuelve a ver a su esposa ni disfruta a sus pequeños hijos jugando alrededor, celebrando felices el regreso del padre, puesto que las sirenas, sentadas en un prado junto a un montón de huesos

85 **Sirenas:** criaturas marítimas mitológicas, mitad ave y mitad mujer. Con su hermoso canto atraen a los marineros, a quienes devoran una vez que los tienen cerca.

humanos putrefactos, lo atraen con su canto irresistible hacia los afilados peñascos de la costa. Tú pasarás de largo, y taparás con cera los oídos de los tuyos. Sin embargo, si quieres deleitarte con su canto, hazte atar de pies y manos al mástil de tu nave. Cuando haya pasado este peligro, ya no puedo decirte qué camino escoger. Ante ti se presentan dos posibilidades: la primera es un estrecho que los dioses llaman Rocas Erráticas. Se trata de unas rocas prominentes, por donde los navíos no pasan sin peligro; ni siquiera las tímidas palomas que llevan la ambrosía al padre Zeus logran salir airosas, pues las rocas a veces arrebatan alguna. Solo la nave Argo,[86] por todos conocida, logró sortear con éxito este imponente escollo, y eso fue porque Hera[87] quería bien a Jasón. Por el otro camino, se alzan dos promontorios enfrentados. En uno habita Escila y en el otro, Caribdis. Para escapar de alguno de estos monstruos hay que acercarse al otro. Escila tiene doce pies deformes y seis cuellos larguísimos, y en cada uno de ellos, una horrible cabeza, en cuya boca hay tres filas de dientes filosos y apretados. Caribdis vive enfrente, sobre las turbias aguas; una higuera silvestre la oculta de la vista. Tres veces cada día sorbe agua y tres veces la vomita horriblemente. No te encuentres allí cuando la sorbe, porque, si eso ocurre, ni Poseidón habría de salvarte. Por el contrario, debes acercarte a la cueva en donde vive Escila, y procurar que tu navío pase lo más rápidamente que le sea posible. Pues es mejor que extrañes a seis de tus amigos que a todos ellos. Luego llegarás a la isla de Trinacria, donde pastan las vacas y ovejas del Sol, que nunca tienen cría, pero que nunca mueren. Si los tuyos no tocan el rebaño, regresarán a Ítaca; pero si le provocan algún daño, se perderá la nave con su tripulación, y si logras salvarte, volverás a tu patria después de mucho tiempo.

”Así me dijo Circe, y pronto surgió Eos, la del trono dorado.

86 **Argo:** famosa nave mítica en la que viajaron los héroes que acompañaron a Jasón en busca del Vellocino de Oro.

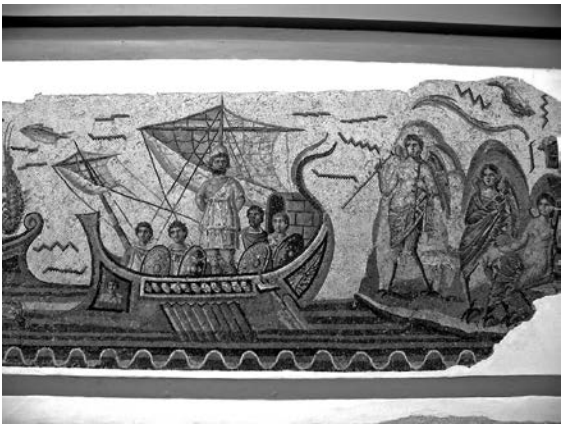
87 **Hera:** hija de Crono y Rea, hermana y esposa de Zeus. Es la más importante de las diosas olímpicas. Se enoja con facilidad, sobre todo con Zeus, y es muy vengativa con las amantes de su marido.

Las sirenas.

”De regreso en la nave, les ordené a los míos que subieran y soltaran amarras. Enseguida zarpamos, y batieron las olas con los remos. Nos conducía un viento favorable, enviado por Circe. Les expliqué a mis hombres lo que me había aconsejado Circe. Mientras nos acercábamos a la isla de las sirenas, tomé un pan de cera, corté pequeños trozos, los ablandé en mis manos y tapé los oídos de la tripulación. Ellos me ataron a su vez al mástil con firmes ligaduras, y luego se sentaron para seguir remando.

”No tardaron mucho las sirenas en percibir que nos aproximábamos, y pronto se pusieron a cantar:

”—¡Odiseo famoso, gloria de los aqueos, ven aquí! Acércate y detén la marcha de tu nave para que escuches nuestra bella voz. Nadie ha pasado por aquí en su nave sin escuchar la suave voz que fluye de nuestra boca, sino que se marchan tras recrearse en ella y aprender muchas cosas: pues sabemos lo mucho que han sufrido aqueos y troyanos por voluntad divina, y también conocemos cualquier cosa que ocurre sobre la fértil tierra.



Odiseo y las sirenas. Mosaico del siglo II.

”Así decían con su hermosa voz, y en mi alma yo anhelaba continuar escuchándolas. Llegué incluso a gritarles a los míos que me dejaran libre, pero no me escucharon. Luego les hice señas con las cejas, pero ellos se encontraban concentrados remando; yo les había advertido que no me hicieran caso aunque les suplicara.

Escila y Caribdis.

”Una vez que dejamos atrás a las sirenas, mis leales compañeros se quitaron la cera que tapaba sus oídos y soltaron los nudos que me sujetaban. Poco después, noté delante de nosotros el vapor de unas olas gigantescas y llegó a mis oídos un ruido atronador. El miedo se adueñó de mi tripulación y los remos cayeron de sus manos. La nave se detuvo. Entonces, exhorté así a mis compañeros:

”—¡Amigos! Ya sabemos lo que es sufrir desgracias. Esta amenaza no es peor que el cíclope. De él nos escapamos también por mi valor, decisión y prudencia, como no dudo que recordarán. Hagan lo que les digo: permanezcan sentados en los bancos y batan con los remos el oleaje del mar, por si Zeus quisiera concedernos escapar de la ruina. Y a ti, piloto, yo te ordeno esto: aparta nuestra nave del vapor y las olas, y procura acercarla a aquel escollo.

”Así dije y los hombres pronto me obedecieron. No les hablé de Escila, sin embargo: me había decidido por el mal menor, evitando la ruta de las Rocas Erráticas, y manteniendo nuestra embarcación lo más lejos posible de Caribdis. Cruzamos el estrecho entre lamentos: de un lado estaba Escila y del otro, Caribdis, sorbiendo enormes cantidades de agua y arrojándolas luego con violencia por sus horribles fauces. El pálido terror se apoderó de todos, y mientras nuestros ojos se posaban en Caribdis, nos atacaba Escila por el otro costado.

”El monstruo arrebató con sus seis bocas al mismo número de compañeros, que aullaban de agonía y extendían los brazos, suplicantes, mientras los devoraba la infausta criatura. De los horrores que sufrí en el mar, aquel fue el más penoso.

Escila arrebata a los hombres del barco de Odiseo.
Cuenco de bronce romano del siglo I.

Los rebaños del Sol.

”Cuando al fin escapamos de Caribdis y Escila, llegamos a Trinacria, la hermosa isla del Sol, donde pastaban muchas vacas y ovejas gordas. Recordé los presagios de Tiresias y Circe y les dije a mis hombres:

”—Compañeros, escuchen mis palabras. Tiresias el tebano y Circe me han predicho que debía evitar a toda costa la isla de Trinacria, que alegra a los mortales, puesto que nos esperan allí grandes desgracias.

”Así les dije, y todos se sintieron molestos. Y Euríloco, que al llegar a la isla de la hechicera Circe había hecho gala de proverbial prudencia, me espetó, fastidiado, estas palabras:

”—¡Eres cruel, Odiseo! Eres muy vigoroso y tu cuerpo no se cansa. Seguramente eres de hierro, puesto que no permites que los tuyos, fatigados, amarremos la nave en esta isla y tomemos la cena y durmamos aquí. Al alba nos pondremos en marcha una vez más.

”Los demás apoyaron la moción. Entonces comprendí que algún dios tramaba una desgracia contra nosotros, y le hablé de esta forma:

”—Euríloco, soy uno contra todos ustedes. Pero prométanme esto: si nos topamos con una manada de vacas o de ovejas, ninguno matará, cediendo a la locura, ni una vaca tan solo, ni una oveja, sino que comerán lo que Circe nos dio.

”Así le dije, y ellos prestaron juramento de que lo harían así.

”Atracamos la nave y bajamos a la isla. Mis hombres prepararon la comida, y después de comer y de beber, lloraron recordando a los que habían muerto en las fauces de Escila. Luego el sueño se apoderó de ellos. Durante todo un mes sopló sin pausa el Noto, y no nos fue posible emprender el regreso. Mientras hubo comida y rojo vino, mis hombres se abstuvieron de tocar los rebaños del Sol. Agotados los víveres, fabricaron anzuelos e intentaron pescar o cazar pájaros, puesto que el hambre nos atormentaba. Yo me interné en la isla, para orar a los dioses y ver si alguno de ellos me mostraba el camino de regreso a la patria. Me alejé de los míos y me lavé las manos y les rogué a los dioses del Olimpo, los cuales derramaron sobre mis párpados el dulce sueño. Y mientras yo dormía, así exhortaba Euríloco a los otros:

”—Compañeros, escuchen mis palabras. Cualquier clase de muerte es odiosa a los hombres, pero morir de hambre es la forma más mísera de cumplir el destino que tenemos fijado. Tomemos, pues, a las mejores vacas del rebaño del Sol y hagamos sacrificios en honor de los dioses que habitan en el cielo. Si nos es concedido regresar a la patria, construiremos para el Sol un templo ricamente labrado. Y si, irritado por sus vacas, quiere el hijo de Hiperión destruir nuestra nave y así lo aprueban los restantes dioses, preferiría morir tragando el agua de las olas a consumirme lentamente aquí.

”Así les dijo Euríloco, y los otros se mostraron de acuerdo. De modo que eligieron las mejores vacas, elevaron las súplicas, degollaron las reses, las trozaron y las pusieron en los asadores.

”El dulce sueño abandonó mis párpados en ese mismo instante, y rumbeé hacia la nave. Cuando ya estaba cerca de la costa, me llegó el agradable aroma de la grasa. Suspirando, clamé de esta manera a los dioses eternos:

”—¡Padre Zeus y demás dioses bienaventurados! Sin duda que para causarme un daño me han enviado el sueño, pues mientras yo dormía, mis compañeros han cometido un delito imperdonable.

”Luego puede enterarme —pues Calipso, que lo había escuchado de la boca de Hermes, me lo contó después— de que el Sol también alzó sus plegarias a Zeus y a los dioses:

”—¡Padre Zeus y el resto de los dioses felices e inmortales! Les pido que castiguen a los compañeros de Odiseo, hijo de Laertes, pues presas de soberbia han matado mis vacas, a las que yo me complacía en ver cuando subía al estrellado cielo, tanto como al bajar de nuevo a tierra. Y si no me compensan, voy a hundirme en el Hades, y solamente alumbraré a los muertos.

”Y Zeus, que amontona las nubes, respondió:

”—¡Oh Sol! ¡Sigue alumbrando a dioses y a mortales, pues con mi ardiente rayo les hundiré la nave en el vinoso mar!

”Cuando yo llegué a la nave, amonesté a mis compañeros, aunque ya no había remedio, puesto que estaban muertas ya las vacas. Pronto varios prodigios nos mostraron los dioses: los cueros se arrastraban solos por el suelo, y mugía la carne en la parrilla.

El naufragio.

”Seis días más siguió soplando el Noto, y luego de este plazo pudimos arrojar la nave al mar. Pero no conseguimos avanzar durante mucho tiempo: el Céfiro sopló sobre nosotros, y desencadenándose produjo una tormenta de grandes dimensiones: el viento huracanado quebró el mástil, que cayó en la cabeza del piloto, matándolo en el acto. Enseguida se puso negro el cielo y Zeus fulminó la nave con sus rayos.

car roj-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

”Todos mis compañeros cayeron por la borda y fueron engullidos por las olas: un dios les denegaba el regreso a la patria. Yo, sin embargo, me mantuve en pie en cubierta, hasta que el mar abrió los flancos de la quilla y el mástil se rompió en su unión con ella. Alcancé a rescatar una soga de cuero que encontré sobre el mástil; até mástil y quilla, y sentándome en ambos, dejé que me llevaran los perniciosos vientos. Pronto ya no sopló el violento Céfiro, y sobrevino el Noto, que me arrastró toda la noche hasta que pasé nuevamente junto a Escila y Caribdis; me mantuve agarrado de la higuera mientras Caribdis vomitaba el mástil y la quilla de sus horribles fauces; no quiso Zeus que me viera Escila, porque de lo contrario no me habría librado de una muerte terrible.

”Durante nueve días anduve a la deriva, y a la noche del décimo los dioses me llevaron a la isla de Ogigia, donde vive Calipso, la de las lindas trenzas, la cual me recibió con amistad, y me ofreció su amor y sus cuidados. Pero esto ya lo sabes, Alcínoo, pues ayer te relaté los hechos en esta misma casa, en presencia de Arete. ¿Para qué repetir lo que ya se ha explicado claramente?”

Canto XIII

La última travesía.

Cuando Odiseo terminó de hablar, se quedaron callados los presentes, como si su relato los hubiera hechizado. Pero Alcínoo enseguida contestó:

—¡Odiseo! Mañana, según creo, volverás a tu patria, y ya no deberás andar errante, aunque hayan sido muchas tus penurias.

Luego se fueron a dormir, cada uno a su casa. Y no bien surgió Eos, la de rosados dedos, todos se encaminaron a la nave llevando los regalos y los víveres y allí mismo gozaron de un banquete, donde cantó Demódoco, e hicieron sacrificios a Zeus, por el éxito del viaje. Luego subieron a la embarcación, y los diestros marinos tendieron una colcha y una tela sobre las tablas de la popa, para que Odiseo pudiera dormir profundamente. Los otros se sentaron en los bancos, soltaron las amarras y golpearon las olas con los remos, mientras sobre los párpados de Odiseo caía un sueño muy pesado, suave y dulce, parecido a la muerte. Así, surcaba el ancho mar la nave, más veloz que un halcón.

Cuando salió la estrella más brillante,[88] la que anuncia que Eos se dispone a surgir, llegaron a la isla. En la playa dejaron a Odiseo, que seguía dormido, con todas las riquezas que le habían obsequiado.

El castigo de Poseidón.

Poseidón, sin embargo, continuaba irritado. Fue a visitar a Zeus y le dijo:

—¡Zeus! Ya nunca me honrarán entre los inmortales, pues ni siquiera me honran los mortales: ya ves que los feacios, que para peor son de mi misma estirpe, llevaron a Odiseo hasta su patria, tras haberlo colmado de regalos.

Zeus le respondió:

—¿Qué tonterías dices? No te odian los dioses: sería difícil herir con el desprecio al más antiguo y más ilustre. Empero, si acaso los humanos te deshonran, dejo librado a tu voluntad que te vengues de ellos. Obra, pues, como quieras.

Replicó Poseidón:

—Así lo había pensado, Zeus, pero temía tu cólera. Quiero hacer naufragar la hermosa nave de los feacios, cuando esta vuelva a casa; y para que en el futuro se abstengan de escoltar con barcos a los hombres, también quiero ocultar bajo una gran montaña su ciudad.

Repuso Zeus, que amontona las nubes:

—Lo mejor será esto: cuando los ciudadanos estén mirando cómo vuelve la nave, transfórmala en un peñasco al lado de la costa, parecido a una nave, para que luego todos recuerden lo ocurrido, y cubre la ciudad con una gran montaña.

Cuando oyó Poseidón, que sacude la tierra, las palabras de Zeus, fue a Esqueria, donde viven los feacios, y se detuvo allí. Mientras la nave se acercaba, rauda, de regreso a la patria, el dios la interceptó y

88 **La estrella más brillante:** en realidad, el planeta Venus, conocido como "el lucero de la mañana".

la transformó en un peñasco enorme, con el toque de su mano inclinada, y luego se marchó. Los feacios, que esperaban en la costa, quedaron asombrados; entre sí se miraban, sin comprender lo sucedido. Entonces, Alcínoo les habló:

—¡Oh dioses! Se han cumplido los antiguos presagios de mi padre, quien me advirtió que Poseidón un día habría de irritarse con nosotros, por llevar a los hombres por el mar sin nunca sufrir daño. Decía que algún día haría naufragar una nave hermosísima, al volver de llevar a un extranjero, y luego ocultaría nuestra ciudad bajo una gran montaña. Eso dijo mi padre, y así se está cumpliendo. Escuchen, por lo tanto, lo que voy a decirles: de ahora en más, no escoltaremos a nadie que llegue a la ciudad Y sacrificaremos doce toros en honor del que mueve la tierra, Poseidón, para ver si se apiada de nosotros y no nos cubre la ciudad bajo una gran montaña.

Así habló, y eso hicieron los feacios.

Odiseo en Ítaca.

Mientras tanto, Odiseo se despertó en su patria. Después de estar ausente tanto tiempo, no la reconoció; además, Atenea lo había envuelto en una espesa nube, para que su llegada no fuera conocida. Entonces se presentó ante él la diosa, tomando el aspecto de un pastor, joven y agraciado en su figura como el hijo de un rey. Al verlo, se alegró Odiseo y le dijo estas palabras:

—¡Salud, amigo! Tú eres el primero que encuentro en estas tierras. Ojalá no te acerques con malas intenciones. Te ruego que me ayudes. Dime, ¿qué tierra es esta? ¿Qué pueblo vive aquí?

Le respondió Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Forastero, eres tonto o vienes de muy lejos. El nombre de esta tierra no es oscuro. Es escarpada, es cierto, y también es impropia para andar a caballo; no es, sin embargo, estéril por completo: produce trigo en abundancia y vino, y son buenos sus cabras y sus bueyes, y frondosos sus bosques; y tiene manantiales que jamás se

agotan. Por eso, forastero, hasta Troya ha llegado el nombre de esta tierra, aunque es muy lejos: Ítaca.

Así le dijo, y se alegró Odiseo, al saber que se hallaba de regreso en su patria. Enseguida le dijo estas palabras, que no eran verdaderas, pues no quería revelar su identidad:

—En Troya escuché hablar de la lejana Ítaca. Soy oriundo de Creta, y voy huyendo puesto que maté a Orsíloco, hijo de Idomeneo, porque quería privarme del botín. Me acogieron unos fenicios, a quienes supliqué que me llevaran hasta Pilos o a Élide, a cambio de una parte del tesoro. Pero la nave se perdió, y llegamos aquí, luego de andar a la deriva toda la noche. El sueño se apoderó de mí, y me dejaron con todas mis riquezas en la playa.

Así dijo Odiseo, y Atenea asumió la figura de una mujer hermosa y alta, y le habló de esta forma:

—Muy astuto ha de ser quien te supere en la invención de engaños, Odiseo. ¿Ni siquiera en tu tierra eres capaz de renunciar a los inventos y a las palabras mentirosas, que siempre fueron de tu agrado? No hablemos más de ello, que ambos somos expertos en astucias, pues si tú te destacas entre todos los hombres, yo soy reconocida entre los dioses. ¿No me has reconocido todavía? Soy Palas Atenea, hija de Zeus, que siempre te protege y te auxilia en tus penas. Vengo ahora hasta ti para forjar un plan, para esconder estas riquezas que por mi inspiración te dieron los feacios y para revelarte los trabajos que tendrás que soportar en tu morada. Deberás tolerarlos en silencio y aguantar los ultrajes que te hagan.

Y el astuto Odiseo respondió:

—Diosa, hasta al más hábil le sería difícil conocerte, pues tomas la figura que te place. Yo sabía que estabas a mi lado mientras luchaba en Troya. Pero cuando la guerra terminó, partimos en las naves y un dios nos dispersó; desde entonces, jamás volví a verte, hija de Zeus. Pero dime si es cierto que he llegado a mi querida tierra.

Le contestó Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—Tú siempre te comportas con la misma cordura; por eso es que no puedo abandonarte en la desgracia, porque eres despierto, inteligente y justo. Te mostraré tu tierra, para que puedas despejar tus dudas.

Así dijo la diosa y disipó la nube. Enseguida sus ojos pudieron contemplar la cumbre del boscoso monte Nérito, y la gruta de las Náyades, las ninfas de los ríos, a quienes Odiseo solía hacer ofrendas.

Alegrándose en su alma, Odiseo besó la fértil tierra y dijo estas palabras:

—¡Ninfas Náyades, hijas de Zeus! No creí que volvería a verlas. Ahora las saludo, pero pronto he de volver a hacerles sacrificios, si Palas Atenea me conserva la vida.

El plan.

La diosa de ojos glaucos respondió de esta forma:

—No te preocupes, Odiseo, ahora, y pongamos de prisa tu tesoro en el fondo de la gruta, donde estará seguro, y tramemos un plan para que todo se haga de la mejor manera. Debes pensar cómo te vengarás de los desvergonzados pretendientes que mandan en tu casa y cortejan a tu esposa, que aunque les da esperanzas, en su interior suspira por que vuelvas.

El astuto Odiseo contestó:

—¡Oh dioses! Habría muerto en mi palacio, igual que Agamenón, si no me hubieras instruido, diosa, acerca de todo esto. Vamos, tú traza el plan para que los castigue, e infúndeme coraje y fortaleza, como cuando luchábamos en Troya codo a codo. Pues si tú me acompañaras como lo hiciste entonces, yo lucharía solo contra trescientos hombres.

Y le dijo la diosa de ojos glaucos:

—Puedes estar seguro de que te asistiré cuando llegue el momento. Pero ahora te haré irreconocible a todos los mortales: te arrugaré

la piel, haré parecer rala tu rubia cabellera, llenaré de lagañas tus hermosos ojos y cubriré tu cuerpo con harapos, para que en el palacio nadie te reconozca. Antes que nada debes visitar al porquero, el guardián de tus cerdos, que se mantiene fiel, y que adora a tu hijo y a tu esposa. Lo encontrarás sentado entre los cerdos, que se alimentan cerca de la Roca del Cuervo, en la fuente Aretusa, y beben aguas turbias y devoran bellotas. Tú siéntate a su lado y pregúntale todo cuanto quieras, mientras yo voy a Esparta, la de hermosas mujeres, a buscar a Telémaco, tu hijo, que ha viajado hasta allí a ver a Menelao y preguntarle si su padre aún se encontraba con vida.

Le respondió Odiseo:

—Diosa, ¿por qué no se lo revelaste tú misma, ya que todo lo sabes? ¿Para que él también pase muchas penurias en el mar y se coman su hacienda mientras tanto?

Y contestó Atenea, la diosa de ojos glaucos:

—No debes preocuparte por Telémaco. Yo misma lo escolté, con el propósito de que se hiciera fama de valiente. Es cierto que lo acechan en su nave los pretendientes y traman matarlo cuando regrese a Ítaca. Pero te garantizo que no lo lograrán.

Dichas estas palabras, tocó con su varita al divino Odiseo. De pronto sus cabellos se volvieron ralos, la piel se le arrugó y se llenaron de lagañas sus hermosos ojos. Lo cubrió con harapos sucios y rotosos, y le puso en las manos un bastón y una bolsa de mendigo. Luego se despidieron, y la diosa se marchó rumbo a Esparta, donde estaba Telémaco.

Canto XIV

En la cabaña de Eumeo.

Odiseo, dejando atrás el puerto, emprendió su camino por el bosque, y atravesó un sendero escarpado hacia el sitio donde Atenea le había señalado que encontraría a Eumeo. Y allí encontró al porquero, junto a la entrada de un corral muy amplio que él mismo había construido con piedras y maderos, para los cerdos del ausente rey.

Cuatro fieros perrazos cuidaban a los cerdos. Cuando oyeron que alguien se acercaba, corrieron a su encuentro ladrando con violencia. Astutamente, el héroe dejó caer el báculo en el suelo y se sentó allí mismo. Pero habría sufrido una desgracia si el porquero no hubiera corrido tras los perros, gritándoles para que se dispersaran. Eumeo lo ayudó a ponerse en pie y le habló de esta forma:

—Anciano, faltó poco para que en un instante mis perros te despedazaran, y seguro me habrías echado a mí la culpa. Bastante sufrimiento tengo yo, llorando a mi señor y engordando a sus cerdos para que otros los coman; y él quizás esté hambriento y ande peregrinando por pueblos y ciudades de gente extraña que habla extrañas lenguas, si es que aún vive y ve la luz del sol. Pero sígueme, anciano, vayamos a mi casa para que pueda darte de comer y beber y me cuentes quién eres y qué padecimientos has sufrido.

Así habló, y lo condujo a su cabaña. Allí esparció en el suelo un manto de hojas secas, colocándole encima una abrigada y gruesa piel de cabra, a manera de lecho. Se alegró Odiseo del recibimiento, y dijo estas palabras:

—¡Que Zeus y los otros dioses inmortales te concedan aquello que más quieras, ya que me has recibido con bondad!

Le respondió el porquero:

—¡Oh forastero! Yo no podría rechazar a un huésped, puesto que son de Zeus todos los forasteros y los pobres. Cualquier regalo que se le haga a un huésped les es grato a los dioses, por insignificante que sea; así suelen ser los regalos que hacen los esclavos, que siempre tienen miedo cuando su amo es joven. Pues los dioses, sin duda, impidieron que el mío regresara; él me quería mucho y me había concedido una casa, un terreno y una mujer hermosa, todo aquello que un amo bondadoso le da a su servidor si este trabaja para él con ganas. Pero él pereció en Troya, adonde fue siguiendo a Agamenón.

Dichas estas palabras, salió hacia los chiqueros, atrapó dos lechones y los sacrificó, y tras descuartizarlos los puso a la parrilla. Cuando estuvieron listos, se los sirvió a Odiseo y le entregó además una copa de vino, diciendo estas palabras:

—Oh huésped, come ahora esta carne de lechón, que es lo único que hay para los siervos; pues los cerdos más gordos los devoran los viles pretendientes, sin temer la venganza de los dioses y sin piedad alguna.

Así le habló el porquero. Y cuando terminaron de comer, Odiseo le dijo estas palabras:

—¡Amigo! Cuéntame ahora quién es ese hombre rico y poderoso del que me hablabas antes, ese amo tan querido. ¿Dices que pereció defendiendo el honor de Agamenón, en Troya? Dime cómo se llama, por si acaso pudiera conocerlo. Quizá yo lo haya visto, y pueda darte alguna nueva de él, pues he viajado mucho.

Le respondió el porquero:

—¡Anciano! Ni su esposa ni su hijo se dejarían convencer si por casualidad un vagabundo llegara con noticias suyas. Pues cada peregrino que aparece en la isla le va a contar mentiras a Penélope, y mi ama lo recibe y le da de comer y le hace mil preguntas con los ojos llorosos. Tú mismo inventarías cualquier cosa, con la esperanza de que te den un manto y una túnica. Pero seguramente los perros y las aves de rapiña ya le habrán arrancado a mi amo la carne de los huesos, y su alma debe haberlo abandonado. O tal vez en el mar lo hayan devorado los peces y sus huesos estén en una playa, mezclados con la arena. A quienes lo queríamos ya no nos queda más que la tristeza; y sobre todo a mí, que nunca encontraré amo tan generoso como lo era Odiseo.

Y el paciente Odiseo dijo entonces:

—Amigo, ya que niegas con incredulidad la vuelta de tu amo, te daré mi palabra, y si es preciso bajo juramento, de que tu amo, Odiseo, está en camino. Solo te pido a cambio de esta buena noticia un manto y una túnica, que me darás a su llegada. Es mejor que me creas, pues me son más odiosos que las puertas del Hades los que buscan aliviar su miseria con mentiras. Todo se cumplirá tal como te lo anuncio: Odiseo vendrá este mismo mes, regresará a su casa, y allí se vengará de todos los que ultrajan a los suyos.

Le contestó el porquero:

—Anciano, no tendré que darte nada por la buena noticia, ni tampoco el ausente regresará a su casa. Pero bebe tranquilo y cambiemos de tema, que cada vez que escucho hablar de él se me entristece el alma. Mejor dime quién eres, en qué país naciste y por qué estás aquí.

Odiseo inventa una historia.

Así lo interrogó el fiel Eumeo, y Odiseo contó que había estado en Troya, y se inventó una larga historia, llena de un sinfín de detalles, para que pareciera verdadera. Y mientras conversaban sobrevino

la noche, destemplada y sin luna. Zeus hizo soplar el fuerte Céfiro, y derramó una lluvia persistente. Entonces, Odiseo tramó un nuevo relato, para ver si el porquero le regalaba un manto:

—Escucha ahora, Eumeo, pues quisiera decir unas palabras, ya que me incita el vino, que hasta al más sensato le hace sentir deseos de cantar y reír con alegría, y lo impulsa a bailar y a contar cosas que más le convendría guardarse para sí. Pero dado que he comenzado a hablar, ya no me detendré. ¡Ojalá fuera joven y tuviera las fuerzas que tenía en Troya, en ocasión de una emboscada que hicimos junto al muro! Nos guiaban Odiseo y Menelao, y yo era el tercero. Cuando llegamos junto a la muralla, nos ocultamos en los matorrales y nos cubrimos con nuestros escudos. Cayó la noche cruel. Soplaba un viento gélido y comenzó a nevar. Una capa de hielo cubría los escudos, y todos los aqueos dormían enfundados en sus mantos. Pero, insensato, yo me lo había dejado en la cóncava nave, sin prever una helada. En medio de la noche, lo desperté a Odiseo, que estaba junto a mí, y así le dije: "¡Ingenioso Odiseo, de linaje divino! Ya no me contarán entre los vivos, porque el frío me vence. No traje manto. Me engañó algún dios cuando dejé las naves vestido con la túnica, y ahora no encuentro forma de evitar la desgracia". Así le dije y él, astuto como siempre, me susurró: "¡Silencio! Que no te escuche nadie". Entonces, apoyándose sobre los codos dijo, levantando la cabeza: "¡Escuchen, compañeros! Un dios me mandó un sueño: como estamos tan lejos de las naves, que vaya alguno a preguntarle a Agamenón si puede enviarnos más hombres". Así habló y enseguida se puso en pie Toante, y abandonando el manto se fue a toda carrera hacia las naves. Yo me envolví con alegría en él, se calentó mi cuerpo, y pronto surgió Eos, la de dedos de rosa. ¡Ojalá yo tuviera la edad que tenía entonces, y ese mismo vigor! Quizá, de ser así, me daría un porquero un manto, por respeto y amistad a un valiente; pero ahora me desprecias porque cubren mi cuerpo miserables harapos.

Le respondió el porquero:

—¡Anciano! Tu relato es intachable, y todo lo que has dicho es útil y sensato; por eso te daré el manto que pides, y cualquier otra cosa propia de un suplicante. Pero otra vez mañana volverás a vestirte con harapos: aquí no sobra nada, y cada uno tiene su manto y nada más. Cuando vuelva Telémaco, el hijo de Odiseo, él te dará un manto y una túnica, y te conducirá donde tú quieras ir.

Dichas estas palabras, se levantó y le preparó una cama cerca del fuego al huésped, y la llenó de pieles de ovejas y de cabras. Se acostó allí Odiseo, y Eumeo le echó encima el manto que tenía para cubrirse en noches de tormenta. A continuación se abrigó y se colgó al hombro la espada, y enseguida salió de la cabaña, porque no le gustaba dormir lejos de sus queridos cerdos.

Y se alegró Odiseo al ver con cuánto celo Eumeo se ocupaba de su hacienda.

Canto xv

Telémaco se marcha de Esparta.

Mientras tanto, Atenea había ido a Esparta, para instar a Telémaco a regresar a Ítaca. Pisístrato dormía en el palacio, pero encontró a Telémaco a su lado, despierto en medio de la noche: la suerte de Odiseo lo inquietaba. Atenea, la diosa de ojos glaucos, se le acercó y le dijo:

—Telémaco, no es bueno que demores lejos de tu palacio, pues has dejado allí muchas riquezas y unos hombres soberbios: no sea que se repartan tu hacienda y se la coman, y luego el viaje te resulte inútil. Pídele a Menelao, valiente en el combate, que te deje partir, para que halles aún en tu palacio a tu madre, Penélope, pues ya su padre y sus hermanos la exhortan a casarse con Eurímaco, que supera a los otros pretendientes en dádivas nupciales. Y te advierto otra cosa: los más poderosos de los pretendientes se encuentran emboscados, aguardando que vuelvas, en el estrecho que separa a Ítaca de la escabrosa Same. Se frustrarán sus planes: tú embárcate de noche y mantén el navío alejado de las islas, pues el dios que te auxilia te enviará unos vientos favorables. Cuando llegues a Ítaca, irás directamente a casa del porquero, el que cuida los cerdos y te es fiel. Pasa la noche allí, y envíalo a la ciudad para anunciarle a tu madre Penélope que has vuelto sano y salvo.

Tras hablar de esta forma, la diosa se marchó al lejano Olimpo. Entonces Telémaco despertó a Pisístrato y le dijo estas palabras:

—¡Despierta, hijo de Néstor, y engancha los caballos, para que nos pongamos en camino!

Le contestó Pisístrato:

—Telémaco, aunque estemos apurados por emprender el viaje, no es posible guiar a los caballos mientras dure la noche tenebrosa. Ya va a mostrarse Eos. Esperemos a que el héroe Menelao, famoso por su lanza, nos traiga los regalos y mande que los carguen en el carro. Y luego despidámonos de quien nos recibió hospitalariamente: es menester que sea así, Telémaco.

Así dijo. Enseguida surgió Eos, la de trono dorado. Y entonces Menelao se levantó del lecho, que compartía con la hermosa Helena. Al ver que se acercaba, se levantó Telémaco, y luego de vestirse, fue a su encuentro y le dijo:

—¡Oh Menelao, príncipe de hombres, del linaje de Zeus! Permíteme partir a mi querida patria, que ya siento deseos de volver a mi hogar.

Le contestó el valiente Menelao:

—Telémaco, si es ese tu deseo, yo no te retendré: me es igualmente odioso tanto el anfitrión que trata al huésped con excesivo amor como el que lo recibe con un ánimo hostil; ser moderado es siempre conveniente. Pero espera que traiga mis regalos y mande que los pongan en tu carro, junto con provisiones para la travesía.

Helena interpreta un presagio.

Así se hizo, y luego de cargar los regalos en el carro, subieron ellos mismos, dispuestos a partir. Pero antes de azuzar a los caballos ocurrió algo asombroso: por sobre sus cabezas pasó volando un águila que llevaba en las garras un ganso blanco, enorme, que había arrebatado quizá de algún corral, pues la seguían hombres y mujeres que daban grandes gritos; al llegar junto al carro, giró hacia la derecha.

Al ver este prodigio, se les alegró el alma a todos los presentes, y dijo así Pisístrato:

—¡Oh Menelao, príncipe de hombres, del linaje de Zeus! Explícanos si el dios que envió este presagio lo hizo aparecer para nosotros o solo para ti.

Menelao se puso a meditar qué respuesta ofrecerle, pero la hermosa Helena se adelantó, diciendo estas palabras:

—Escuchen: les diré lo que sucederá, pues así me lo inspiran los dioses en el ánimo, y creo firmemente que así se cumplirá. De la misma manera en que el águila vino del monte, donde tiene sus pichones y su morada, y arrebató este ganso, criado en una casa, así, tras padecer muchas penurias y andar errante largo tiempo, regresará Odiseo y logrará vengarse, si es que no está ya en casa tramando muchos males contra los pretendientes.

Y respondió Telémaco:

—¡Que Zeus cumpla lo que dices! En ese caso, te invocaré en mi casa como a una diosa cada día que viva.

Luego se despidieron, y los caballos se lanzaron a correr por la ciudad, buscando la llanura.

Telémaco se embarca rumbo a Ítaca.

Ya de regreso en Pilos, así le habló Telémaco a Pisístrato:

—Ya que nos unen viejos lazos hospitalarios, por la amistad que tienen nuestros padres, además de que somos de la misma edad, y estamos más unidos tras este viaje juntos, voy a pedirte algo: déjame aquí, junto a la embarcación; no sea que tu padre me retenga contra mi voluntad, queriendo agasajarme, pus a mí me urge llegar lo antes posible a casa.

Así dijo, y Pisístrato le concedió el pedido. Sin más demora, se embarcó Telémaco, y Atenea, la diosa de ojos glaucos, le envió un viento propicio, a fin de que el navío atravesara el mar lo más pronto posible. Mientras guiaba el barco, Telémaco pensaba si lograría huir de la emboscada o si lo apresarían para darle muerte.

Odiseo conversa con Eumeo.

Mientras tanto, Odiseo cenaba con Eumeo y algunos campesinos que con él trabajaban. Después de la comida, Odiseo habló así, para ver si el porquero seguiría albergándolo en su casa:

—Amigos míos, oigan lo que voy a decirles: cuando amanezca, me pondré en camino a la ciudad. No quiero convertirme en una carga para ustedes. Solo te pido, Eumeo, que me indiques cómo llegar a la ciudad, o que alguien de los tuyos me acompañe. Mendigaré en las calles, por si alguien quiere darme una copa de vino y un mendrugo de pan. También iré al palacio de Odiseo, para darle noticias a Penélope, y veré a los soberbios pretendientes, a ver si me convidan algo de comer, ya que tienen de todo en abundancia; a cambio haré lo que me pidan ellos, pues nadie me supera en preparar el fuego, en trinchar y asar carne, o en escanciar el vino: son esos los servicios que les prestan los criados a sus amos.

Le respondió, muy afligido, Eumeo:

—¿Qué cosas dices, huésped? Lo que tú buscas es morir, sin duda, si quieres tener trato con los viles pretendientes, cuya violencia y arrogancia enormes llegan hasta el firmamento. En nada se parecen sus criados a ti: siempre los sirven jóvenes de hermosa cabellera y rostro rozagante, que van vestidos con su manto y su túnica. Quédate con nosotros, que tu presencia no molesta a nadie. Cuando venga el amado hijo de Odiseo, te obsequiará una túnica y un manto, y te conducirá adonde tú quieras.

Le respondió el paciente y divino Odiseo:

—¡Eumeo! ¡Ojalá Zeus te llegue a querer tanto como te quiero yo, puesto que me has librado de la miseria y del vagabundeo! No hay, para el hombre, nada más terrible que una vida errante.

Así dijo Odiseo, y luego preguntó por su padre, Laertes. Eumeo le contó que el anciano vivía, aunque todos los días le suplicaba a Zeus que le enviara la muerte, abrumado de pena por la ausencia de su hijo y la pérdida de su esposa.

Y siguieron hablando, hasta que al fin el sueño los venció, aunque no por mucho tiempo, porque enseguida vino Eos, la de trono dorado.

Telémaco llega a Ítaca.

Mientras tanto, la nave de Telémaco, gracias a los consejos de Atenea, había llegado a tierra, eludiendo la emboscada, y los hombres quitaron rápidamente el mástil y plegaron las velas. Luego de esto, llevaron la nave al fondeadero, arrojaron el ancla y ataron las amarras. Después de desembarcar, comieron y bebieron, y tras la cena dijo así Telémaco:

—Compañeros, ahora lleven la negra nave a la ciudad, pues yo me iré al campo a ver a los pastores: cuando caiga la tarde, una vez que haya recorrido mis fincas, volveré a la ciudad. Y mañana les daré, como premio, un banquete abundante de dulce vino y carnes.

Así dijo Telémaco, y los hombres volvieron a embarcar, llevando a la ciudad la negra nave. Telémaco se ató las hermosas sandalias, tomó la fuerte lanza y emprendió su camino, marchando a paso vivo, hasta donde guardaba sus abundantes cerdos el fiel porquero Eumeo.

Canto XVI

Telémaco en la cabaña de Eumeo.

No bien surgió la aurora, Odiseo y Eumeo encendieron el fuego en la cabaña y se pusieron a hacer el desayuno, después de despedir a los pastores, que se fueron con los cerdos. Entonces escuchó el astuto Odiseo unos pasos afuera y advirtió que los perros no ladraban. Le dijo estas palabras al porquero:

—Eumeo, me parece que algún amigo o conocido viene, porque escucho pisadas y los perros no ladran.

Apenas dijo esto, apareció en la puerta su querido Telémaco. Sorprendido, el porquero se levantó y se le cayeron unas tazas en que estaba mezclando el negro vino. Fue enseguida al encuentro de Telémaco y besó su cabeza, su rostro delicado, sus ojos y sus manos, como un padre que abraza a su único hijo que le nació de viejo. Mientras lloraba de alegría, Eumeo le dijo estas palabras:

—¡Mi dulce luz, Telémaco, has llegado! Ya no pensaba verte, desde que te marchaste a Pilos en esa nave. Pero entra, hijo querido, para que pueda verte y se alegre mi alma. No vienes a menudo a ver el campo. Prefieres la ciudad, como si te agradara estar entre esos viles pretendientes.

Le respondió Telémaco:

—Anciano, así lo haré, pues he venido a verte especialmente a ti, para saber si mi madre se encuentra aún en el palacio, o alguno de esos hombres la ha desposado ya.

Le contestó el porquero:

—Tu madre permanece en el palacio, con el alma afligida, y consume sus días y sus noches llorando sin cesar.

Después de hablar así, tomó la lanza de Telémaco y lo hizo pasar al interior de la cabaña. Entonces Odiseo hizo ademán de levantarse, pero se lo prohibió Telémaco, diciendo estas palabras:

—Huésped, no te levantes: seguro que hallaremos otra silla.

Eumeo extendió entonces una piel de cordero sobre un colchón de hojas, y allí se acomodó el hijo de Odiseo. Luego les sirvió Eumeo carne asada que había sobrado de la víspera, y les dio vino en una copa rústica. Una vez que comieron y bebieron, Telémaco le dijo al fiel porquero:

—¿De dónde viene el forastero, anciano? ¿Cómo ha llegado a Ítaca?

Le contestó el porquero:

—Afirma haber venido en barco desde Creta, después de visitar muchas ciudades, puesto que así se lo tramó el destino. Y ahora yo te lo encomiendo: haz por él lo que mejor te parezca, pues se jacta de ser tu suplicante.

Le contestó Telémaco:

—Eumeo, tus palabras me producen una enorme congoja. ¿Cómo puedo acoger al huésped en mi casa? Soy joven y no tengo la fuerza necesaria para salir en su defensa, en caso de que lo injurie alguno de los pretendientes. Pero le entregaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos, le obsequiaré una espada y unas lindas sandalias, y le prestaré ayuda para que vaya adonde más desee. Y si quieres tenerlo aquí en tu casa, te enviaré vestidos y comida, a fin de que no gastes en su manutención. Pero, eso sí: no le permitiré que vaya allá, a juntarse con los viles pretendientes, pues si lo ofenden me provocarían un enorme disgusto: un hombre, por más fuerte que sea, no

puede hacerles frente a tantos enemigos. Pero ahora apresúrate: es urgente que vayas a avisarle a mi madre que he vuelto sano y salvo, y procura que nadie se entere de mi vuelta, pues son muchos los que maquinan males en mi contra. Mientras tanto, yo me quedaré aquí.

Odiseo se da a conocer a Telémaco.

Así dijo Telémaco. Enseguida se puso en marcha el fiel porquero Eumeo. Entonces Atenea asumió la figura de una mujer hermosa y se paró en la entrada. Solo Odiseo era capaz de verla, pues los dioses no se hacen visibles para todos. Nada notó Telémaco; sin embargo, los perros percibieron su presencia, y en vez de ladrar escaparon al fondo del establo entre gemidos. La diosa le hizo señas a Odiseo, y este salió de la cabaña y se reunió con ella.

Entonces Atenea le dijo estas palabras:

—Ingenioso Odiseo, de linaje divino, es hora de que hables con tu hijo y le digas quién eres, para que luego de tramar la ruina de los soberbios pretendientes vayan juntos a la ciudad; y yo no estaré lejos de ustedes mucho tiempo, deseosa como estoy de entrar en la batalla.

Así dijo Atenea, y lo tocó con su varita de oro. Al instante, una túnica y un manto le cubrían el cuerpo, y parecía más alto y vigoroso. Recuperó también su tez morena, las mejillas se le redondearon y le brotó de nuevo negra barba.

Luego de esto, la diosa se marchó y el héroe volvió a entrar en la cabaña. Cuando lo vio su hijo querido, se asombró, y temiendo que pudiera ser un dios, apartó la mirada y le habló así:

—¡Forastero! Parece que eres otro… Ya no tienes las mismas vestiduras y tu cuerpo tampoco es el de antes. Sin duda eres un dios: te ruego que nos seas favorable, para que te ofrezcamos sacrificios y te hagamos regalos. ¡Ten piedad de nosotros!

Le respondió Odiseo:

—No soy un dios, Telémaco, sino tu padre amado, por quien sufres y lloras, y aguantas los ultrajes de esos hombres.

Diciendo así, besó al fin a su hijo, y dejó que las lágrimas, que hasta el momento había contenido, brotaran de sus ojos. Sin embargo, Telémaco aún no estaba convencido de que fuera su padre y le habló así:

—Tú no eres Odiseo, mi padre, sino un dios que pretende engañarme, para que me lamente más todavía. ¿Cómo es posible que, hace un rato, fueras un anciano andrajoso, y ahora te parezcas a uno de los dioses que habitan en el cielo?

Y el astuto Odiseo respondió:

—Telémaco, no esperes que venga otro Odiseo más que yo. Tras veinte años regresé a la patria, después de sufrir penas incontables. El cambio en mi figura es obra de Atenea, la diosa de ojos glaucos, pues ella puede hacerlo. Cualquiera de los dioses que habitan en el cielo puede darle la gloria a un hombre o destruirlo.

Dichas estas palabras, se sentó. Telémaco abrazó a su padre, y los dos lloraron largamente, como gimen las aves cuando los campesinos les roban los pichones que no saben volar. Y la puesta del sol los habría encontrado abrazados llorando, si Telémaco de pronto no le hubiera preguntado a su padre de qué manera había llegado a Ítaca.

Odiseo y Telémaco traman la venganza.

Le respondió el paciente y divino Odiseo:

—Hasta aquí me trajeron los feacios, famosos por sus naves, que escoltan a los huéspedes que llegan a sus tierras. Llegué dormido y ellos me dejaron en la playa, con múltiples tesoros, que ahora están a salvo en una gruta. Después vine hasta aquí, siguiendo los consejos de Atenea, a fin de que tramemos juntos la ruina de los pretendientes. Pero háblame de ellos y dime cuántos son, para ver si podremos bastarnos los dos solos, o será menester pedir ayuda.

Le respondió Telémaco:

—¡Oh padre! Estaba al tanto de tu fama, tanto en la lucha como en el consejo, pero dos hombres solos nada podrán hacer contra tantos varones esforzados. No son diez ni son veinte, sino en verdad muchísimos:

cincuenta y dos vinieron de Duliquio, acompañados por seis escuderos. De Same hay veinticuatro; de Zaquinto son veinte, y de la misma Ítaca son doce, y todos ellos valerosos. Si les hacemos frente en el palacio, creo que pagaremos con la muerte el propósito de vengar sus excesos.

Y le dijo Odiseo:

—¿Te parece que Zeus y Palas Atenea son suficiente ayuda, o he de buscar auxilio en otra parte?

Le respondió Telémaco:

—Padre, ambos son aliados excelentes; pero ellos viven en el ancho cielo.

Le respondió el paciente y divino Odiseo:

—No permanecerán muy lejos de nosotros cuando haya que luchar. Ahora escucha bien lo que voy a decirte: apenas surja Eos, vete a casa y únete a los soberbios pretendientes. El porquero, más tarde, me llevará hasta el pueblo, y me presentaré transformado en un anciano y miserable mendigo. Si esos hombres me insultan o maltratan, deberás soportarlo, aunque me arrastren por los pies o me echen. Tú con suaves palabras amonéstalos, para que pongan fin a sus locuras; pero no te harán caso, pues está cerca el día de su muerte. Y no bien Atenea me lo indique, yo te haré una señal con la cabeza y tú recogerás todas las armas que encuentres en la casa, para luego guardarlas en el sótano. Si alguno de los viles pretendientes te pregunta el motivo, le dirás que el fuego del hogar estropea las armas de Odiseo, que han perdido su brillo, y que además te preocupa que haya una disputa entre los pretendientes y acaben matándose entre ellos. Y te diré algo más: si en verdad eres sangre de mi sangre, a nadie le dirás que Odiseo está en casa, ni al anciano Laertes, ni al fiel porquero Eumeo, ni a los siervos, ni a la misma Penélope. Será nuestro secreto.

Los pretendientes se enteran del regreso de Telémaco.

Mientras los dos planeaban estas cosas, la nave que había traído de Pilos a Telémaco arribó a la ciudad. No bien desembarcaron,

enviaron un heraldo a casa de Penélope, para comunicarle que Telémaco había regresado sano y salvo, y ahora estaba en el campo, recorriendo sus fincas. En la puerta, el heraldo se encontró con Eumeo, que había ido hasta ahí con el mismo fin. Una vez que cumplió su cometido, el fiel porquero se marchó hacia el campo. Los pretendientes, cuando se enteraron, se sintieron confusos y afligidos. Salieron del palacio, y afuera se sentaron delante de la puerta. Su cabecilla, Antínoo, los exhortó diciendo estas palabras:

—¡Los dioses han librado de este mal a Telémaco! ¡Pensemos otra forma de matarlo, y que esta vez no escape! Mientras él viva, no podremos cumplir nuestro propósito. Vamos, démonos prisa, antes de que reúna a los aqueos en el ágora, y allí denuncie cómo tramamos contra él una muerte terrible. No aprobará nuestro accionar el pueblo; quizá nos ejecuten o tal vez nos destierren. Matémoslo en el campo, lejos de la ciudad, y luego repartámonos sus bienes equitativamente entre nosotros.

Así les dijo Antínoo, y todos se quedaron en silencio. Se puso de pie Anfínomo, y les dijo:

—Amigos, no quisiera que matemos a Telémaco, pues es delito grave destruir el linaje de los reyes. Consultemos primero la voluntad divina. Si los dioses lo aprueban, lo mataré yo mismo. Pero si no es así, les aconsejaré que desistan de hacerlo.

Así les dijo Anfínomo, y los otros pretendientes se mostraron de acuerdo. Casualmente, Penélope escuchó lo que los pretendientes estaban discutiendo; subió a su habitación y se acostó en la cama, llorando amargamente, hasta que al fin la diosa de ojos glaucos vertió sobre sus párpados el sueño.

Mientras tanto, el porquero volvió con Odiseo y Telémaco, y juntos prepararon la cena. Atenea ya había vuelto a tocar con su vara a Odiseo y lo había convertido nuevamente en un anciano, para que el fiel Eumeo no lo reconociera. Una vez que comieron y bebieron, los tres se recostaron en sus lechos y el sueño los rindió.

Canto XVII

Telémaco vuelve al palacio.

Cuando surgió la hija de la mañana, Eos, la de dedos de rosa, Telémaco se ató las hermosas sandalias, y tras tomar la lanza, mientras se disponía a ir a la ciudad, le dijo así al porquero:

—Anciano, vuelvo raudo a Ítaca, para que así mi madre pueda verme y deje el triste llanto. Te pido que acompañes a la ciudad al huésped infeliz, para que pueda mendigar allí.

Así dijo, y salió de la cabaña, andando a paso firme y maquinando males contra los pretendientes. Cuando llegó al palacio, la discreta Penélope corrió a echarse en sus brazos, le cubrió de besos la cabeza y los ojos, y le dijo, entre lágrimas:

—¡Mi dulce luz, Telémaco, has llegado! Ya no pensaba verte desde que te marchaste a Pilos en esa nave, a escondidas y contra mi deseo, para buscar noticias de tu padre. Pero vamos, relátame lo que has podido averiguar de él.

Sin embargo, Telémaco le dijo solamente lo que le había dicho Menelao: que Odiseo vivía, y que era prisionero en el palacio de la ninfa Calipso, donde permanecía contra su voluntad, pues no tenía nave ni una tripulación que lo ayudara a atravesar el mar.

car rog-
nos, los
a ame
Tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

El perro Argos reconoce a Odiseo.

En tanto conversaban Penélope y Telémaco, Eumeo y Odiseo se ponían en camino. Cuando ya se acercaban al palacio, oyeron el sonido de la lira de Femio, que tocaba y cantaba para los pretendientes. Y al llegar a las puertas del palacio, le dijo así Odiseo al fiel porquero:

—Esta ha de ser sin duda la casa de Odiseo. Se distingue entre todas las demás por tener más de un piso, por su muro almenado alrededor del patio, y las hermosas puertas de dos hojas. Nadie despreciaría semejante mansión. Creo que en su interior multitud de varones celebran un banquete, pues siento olor a carne asada y oigo la melodiosa lira, que los dioses hicieron compañera natural del banquete.

Así dijo Odiseo, y al escuchar su voz, un perro de la casa, que estaba echado allí, levantó la cabeza y paró las orejas: era Argos, el perro de Odiseo, quien lo había criado desde cachorro, aunque luego no había podido disfrutarlo, porque había tenido que partir hacia Troya. Antes de su partida, lo llevaban los jóvenes a cazar, pero ahora, en ausencia de su dueño, estaba echado encima del estiércol que tenían allí, junto a la puerta, para que los criados abonaran los campos. Cuando vio que Odiseo se acercaba, movió la cola, alegre, y bajó las orejas, y aunque intentó moverse y salir a su encuentro, no pudo levantarse. Cuando lo vio, Odiseo, sin que lo viera el otro, se secó con la mano una lágrima, y dijo:

—¡Eumeo! Me sorprende que ese perro esté sobre el estiércol, pues su cuerpo es hermoso, aunque no sé si era veloz de joven, o si era más bien como aquellos perros que los señores crían en la casa para que los diviertan.

Le contestó el porquero:

—Ese perro que ves perteneció antiguamente a un hombre que murió lejos de aquí. Si tú lo hubieras visto en vida de Odiseo, te habrías admirado de lo veloz y ágil que era: entonces no dejaba escapar ninguna presa. Pero ahora ya nadie cuida de él.

Y tras hablar así, atravesó las puertas de la casa y penetró en la sala donde estaban los viles pretendientes. Y en ese mismo instante, después de veinte años de esperar a Odiseo, la negra muerte se adueñó de Argos.

Odiseo, disfrazado, mendiga entre los pretendientes.

Al ver entrar a Eumeo, le hizo señas Telémaco para que se sentara junto a él. Poco después, entró Odiseo en el palacio, convertido en un viejo y miserable mendigo, que se apoyaba en un bastón e iba vestido con harapos, y se sentó en el piso, al lado de la puerta. Telémaco tomó un trozo de carne y un pedazo de pan, y le dijo al porquero:

—Llévale esto al huésped, y mándale que vaya por las mesas y les pida a los viles pretendientes, pues el pudor no le conviene al hombre que está necesitado.

Así lo hizo Eumeo, y llevó la comida y transmitió el mensaje. Poniendo las vituallas sobre su bolsa, sucia y harapienta, Odiseo comió. Cuando el aedo concluyó su canto, Atenea, la diosa de ojos glaucos, se aproximó a Odiseo y lo instó a mendigar entre los pretendientes, para ver cuáles de ellos eran justos y cuáles, más benévolos, aunque ninguno de ellos habría de salvarse de la muerte. Se puso en pie Odiseo y empezó a mendigar, pidiendo a cada uno con la mano extendida, como si hubiera mendigado siempre. Ellos, compadeciéndose, le ofrecían limosna, se miraban entre ellos, extrañados, y se preguntaban quién podría ser el huésped. Y Antínoo, al enterarse de que Eumeo lo había traído a la ciudad, lo increpó de esta forma:

—¡Afamado porquero! ¿Por qué trajiste a este hombre a la ciudad? ¿Acaso no tenemos suficientes mendigos, que arruinan los banquetes? ¿O te parece poco que los que aquí se juntan den cuenta de los bienes de tu amo Odiseo, y quisiste invitar también a este?

Le respondió el porquero:

—Antínoo, has sido siempre, de entre cuantos pretenden a Penélope, el más cruel con los siervos de Odiseo, y en especial conmigo.

De todos modos, yo no me preocupo, mientras vivan aquí Penélope y Telémaco, que es semejante a un dios.

Telémaco le dijo así a Antínoo:

—Antínoo, me aconsejas con el celo de un padre por su hijo, cuando me ordenas expulsar al huésped. ¡No permitan los dioses que algo así suceda! Dale algo, que no te lo prohíbo; por el contrario, quiero que lo hagas, y no temas que mi querida madre o alguno de los siervos puedan tomarlo a mal. Pero no hay en tu pecho tal propósito, ya que prefieres comer tú solo en vez de compartir.

Y Antínoo respondió:

—¡Eres un fanfarrón, Telémaco, incapaz de contener tu enojo! Si todos los demás hicieran como yo y no le dieran nada, pronto nos libraríamos de él, y para siempre.

Sin embargo, los otros pretendientes le dieron a Odiseo un poco de comida cada uno y llenaron su bolsa. Y ya Odiseo iba a sentarse de nuevo al lado de la puerta para comer la carne y el pan que le habían dado, pero al pasar al lado de Antínoo se detuvo y le habló de este modo, inventando una historia fabulosa:

—Amigo, dame algo, porque no pareces menos noble que los otros, sino más distinguido, y semejante a un rey. Por eso debes darme más pan que los demás, y yo divulgaré tu fama por la tierra. Hace años, yo también vivía en un palacio, tenía criados y ofrecía limosna al vagabundo, sin importar quién fuera ni la naturaleza de su necesidad. Pero la voluntad de Zeus me arruinó, instándome a ir a Egipto con mis naves; allí nos capturaron los piratas, y a muchos los mataron, pero a mí me entregaron a Dmétor, que reinaba con gran poder en Chipre, y desde allí he venido, después de padecer mil infortunios.

Y Antínoo respondió:

—¿Qué dios nos ha enviado esta peste a arruinarnos el banquete? Todos dan sin medida, pues comen de la hacienda de otro hombre. Apártate de aquí, no sea que te envíe a mendigar a Chipre o al amargo Egipto nuevamente.

Y mientras se alejaba, Odiseo le dijo:

—¡Oh dioses! En verdad tu inteligencia en nada se compara con tu noble figura. Ni un puñado de sal darías de tu casa a quien te suplicara, ya que ahora, sentado en mesa ajena, no has querido ofrecerme ni un mendrugo de pan, y eso que tienes a mano tantas cosas.

Así dijo, y Antínoo se irritó más aun, y mirándolo fijo le habló de esta manera:

—¿Te atreves a insultarme? ¡Ya no saldrás impune del palacio!

Y tomó el escabel[89] que tenía a sus pies, lo arrojó contra Odiseo y alcanzó a golpearlo en el hombro derecho. Pero Odiseo se mantuvo firme y agitó la cabeza, tramando en su interior siniestros planes. Entonces se alejó y se sentó en el piso, en el lugar de antes, y les habló así a los pretendientes:

—Escuchen, pretendientes de la ilustre Penélope: ningún varón se apena si lo hieren por defender su hacienda; pero Antínoo me hirió por causa del funesto vientre, que tantos males ocasiona al hombre. Si en algún lado existen los dioses que protegen a los pobres mendigos, que le den muerte a Antínoo antes de que la boda se realice.

Así dijo. Y Telémaco, al ver cómo golpeaban a su padre, sintió en su corazón una gran pena, pero contuvo el llanto y agitó la cabeza, tramando en su interior siniestros planes.

Cuando supo Penélope que Antínoo había golpeado al forastero, le dijo estas palabras a su criada Eurínome:

—Todos los pretendientes son odiosos, pero sin duda Antínoo es el más despreciable. ¡Ojalá Febo Apolo, famoso por su arco, lo mate con sus flechas!

En ese mismo instante, Telémaco estornudó con fuerza. Entonces, Penélope mandó a llamar a Eumeo y le habló así:

89 **Escabel:** tarima pequeña que se pone delante de la silla para que descansen los pies de quien está sentado.

—Vamos, dile al forastero que venga. ¿No has visto que mi hijo estornudó después de mis palabras? Es señal inequívoca de que los pretendientes morirán, sin que escape ninguno. Y te diré algo más: si lo que dice el huésped es verdad, yo le regalaré un manto y una túnica, vestidos muy hermosos.

Así dijo, y Eumeo fue a buscar a Odiseo, quien le dijo en respuesta:

—Eumeo, sin tardanza iría a ver a la reina Penélope, pero temo a los crueles pretendientes, cuya soberbia llega al mismo cielo, que hace instantes apenas me golpearon, y nadie lo impidió. Tú anúnciale a Penélope que acudiré a su lado no bien se ponga el sol, para darle noticias de su esposo.

Eumeo transmitió el mensaje a la reina, y ella estuvo de acuerdo. Acto seguido, fue donde estaba Telémaco y le dijo:

—Amigo, yo me voy de nuevo con los cerdos, y a cuidar de tu hacienda y de la mía. De todo lo de aquí has de ocuparte tú: y sobre todo cuídate tú mismo, pues muchos son los que traman daños en tu contra. ¡Ojalá los destruya el padre Zeus antes de que se vuelvan una plaga!

Le respondió Telémaco:

—Anciano, así se hará. Ahora vete a casa, y regresa mañana con el alba, y trae contigo hermosos animales; que yo me ocuparé de las cosas de aquí, con la ayuda de los dioses.

Así dijo, y Eumeo abandonó el palacio, donde los pretendientes seguían recreándose con el canto y la danza, y volvió con los cerdos mientras caía la tarde.

Canto XVIII

Odiseo pelea contra Iro.

No bien se marchó Eumeo, apareció en el palacio un mendigo al que llamaban Iro, que solía pedir por las calles de Ítaca; todos lo conocían por su glotonería inmoderada. Al llegar, se propuso expulsar a Odiseo y le habló con palabras injuriosas:

—Anciano, sal de ahí, para que yo me siente, si quieres evitar que te saque arrastrándote de un pie.

Y mirándolo fijo, el astuto Odiseo respondió:

—¡Desdichado! Ningún daño te causo, y tampoco me opongo a que te den limosna. Aquí hay lugar para los dos: no envidies lo mío. Me parece que eres un vagabundo como yo, y son los dioses quienes conceden la abundancia. Pero no me provoques a luchar: no sea cosa que, viejo como soy, te haga brotar la sangre por el pecho y los labios; y así descansaría más tranquilo mañana, pues no creo que intentes el regreso a casa de Odiseo.

Y el vagabundo Iro le respondió, enojado:

—¡Oh dioses! ¡Miren qué desfachatez! Habla como una vieja, el muy glotón. En guardia, vejestorio, verás cómo te bajo los dientes de la boca con mis puños.

Antínoo, que miraba divertido, entre risas les dijo a los demás:

—¡Amigos! Jamás hubo diversión semejante en esta casa. Algún dios la ha traído. El forastero e Iro no dejan de insultarse y provocarse; hagamos que peleen cuanto antes.

Después de decir esto, todos rodearon a los dos mendigos, y así les dijo Antínoo:

—Ilustres pretendientes, escuchen mis palabras: en el fuego hay dos vientres de cabra deliciosos. El que gane el combate se quedará con el que más le guste. Y por si fuera poco, el ganador compartirá el banquete con nosotros, y nunca dejaremos que entre otro mendigo a pedir a la casa mientras él esté aquí.

Así les habló Antínoo, y el astuto Odiseo, que meditaba engaños, les dijo estas palabras:

—¡Amigos! Aunque no es justo que un hombre viejo, abrumado por múltiples desgracias, combata con un joven, a mí me mueve el hambre a aceptar el convite, por más que acabe muerto por los golpes. Pero prometan todos que ninguno, por socorrer a Iro, y actuando injustamente, caerá sobre mí.

Todos juraron como se lo solicitó el astuto Odiseo, y comenzó el combate. Odiseo dudaba si era mejor matar de un solo golpe a Iro, precipitando su alma súbitamente al Hades, o darle un golpe suave que lo echara por tierra, para que los soberbios pretendientes no lo reconocieran. Al fin se decidió por esto último, y lanzó un puñetazo que alcanzó a su oponente en la mandíbula, debajo de la oreja, que le rompió los huesos y le hizo echar sangre por la boca. Iro quedó tendido inmóvil en el suelo, mientras los pretendientes levantaban los brazos y se morían de risa. Entonces Odiseo tomó a Iro del pie, lo arrastró hasta el patio, lo sentó a un costado de la puerta y le puso un bastón en la mano. Luego le dijo así:

—Quédate ahí sentado y no molestes. No quieras, siendo pobre, convertirte en el rey de los mendigos. No sea que te atraigas un daño aun peor que el que has sufrido ahora.

Y una vez que habló así, volvió a colgarse del hombro su bolsa sucia y llena de agujeros, y se sentó de nuevo al lado de la puerta. Antínoo cumplió con su palabra y le puso delante un gran vientre de cabra, y le ofrecieron vino en una copa de oro.

Penélope se muestra ante los pretendientes.

Mientras tanto, Atenea, la diosa de ojos glaucos, puso en el corazón de la discreta Penélope el deseo de aparecer ante los pretendientes: quería que la reina ganara mayor honra ante su esposo y su hijo. Riendo sin motivo, Penélope llamó a su criada y le dijo:

—Eurínome, mi ánimo me pide lo que antes no deseaba: aparecer ante los pretendientes, aunque me son odiosos.

Y Eurínome repuso:

—Me parece oportuno lo que dices. Pero antes deberías lavarte y colorearte las mejillas. No te muestres ante ellos con el rostro afeado por el llanto, que no es bueno afligirse sin descanso.

Y así le contestó la prudente Penélope:

—No me pidas, Eurínome, que me lave y me arregle, pues los dioses que habitan el Olimpo destruyeron mi belleza cuando partió Odiseo. Ahora ve a buscar a mis doncellas, Hipodamia y Autónoe, a fin de que me hagan compañía, puesto que me avergüenza presentarme sola ante los varones.

Así dijo, y la vieja se fue por el palacio a buscar a las mujeres. Entonces Atenea, la diosa de ojos glaucos, le infundió el dulce sueño a la hija de Icario, que se quedó dormida de inmediato; y mientras tanto la diosa le otorgó belleza incomparable para que cautivara a los varones: limpió con ambrosía el rostro hermoso, la hizo parecer más alta y más esbelta, y confirió a su piel el brillo del marfil recién labrado. Una vez hecho esto, la diosa se marchó, justo cuando llegaban las criadas. La reina despertó y salió de su cuarto con las criadas. Cuando llegó al salón en donde estaban los viles pretendientes, con el rostro cubierto con un hermoso velo y una honrada doncella a cada lado,

todos los pretendientes sintieron que las rodillas se les aflojaban, el amor inundó sus corazones y sus cuerpos temblaron de deseo. Pero ella le habló así a su hijo Telémaco:

—¡Telémaco! Has perdido la firmeza, la voluntad y el juicio que tenías de niño. Ahora eres un hombre, y a juzgar por tu aspecto y tu belleza, cualquiera que te viera diría que es tu padre un hombre noble. Y así y todo, has dejado que en esta misma sala maltrataran a un huésped.

Le respondió Telémaco:

—¡Madre mía!, comprendo tu irritación y no te la reprocho. Pero ya soy capaz de distinguir lo bueno de lo malo, y aunque antes era un niño, he dejado de serlo. Comprende que no puedo solucionarlo todo con prudencia, pues me rodean estos hombres viles, y yo no tengo a nadie que me ayude.

Hablaban de esta forma madre e hijo. Y Eurímaco le dijo así a Penélope:

—Penélope, discreta hija de Icario, si todos los aqueos pudieran contemplarte, serían muchos más los pretendientes que del amanecer hasta la noche celebrarían banquetes en tu casa, pues sobresales entre las mujeres por tu belleza y porte y por tu juicio.

La discreta Penélope así le contestó:

—¡Eurímaco! Los dioses inmortales acabaron con todos mis encantos, la hermosura y la gracia de mi cuerpo, el día que partieron a Troya los aqueos, y Odiseo con ellos. Si él volviera a cuidarme, tal vez recobraría algo de mi belleza. Pero ahora me abruman desgracias incontables que me ha enviado un dios. Cuando Odiseo abandonó la patria, me tomó de la mano y me habló de esta forma: "Yo no creo, mujer, que todos los aqueos vuelvan de Troya sanos y salvos, porque dicen que los troyanos son diestros en la guerra. Y no sé si algún dios me dejará volver, o pereceré en Troya. Todo lo que hay aquí quedará a tu cuidado; y acuérdate también de mi padre y mi madre como lo haces ahora, o todavía más, cuando yo esté ausente. Y cuando nuestro hijo tenga barba, cásate con quien quieras y abandona el palacio".

Así me dijo y todo fue cumpliéndose. Ya se acerca la noche de mi boda, que yo tanto aborrezco: ¡desdichada de mí, que Zeus me ha privado de la felicidad! Pero un pesar terrible me llega al corazón: antes no se portaban así los pretendientes. Cuando alguien pretendía a una mujer ilustre, compitiendo con otros por su mano, ofrecía banquetes y espléndidos regalos a todos los amigos de la novia, en vez de devorar impunemente bienes ajenos, como ocurre ahora.

Así habló, y el paciente y divino Odiseo se alegró en su interior, al ver que les pedía que le hicieran regalos, y buscaba engañarlos con palabras dulces, cuando eran tan distintos los propósitos que tramaba en su mente.

Y Antínoo respondió:

—Penélope, discreta hija de Icario, acepta los regalos que te demos, puesto que no está bien rechazar un presente, pero no iremos a ninguna parte hasta que no te cases con quien sea el mejor de los aqueos.

Así le dijo Antínoo, y todos los demás estuvieron de acuerdo. Cada uno envió a su propio heraldo a buscarle a Penélope un regalo. El heraldo de Antínoo trajo una hermosa túnica con doce broches de oro; el de Eurímaco, un collar de oro y ámbar que relucía como el mismo sol. Euridamante le ofreció dos aros con tres perlas brillantes cada uno, Pisandro le obsequió una delicada gargantilla; y los otros aqueos trajeron, cada uno, su regalo.

Eurímaco ofende a Odiseo.

Penélope volvió a subir a su cuarto, y las esclavas se llevaron los magníficos regalos, mientras los pretendientes volvían a gozar de la danza y del canto. Estaban aún en eso cuando llegó la noche, y entonces se hizo un fuego en el salón. Junto a él se quedó el paciente Odiseo, removiendo las brasas, mientras tramaba los planes que llevaría a cabo. Y tampoco esa vez quiso Atenea que se abstuvieran los soberbios pretendientes de injuriar a Odiseo, a fin de que el pesar atormentara aun más su corazón. Y así, para burlarse de él, le dijo Eurímaco:

—¿Te gustaría, huésped, si te tomase a sueldo, trabajar en mis campos, poniendo cercas y plantando árboles? Yo te daría pan, vestidos y calzado todo el año. Pero como eres ducho en malas artes, no quieres trabajar, sino pedir limosna por el pueblo, para llenar tu estómago sin fondo.

El astuto Odiseo así le respondió:

—Ojalá compitiéramos, Eurímaco, tú y yo, trabajando en el campo hasta el anochecer: verías cómo no nos faltaría alimento. E igualmente, si Zeus suscitara una guerra en algún lado, y yo tuviera escudo y una lanza, me verías luchar en las primeras filas, junto a los más valientes, y ya no me hablarías de mi estómago. Pero eres insolente y tu ánimo es cruel, y crees que eres grande y poderoso, porque estás entre pocos y no de los mejores. Si volviera Odiseo, estas puertas tan anchas te serían angostas para salir huyendo.

Así le habló Odiseo, irritando la cólera de Eurímaco, que le dijo a su vez:

—¡Miserable! Muy pronto pagarás por la audacia que muestras al hablar sin temor ante tantos varones. Será que el vino te nubló la mente, o es así tu carácter, y por eso dices estupideces.

Así habló, y alzando el escabel que tenía a sus pies, se lo arrojó a Odiseo, pero falló y le dio en la mano a un muchacho que les servía el vino: se le cayó la jarra causando un enorme estrépito, y él mismo vino a dar de espaldas en el suelo.

Hubo gran alboroto entre los pretendientes, y uno le dijo a otro:

—¡Ojalá hubiera muerto el forastero antes de aparecer por el palacio! Ahora estamos peleando por culpa de un mendigo.

Y el paciente y divino Telémaco les dijo:

—¡Desgraciados! Se están volviendo locos: no pueden ocultar los efectos de tanta comida y tanto vino. Pero ya que comieron y bebieron, váyase cada uno a dormir a su casa cuando le venga en gana: no pienso echar a nadie.

Así les dijo, y todos se calmaron. Hicieron una última libación a los dioses, y luego cada uno se fue a dormir a casa.

Canto XIX

Odiseo se presenta disfrazado ante Penélope.

Cuando los pretendientes se marcharon, Odiseo y Telémaco guardaron todas las armas dentro del palacio. Una vez que lo hicieron, Telémaco se fue a su habitación y se acostó a aguardar la salida de la divina Eos. Pero Odiseo se quedó en la sala, tramando junto con Atenea la matanza de los pretendientes.

En eso, abandonó su habitación la prudente Penélope, semejante en belleza a Ártemis o a Afrodita,[90] y fue a sentarse en el sillón labrado, con adornos de plata y de marfil, en que solía sentarse, junto al fuego, en la sala. Vinieron las doncellas a levantar las mesas del banquete, y echaron leña al fuego, para que hubiese más luz y calor. Y una de las esclavas —Melanto era su nombre— increpó así a Odiseo:

—¡Forastero! ¿Nos vas a molestar también de noche, andando por la casa y espiando a las mujeres? Vete afuera y conténtate con lo que ya comiste, si no quieres que te eche a bastonazos.

90 **Afrodita:** diosa del amor. Es bella, caprichosa y risueña. Está casada con Hefesto, pero sus aventuras amorosas con otros dioses y hombres son frecuentes. Se la relaciona con la causa de la guerra de Troya por haberle inspirado a Helena una pasión irrefrenable por Paris.

Penélope escuchó lo que decía y se lo recriminó de esta manera:

—¡Perra desvergonzada y atrevida! Escuché tus palabras, y tus malas acciones recibirán castigo: bien sabías que yo quería interrogar al forastero acerca de mi esposo en esta sala, pues estoy afligida.

Entonces ordenó que le trajeran una silla a Odiseo. Cuando estuvo sentado, la prudente Penélope le dijo:

—¡Forastero! Ante todo quisiera preguntarte: ¿quién eres y de qué país procedes?

Y el astuto Odiseo respondió:

—Mujer, ningún mortal sobre la vasta tierra podría censurarte, pues tu gloria ha llegado al ancho cielo, como la de una reina sabia y temerosa de los dioses. Pero, ahora que nos hallamos en tu casa, pregúntame otras cosas. No quieras conocer mi linaje ni mi patria, porque el recuerdo acrecienta mis pesares.

Le respondió Penélope:

—¡Oh huésped! Los dioses inmortales acabaron con todos mis encantos, la hermosura y la gracia de mi cuerpo, el día que partieron a Troya los aqueos, y Odiseo con ellos. Si él volviera a cuidarme, tal vez recobraría algo de mi belleza. Pero ahora me abruman desgracias incontables que me ha enviado un dios. Porque todos los hijos de las familias nobles de Duliquio, de Same, de Zaquinto, y de la áspera Ítaca, pretenden desposarme contra mi voluntad y arruinan nuestra casa. Ellos me exhortan a casarme pronto, y yo maquino engaños: primeramente, un dios me sugirió que tejiera una tela sutil e interminable, y entonces les hablé a los pretendientes: "¡Jóvenes pretendientes! Ya que ha muerto Odiseo, no tengan tanto apuro por casarme, y esperen que termine de tejer este lienzo, que será la mortaja de Laertes en el fatal momento de la terrible muerte: si no, se indignarían las mujeres aqueas de que se entierre sin mortaja a un hombre que en vida poseyó tantos bienes". Así les dije, y pude convencerlos.

Y me pasaba el día tejiendo la gran tela; pero, al llegar la noche, a la luz de las antorchas, destejía lo hecho en la jornada. Así logré engañarlos por tres años; pero al cumplirse el cuarto, una de mis esclavas me vio y me delató. Ahora ya no puedo demorar más mi boda, ni sé de otros engaños. Mis padres quieren que me case pronto, y mi hijo se indigna al ver cómo devoran nuestros bienes. Pero háblame ahora de mi esposo, a quien, según me has dicho, alojaste en tu palacio, junto a sus compañeros. Dime cómo vestía, qué aspecto tenía él, y cómo eran los que lo acompañaban.

Un pretendiente descubre el truco de Penélope en el telar.
Copa del siglo v a. C.

Y el astuto Odiseo respondió:

—¡Oh mujer! Es difícil recordarlo después de tanto tiempo, pues veinte años han pasado ya. Te contaré, sin embargo, cómo es la imagen que de él guarda mi corazón: llevaba un manto doble de lana color púrpura, con un broche de oro sujetándolo; y en la parte de atrás del manto había bordado un perro que tenía entre las patas delanteras un

cervatillo al que miraba forcejear. También tenía una túnica, que era muy suave al tacto y relucía como el mismo sol. Pero quizás Odiseo no tenía la misma vestimenta cuando partió de Ítaca; tal vez se la dio algún compañero en la nave o algún varón que lo haya recibido en su casa… Odiseo tenía incontables amigos, pues eran pocos los aqueos que podían comparársele. Yo mismo le obsequié una espada de bronce y un manto púrpura, además de una túnica, y fui a despedirlo cuando partió en su nave. Con él iba un heraldo que se llamaba Euríbates. Era un poco más viejo que Odiseo, con los hombros arqueados, de cabellos rizados y piel morena. Lo estimaba Odiseo por sobre los demás, porque sus opiniones solían coincidir.

Así dijo, y Penélope lloró, porque reconocía los detalles que le daba Odiseo con tanta exactitud. Y cuando sus deseos de llorar se saciaron, le dijo estas palabras:

—¡Oh huésped! Hasta ahora te tuve compasión, pero de ahora en más quiero que seas recibido con respeto y cariño en esta casa, porque yo misma le entregué a Odiseo esas ropas que dices. Pero él no volverá a su hogar ni a su patria, pues con hado funesto partió a Troya, esa ciudad nefasta.

Y el astuto Odiseo respondió:

—¡Oh, venerable esposa de Odiseo! No mortifiques más tu hermoso cuerpo, ni consumas tu ánimo llorando a tu marido. Deja ya de llorar y escucha mis palabras: Odiseo está vivo y está cerca, y viene de regreso. Trae muchas riquezas que pudo recoger por el camino, aunque perdió a sus fieles compañeros y la cóncava nave en el océano, al salir de la isla de Trinacria. Sin embargo, él se encuentra sano y salvo, y no pasará mucho lejos de sus amigos y su patria. Voy a jurarte algo, y pongo a Zeus como testigo: Odiseo vendrá antes de fin de mes.

La discreta Penélope así le respondió:

—¡Forastero, ojalá se cumpla lo que dices! Pronto conocerías mi amistad, y te daría regalos incontables. Pero presiento en mi ánimo lo que ha de ocurrir: no volverá Odiseo.

Así dijo Penélope, y ordenó a las criadas que lavaran al huésped y prepararan para él un lecho muy abrigado y cómodo, para que descansara. Pero dijo Odiseo:

—¡Oh, venerable esposa de Odiseo! Desde el momento en que dejé mi patria, aborrezco las mantas y las colchas. Me acostaré como antes, en el suelo. Y los baños de pies también me desagradan, salvo que de tus siervas haya alguna muy vieja y de ánimo discreto, que haya sufrido tanto como yo; a ella no le impediría yo que me toque los pies.

La discreta Penélope así le respondió:

—¡Querido huésped! Hay aquí en mi casa una mujer anciana como la que describes. Ha criado a Odiseo desde su nacimiento: ella te lavará los pies, aunque sus fuerzas son escasas. ¡Acércate, Euriclea!, y lava a este varón, que es de la misma edad que tu señor: así deben ser sus manos y sus pies en este mismo instante, pues la desgracia envejece al hombre.

Euriclea reconoce a Odiseo.

Así dijo. La anciana se levantó, cubriéndose el rostro con las manos, y se puso a llorar, mientras decía:

—¡Odiseo, ay de ti, que no puedo salvarte! Sin duda, Zeus le cobró más odio que a ningún otro hombre, a pesar de que él siempre respetó a los dioses. Quizá de él también se burlaron las criadas en el palacio de otro, como ahora lo hacen estas perras, cuyas infamias innumerables seguramente quieres evitar, al no permitir que te laven ellas. Te lavaré los pies, porque así me lo ordena la discreta Penélope, pero también porque tus desventuras me han conmovido el ánimo. Y además te diré que, de todos los huéspedes que han venido a esta casa, ninguno se parece como tú, en el cuerpo, en la voz y en los pies, a Odiseo.

Euriclea lava los pies de Odiseo.
Copa ateniense del siglo v a. C.

Enseguida tomó un caldero reluciente, mezcló allí agua caliente y agua fría, y se puso a lavarle los pies a su señor. Pronto reconoció la cicatriz que le hizo un jabalí con sus colmillos, una vez que salió de cacería por el monte Parnaso. No bien la anciana tocó la cicatriz, le soltó el pie de golpe, conmovida. La pierna vino a dar contra el caldero, que se agitó, y el agua se derramó en el suelo. Invadieron el alma de la anciana emociones mezcladas, alegría y tristeza, le brotaron las lágrimas y se quedó sin voz. Tomando de la barba a Odiseo, le dijo:

—Tú eres Odiseo, hijo querido; y no te conocí hasta que te toqué con estas manos.

Así dijo Euriclea, y luego le hizo señas a Penélope, para comunicarle la noticia. Pero Penélope no pudo verla, pues en ese instante la distrajo Palas Atenea. Entonces Odiseo tomó a Euriclea por los hombros, la atrajo hacia sí y le dijo estas palabras:

—Tú misma me criaste, ¿y ahora quieres arruinarme? En efecto, soy yo: tras soportar fatigas incontables, después de veinte años, estoy de vuelta en la querida patria. Ahora que lo sabes, calla, que en el palacio nadie debe enterarse.

Penélope anuncia su decisión.

Así dijo, y la anciana se fue a buscar más agua. Y una vez que su cuerpo estuvo limpio y ungido con aceite, él se sentó junto al fuego para calentarse y se cubrió la cicatriz con los harapos. Entonces, la discreta Penélope le dijo:

—¡Huésped! Quiero que escuches una cosa más: no tardará en salir la infausta Eos, dando comienzo a un desdichado día, pues dejaré la casa de Odiseo. Celebraré un certamen para los pretendientes: Odiseo solía alinear doce hachas, de esas que tienen en el medio un hueco, y luego, desde lejos, disparaba sus flechas, haciendo que pasaran por los huecos. Y yo me casaré con aquel que, de ellos, usando el arco de Odiseo, logre hacer pasar las flechas por los ojos de las hachas, y dejaré esta casa, a la que llegué virgen: esta casa tan hermosa y llena de riquezas, de la que me acordaré en mis sueños, según creo.

Y el astuto Odiseo respondió:

—¡Oh mujer de Odiseo, venerable! Ya no postergues esa competencia, pues antes de que ellos con el pulido arco logren tensar la cuerda y disparar la flecha, regresará Odiseo.

La prudente Penélope le dijo:

—¡Huésped! Me quedaría conversando contigo en esta sala, y el sueño nunca me sobrevendría. Pero a los mortales no nos está permitido permanecer en vela todo el tiempo. Voy a acostarme ahora sobre mi lecho, que está siempre húmedo de lágrimas que lloro por mi esposo Odiseo, desde que se fue a Troya, esa ciudad nefasta. Tú acuéstate aquí mismo, donde te halles más cómodo.

Así dijo, y subió a su habitación, junto con sus esclavas. Y cuando llegó allí, otra vez rompió en llanto por Odiseo, su querido esposo, hasta que Palas Atenea, la diosa de ojos glaucos, le derramó en los párpados el sueño.

car roj-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

Canto xx

Noche de tribulaciones.

Odiseo tendió en el suelo del vestíbulo la piel cruda de un buey, y encima colocó muchas pieles de oveja. Tras acostarse, Eurínome lo tapó con un manto. Sin embargo, por más que lo intentaba, era incapaz de conciliar el sueño: tramaba muchos males contra los pretendientes. Mientras yacía en el lecho, desvelado, se le acercó Atenea, bajando desde el cielo, y le habló de este modo:

—¿Por qué estás desvelado? Esta es tu casa y tienes en ella a tu mujer y a tu hijo, que ya quisieran otros que el suyo fuera así.

Le respondió Odiseo:

—¡Oh diosa! Es cierto lo que dices. Pero mi ánimo medita sin cesar cómo podría deshacerme, yo solo, de esos desvergonzados, que son muchos y siempre están en grupo. Y también me preocupa qué pasará conmigo si es que logro matarlos: tal vez sus familiares intentarán vengarse, y tendré que buscar refugio en otro lado.

Le respondió la diosa de ojos glaucos:

—¡Desdichado! Si un hombre confía en un amigo, que es mortal, ¿por qué no puedes tú creer en las palabras de una diosa? Ahora entrégate al sueño, porque es molesto pasar la noche en vela, vigilando: pronto tus males llegarán a término.

Así dijo la diosa, y derramó sobre los ojos de Odiseo el sueño. Luego volvió al Olimpo. Y en el instante mismo en que Odiseo se quedaba dormido, su esposa despertaba, llorando amargamente. Y una vez que su ánimo se sació de llorar, elevó esta plegaria:

—¡Ártemis, venerable hija de Zeus! ¡Cómo quisiera que me quitaras ahora mismo la vida con tus flechas, o que una tempestad me arrebatara y me arrastrara a los confines del océano! ¡Que los dioses me maten y me hundan en la tierra tan odiosa, para ver a Odiseo nuevamente y no tener que alegrar la mente de otro hombre!

El presagio de Zeus.

Así se lamentaba la prudente Penélope, y pronto surgió Eos, la de dorado trono. Sus llantos despertaron a Odiseo, quien recogió las pieles y el manto sobre los que había dormido, los puso en una silla, salió al patio, y allí, alzando las manos, le dirigió esta súplica al padre de los dioses:

—¡Padre Zeus! Si fue la voluntad de los dioses traerme de regreso a la patria, tras enviarme males incontables, haz que alguien de esta casa me diga algún presagio, y muéstrame tú mismo algún prodigio.

Así rogó Odiseo, y Zeus lo escuchó. Desde el Olimpo, encima de las nubes, hizo tronar el cielo. Y dentro de la casa, una criada que estaba allí moliendo el trigo y la cebada fue la que dio el presagio:

—¡Padre Zeus, que riges a los dioses y a los hombres! Has enviado un trueno desde el cielo estrellado, y no hay ninguna nube: sin duda, debe ser una señal que le envías a alguien. Cúmpleme a mí también lo que voy a pedirte: que sea este el último banquete para los pretendientes, puesto que mis rodillas desfallecen por el duro trabajo que me imponen, de molerles la harina. ¡Que sea la de hoy su última cena!

Así dijo la criada, y se alegró Odiseo al ver las dos señales, sabiendo que tendría éxito en su venganza.

Deliberaciones de los pretendientes.

En el salón, las otras esclavas encendían el fuego del hogar, cuando Telémaco salió del lecho, se vistió, se colgó la espada al hombro, se puso las hermosas sandalias en los pies, y empuñando la lanza, abandonó su cuarto.

Luego llegó el porquero, y también los pretendientes, que se pusieron a sacrificar ovejas, cabras, cerdos y una vaca. Con astucia, Telémaco sentó a su padre dentro de la casa, al lado de la puerta, donde le colocó una modesta silla y una mesa pequeña. Le sirvió de comer, puso vino en su copa y le habló de este modo:

—Huésped, siéntate aquí entre estos varones, y bebe vino. Yo te libraré de los insultos y las agresiones que pudieran hacerte, ya que esta casa no es pública, sino que es de Odiseo. Y ustedes, pretendientes, contengan su violencia: que no haya disputas ni altercados.

Así les dijo, y todos se mordieron los labios, admirados al ver que Telémaco hablaba con semejante audacia. Pero Atenea no dejó que los soberbios pretendientes se abstuvieran del todo de injuriar a Odiseo. Había entre ellos un hombre de ánimo perverso —Ctesipo era su nombre—, que venía de Same, y confiado en sus vastas posesiones, pretendía a Penélope; les habló a los soberbios pretendientes diciéndoles así:

—Ilustres pretendientes, escuchen mis palabras. Como es debido, el forastero tiene en su mesa una parte semejante a la nuestra. Es razonable y justo, pues no estaría bien privar de los manjares a un huésped de Telémaco. Así que yo también voy a ofrecerte el don de la hospitalidad.

Luego de decir esto, tomó de un canastillo una pata de buey y se la arrojó a Odiseo, quien la esquivó, bajando la cabeza. Desdeñoso, Odiseo le sonrió, y la pata fue a dar a la pared.

Telémaco le dijo a Ctesipo estas palabras:

—Por suerte para ti, has fallado, Ctesipo, porque de lo contrario te habría atravesado con mi lanza, y en vez de celebrar tu casamiento

tu padre habría tenido que enterrarte. Por lo tanto, que nadie sea insolente dentro de la casa, que ya no soy un niño, y puedo distinguir el bien del mal. Si antes he soportado que maten mis ovejas y se beban mi vino y se coman mi pan, es porque, siendo uno, no puedo contra todos. Pero ya no me causen más daños, y si no, directamente mátenme, pues prefiero morir antes que ver cómo maltratan a mis huéspedes y acosan a las criadas.

Así dijo Telémaco, y todos se quedaron en silencio, hasta que habló Agelao, uno de los pretendientes:

—Amigos, que ninguno se irrite, pues Telémaco ha hablado con justicia. No maltraten al huésped, ni tampoco a los siervos que viven en la casa del divino Odiseo. Pero quisiera darle un consejo a Telémaco: Odiseo ya no regresará, de manera que ve y dile a tu madre que tome por esposo al mejor de nosotros, para que tú te quedes con la hacienda de tu padre, y tu madre cuide la casa de otro.

Y contestó Telémaco:

—No postergo, Agelao, la boda de mi madre; por el contrario, la insto a que se case con el mejor de ustedes; pero no quiero echarla del palacio contra su voluntad. ¡No permitan los dioses que eso suceda!

Así dijo Telémaco, y los demás siguieron conversando y comiendo; sin embargo, Telémaco no les prestó atención, y se quedó mirando en silencio a su padre, aguardando el momento en que habrían de vengarse de los desvergonzados pretendientes.

Mientras tanto, Penélope había puesto un sillón frente a los pretendientes, y oía lo que hablaban en la sala. Los hombres se reían, preparándose para el almuerzo, que fue grato y dulce, porque sacrificaron muchas reses; pero ninguna cena sería tan amarga como la que la diosa y el esforzado héroe muy pronto les darían.

car roj-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

Canto XXI

Penélope propone el certamen con el arco.

Atenea, la diosa de ojos glaucos, le inspiró a la discreta Penélope que les trajera el arco de Odiseo a los desvergonzados pretendientes, a fin de celebrar aquel certamen que sería preludio a su matanza. Junto con dos criadas, subió a la habitación más escondida, donde guardaba los objetos más valiosos de Odiseo, además de su arco, que colgaba de un clavo, envuelto de una funda muy hermosa. Tras descolgar el arco, se sentó allí Penélope y lo sostuvo sobre sus rodillas. Lo sacó de la funda, llorando consternada, y cuando se cansó de lamentarse se fue a la habitación en donde estaban los viles pretendientes, con el flexible arco en una mano, y en la otra el carcaj, en el que había gran cantidad de dolorosas flechas. Allí se dirigió a los pretendientes:

—¡Soberbios pretendientes, que vienen cada día a comer y beber la hacienda de mi esposo ausente, sin hallar otra excusa que el deseo de casarse conmigo! ¡Escuchen! Les propongo el siguiente certamen: voy a poner aquí el arco de Odiseo. El que logre curvarlo, y hacer pasar las flechas por el anillo de estas doce hachas, será con quien me vaya, y dejaré esta casa a la que llegué virgen, que es tan hermosa y llena de riquezas, de la que me acordaré en mis sueños, según creo.

Así dijo Penélope, y le entregó al porquero el arco con las flechas para que lo llevara entre los pretendientes. El porquero lo recibió llorando y lo puso en la tierra; el boyero, Filetio, que estaba allí, también rompió a llorar. Antínoo, al verlos, les dijo estas palabras, increpándolos:

—¡Rústicos campesinos, que no piensan más que en el día a día! ¿Por qué, vertiendo lágrimas, conmueven el corazón de esta mujer, cuando ella ya lo tiene sumido en el dolor, tras perder a su esposo? Coman aquí, en silencio, o váyanse a llorar afuera del palacio.

De esa manera habló, y Telémaco dijo:

—Vamos, ya no retrasen el certamen. A ver quién es capaz de armar el arco. Yo probaré también… Si tengo éxito, no tendré que soportar que mi madre se marche del palacio con un nuevo marido.

La prueba.

Dichas estas palabras, se despojó del manto, tomó las doce hachas sin el mango y las clavó en el suelo, con el filo hacia abajo, una detrás de otra, y empleando una cuerda alineó los anillos. Tras esto, se alejó, levantó el arco y trató de tensarlo. Tres veces lo intentó, y las tres veces le faltaron fuerzas. Y quizá, de intentarlo una vez más, lo habría conseguido, pero con una seña se lo prohibió Odiseo. Entonces dijo así el sufrido Telémaco:

—¡Oh dioses, ay de mí! Soy débil y cobarde, o demasiado joven para fiarme de la fuerza de mis brazos y luchar contra alguien que me insulte. Pero, ¡vamos!, mejor prueben ustedes, que me ganan en fuerza, y terminemos el certamen de una vez.

Después de hablar así, dejó el arco en el suelo y se volvió a sentar. Luego se levantó uno de los pretendientes, que era el único de ellos que se irritaba por las malas obras que el resto llevaba a cabo. Su nombre era Leodes. Pero tampoco él pudo tensar el arco; antes se le cansaron las manos delicadas y lo dejó en el suelo, diciendo estas palabras a los otros pretendientes:

—¡Amigos míos, yo no puedo armarlo! Mejor que pruebe otro, aunque dudo que alguno lo consiga.

Y, airado contra él, Antínoo le dijo estas palabras:

—¿Qué tonterías dices, Leodes? Si tu madre no te hizo para que fueras un experto con el arco y las flechas, no creas que por eso los otros pretendientes no lo podrán lograr.

Así le dijo Antínoo, y luego, uno por uno, fueron probando los demás varones, pero a todos las fuerzas les flaqueaban al intentar tensarlo.

Odiseo se da a conocer a Eumeo y a Filetio. El plan.

Mientras tanto, salían de la casa Eumeo y el boyero. Al verlos, Odiseo fue tras ellos. Y cuando ya estuvieron afuera del palacio, les habló de esta forma:

—¡Escúchenme! Mi ánimo me impulsa a revelarles lo que pienso. Si Odiseo llegara de repente, porque un dios lo trajera, ¿ustedes se pondrían de su lado o lucharían con los pretendientes?

Y le dijo el boyero:

—¡Ojalá Zeus me concediera que volviese Odiseo! Si aquello sucediera, pronto conocerías la fuerza de estos brazos.

El porquero también habló del mismo modo, suplicando a los dioses por la vuelta de su amo. Y cuando supo el héroe lo que pensaban en verdad sus súbditos, les habló de esta forma:

—Odiseo está en casa. Aquí lo tienen: heme aquí, soy yo, que he llegado después de veinte años, tras sufrir muchas penas.

Apenas hubo dicho estas palabras, apartó los harapos y les mostró la extensa cicatriz que tenía en el pie. Luego de examinarla con cuidado, se echaron a llorar y lo abrazaron. Odiseo también los abrazó, y así se habrían quedado hasta el anochecer, de no haberles hablado Odiseo de este modo:

—Dejen ya de llorar, no sea cosa que alguno que salga del palacio nos vea y vaya con el cuento adentro. Entremos en la casa, pero no

todos juntos, sino uno tras otro. Escuchen lo siguiente: sé que los pretendientes no me permitirán tomar el arco; pero tú, noble Eumeo, cruzarás el salón y lo pondrás en mis manos, y después les dirás a las criadas que cierren las puertas del palacio y que les echen traba, y que luego se queden quietas y en silencio, aunque oigan que en la sala hay gritos y alboroto. Y tú, Filetio, cerrarás con llave la puerta que da al patio, y la asegurarás con una soga.

Después de hablar así, volvió a entrar en el palacio, y se sentó en la silla que había ocupado antes. Poco después entraron Eumeo y el boyero.

Los pretendientes fracasan en la prueba.

Mientras tanto intentaba tensar el arco Eurímaco, sin éxito. Tras darse por vencido, dijo así:

—¡Oh dioses! Siento un gran pesar, por mí y por todos ustedes. Y aunque me aflige la frustrada boda, no me lamento tanto a causa de eso, pues hay muchas aqueas para elegir en Ítaca y en las demás ciudades, sino porque ha quedado demostrado que nuestras fuerzas son tan inferiores a las de Odiseo. ¡Qué vergüenza si llegan a saberlo en el futuro nuestros descendientes!

Le contestó Antínoo:

—Estás equivocado, Eurímaco, y lo sabes. En el pueblo celebran una fiesta dedicada a Apolo: ¿quién podría tender el arco ahora? Déjalo ya en el suelo, y que las hachas queden tal como están. Que ahora sirvan vino, y dejemos el arco. Hagamos libaciones, y mañana, tras ofrecerle a Apolo sacrificios, terminaremos el certamen.

Odiseo pasa la prueba.

Así le dijo Antínoo, y todos aprobaron sus palabras. Hechas las libaciones, el astuto Odiseo les habló:

—Ilustres pretendientes de la reina, escuchen mis palabras: dejen ahora el arco y atiendan a los dioses, y mañana la voluntad divina

le dará fuerzas a quien se le antoje. Pero permítanme intentar tensarlo, para ver si en mis brazos hay el mismo vigor que había antes, o si la vida errante y la falta de cuidados arruinaron mi fuerza.

Y Antínoo le dijo:

—¡Oh huésped miserable! ¿Es que has perdido el juicio? ¿No te basta estar sentado aquí, compartiendo el banquete con nosotros? Sin duda, te trastorna el dulce vino, que daña a quien lo bebe sin medida. Y te sobrevendrá una gran desgracia si acaso llegas a tender el arco, pues no habrá en la ciudad quien te defienda. Bebe tranquilamente y no compitas con varones más jóvenes.

Entonces, la discreta Penélope le dijo estas palabras:

—Antínoo, no es justo que se ultraje así a un huésped de Telémaco, sin importar quién sea. ¿O piensas que si este hombre logra tender el arco de Odiseo, me llevará a su casa para tomarme por esposa? Ni él mismo concibió tal esperanza.

Y le dijo Telémaco a su madre:

—Madre mía, ninguno de estos hombres puede decirme a quién puedo entregarle el arco, pues detento el poder en el palacio. Tú ve a tu habitación y vuelve a tus labores junto con tus criadas. Y deja que del arco se ocupen los varones, y especialmente yo, que mando en esta casa.

Se sorprendió Penélope de las palabras de su hijo, e hizo lo que este le mandaba: subió a su habitación, y allí rompió a llorar por su esposo Odiseo, hasta que Palas Atenea derramó sobre sus ojos el dulce sueño.

Entonces le ordenó Telémaco al porquero que le entregara el arco al prudente Odiseo, a pesar de las burlas de los pretendientes. Eumeo así lo hizo, y después llamó a Euriclea, a quien le dijo estas palabras:

—Euriclea, Telémaco te manda que cierres bien las puertas del salón. Y dice que si alguna de las criadas escucha que allí dentro hay gritos y alboroto, que permanezca quieta y en silencio, atendiendo a lo suyo.

Odiseo tensa el arco. Vasija del siglo VI a. C.

Así habló, y Euriclea, sin responder palabra, se fue a cerrar las puertas del salón. A su vez, el boyero, con sigilo, cerró las puertas que daban al patio, y las aseguró con una soga.

Mientras tanto, Odiseo tenía el arco en las manos, y lo estaba estudiando para ver si los años lo habían estropeado. Y sin esfuerzo alguno, armó Odiseo el arco, e hizo vibrar la cuerda con la mano derecha, que resonó en el aire, emitiendo un agudo sonido semejante al canto de la golondrina. Los pretendientes empalidecieron; acto seguido, Zeus despidió como señal un trueno, y se alegró el paciente y divino Odiseo del presagio. Tomó una veloz flecha, la acomodó en el arco, y tiró de la cuerda, apuntó y disparó. La flecha limpiamente atravesó desde el primer anillo de las hachas hasta el último. Y entonces Odiseo le dijo así a Telémaco:

—Telémaco, no te deshonra el huésped que albergas en tu casa. No erré al blanco ni me costó trabajo armar el arco. Mis fuerzas están íntegras aún, aunque estos pretendientes creían lo contrario. Pero ya es hora de aprestar la cena, mientras hay luz; y luego se deleitarán con el canto y la lira, que son los ornamentos del banquete.

Así dijo Odiseo, haciendo con las cejas una señal a su hijo, que se ciñó la espada, y tras tomar la lanza, se colocó de pie junto a su padre.

car rog-
nos, los
a ame
fanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

Canto XXII

La matanza.

El astuto Odiseo se quitó los harapos, saltó al umbral armado con el arco, desparramó las flechas delante de sus pies y les habló a los pretendientes:

—Demos por terminado este certamen. Ahora tiraré contra otros blancos, adonde nunca nadie apuntó antes, a ver si me concede la gloria el dios Apolo.

Y dicho esto, disparó la amarga flecha contra Antínoo, que tenía en la mano una copa de oro y estaba por beber el rojo vino, sin pensar en la muerte. ¿Quién imaginaría que, entre tantos hombres, uno solo los mataría a todos, por más fuerte que fuese? Pero alcanzó la flecha de Odiseo en la garganta a Antínoo. Se le soltó la copa de la mano, la sangre le brotó de la nariz, y se cayó de espaldas, empujando la mesa y esparciendo la comida en el piso, donde el pan y la carne asada se mancharon.

Al verlo, los otros pretendientes se pusieron de pie con gran tumulto, y buscaron las armas que solían colgar de las paredes, pero no hallaron nada. Y, airados, increparon a Odiseo:

—¡Forastero! Haces mal en disparar el arco contra un hombre. Pero ya no hallarás otros certámenes. Ahora te aguarda una terrible

muerte. Has matado a un varón que era el mejor de Ítaca, y en castigo por ello te comerán los buitres aquí mismo.

Así hablaban, pensando que había dado muerte por error a aquel hombre, y los muy insensatos no sabían que la ruina pendía sobre ellos. Mirándolos con odio, les respondió Odiseo:

—¡Ah, perros! No creían que volvería de Troya, y por ese motivo devoraban mi hacienda y cortejaban a mi esposa, estando yo aún vivo, sin temer a los dioses que habitan en el cielo ni recelar venganza alguna de los hombres. Ya la ruina se cierne sobre todos ustedes.

Así dijo, y a todos los invadió el terror. Cada uno buscaba adónde huir, para librarse de una muerte horrible.

Y Eurímaco fue el único que se atrevió a decirle unas palabras:

—Si es cierto que tú eres Odiseo que ha vuelto, te asiste la razón al hablar de esta forma de todo lo que hacían los aqueos, pues muchas injusticias se han cometido en el palacio y en el campo. Pero yace en la tierra el culpable de todo, Antínoo, que fue quien promovió aquellas acciones, no por necesidad ni afán de matrimonio, sino para reinar sobre el pueblo de Ítaca, tras matar a tu hijo. Pero no quiso Zeus que así fuera, y ahora lo ha pagado con su vida, como era justo. Así que perdónanos, y nosotros te resarciremos por todo lo que hemos consumido de tu hacienda, y te daremos mucho bronce y oro para aplacar tu corazón airado.

El astuto Odiseo le respondió, mirándolo con odio:

—¡Eurímaco! Aunque ustedes me dieran, cada uno, todo su patrimonio, añadiendo, además, otros bienes de origen diferente, ni aun así habría de abstenerme de matarlos, hasta que todos paguen sus excesos. Ahora tienen dos alternativas: luchar conmigo o escapar, si es que alguno lo logra, aunque no creo.

Así dijo Odiseo, y a todos les flaquearon las rodillas y el espíritu. Y Eurímaco, exhortándolos a todos al combate, desenvainó la espada y se lanzó gritando hacia Odiseo. Pero este, al mismo tiempo, le disparó una flecha, que lo alcanzó en el hígado. Eurímaco cayó de frente al suelo, y una espesa neblina le veló la mirada.

Anfínomo también se lanzó contra el héroe, para ver si podía echarlo de la puerta, pero Telémaco se anticipó y le clavó la lanza entre los hombros, hasta que le salió la punta por el pecho, y Anfínomo cayó ruidosamente al suelo. Telémaco dejó la larga lanza clavada en el cadáver de Anfínomo, temiendo que mientras la arrancase, alguien pudiera herirlo con la lanza o la espada. Corrió hacia donde estaba Odiseo y le dijo:

—Padre, será mejor estar armados. Voy a traerte un casco, dos lanzas y un escudo, y en el camino me armaré yo mismo y les daré otras armas a Eumeo y a Filetio.

Y el astuto Odiseo respondió:

—Apúrate, Telémaco, mientras me quedan flechas y puedo defenderme.

Le obedeció Telémaco, y regresó enseguida con las armas. Y mientras tuvo flechas, Odiseo siguió matando pretendientes sin cesar. Cuando se le acabaron, dejó el arco apoyado contra una pared, se echó al hombro un escudo, se cubrió la cabeza con un labrado yelmo que tenía un penacho de crines de caballo, y asió dos fuertes lanzas con la punta de bronce.

La matanza de los pretendientes. Vasija del siglo IV a. C.

Sin embargo, Melantio, el odioso cabrero que ayudaba a los viles pretendientes, descubrió dónde estaban escondidas las armas y se fue a buscar lanzas y escudos para todos. Se aflojaron las piernas de Odiseo y le dio un vuelco el corazón, al ver que tomaban las armas sus rivales, porque ahora la lucha sería ardua.

Entonces Atenea, la diosa de ojos glaucos, se ubicó junto a él, tomando la figura y el aspecto de Méntor. Cuando lo vio, Odiseo se alegró y le habló de esta forma:

—Aleja de nosotros, Méntor, los infortunios, y acuérdate de mí, tu compañero amado.

Así dijo, a pesar de haber reconocido a Palas Atenea. Y la diosa, deseosa de probar a Odiseo y a su hijo Telémaco, no queriendo otorgarles una fácil victoria, le habló de este modo:

—Odiseo, no tienes ya el vigor con el que combatiste nueve años en Troya, donde mataste a muchos y aconsejaste cómo tomar la ciudadela. ¿Cómo, ahora, en tu casa, solicitas ayuda contra los pretendientes?

Después de hablar así, tomó la forma de una golondrina y voló hasta posarse en una viga del techo, ennegrecida por el humo.

Mientras tanto, Agelao exhortaba a los otros pretendientes:

—¡Amigos! ¡A la carga! Ahora es el momento, pues Méntor se marchó y los dejó de nuevo solos junto a las puertas. Pero no ataquen todos a la vez, sino de seis en seis, que si Zeus nos concede que hiramos a Odiseo, los otros no nos presentarán resistencia.

Les dijo así Agelao a los mejores que quedaban vivos: Anfimedonte, Eurínomo, Pólibo, Demoptólemo y Pisandro. Y ellos le obedecieron, pero Atenea desvió sus lanzas. Una vino a clavarse en la columna que había en la habitación, otra golpeó la puerta y otra acabó clavada en la pared. Repelido este ataque, dispararon Odiseo y los suyos, dando muerte a Euridamante, Anfimedonte, Pólibo y Ctesipo. Entonces, desde el techo, Atenea alzó su égida, y se llenaron de pavor las almas de los pretendientes que quedaban con vida, y huyeron por la sala como vacas que un tábano persigue, mientras los acechaban

Odiseo y los suyos, como buitres que atacan a otras aves en el llano, y arremetían contra ellos, matándolos e hiriéndolos con furia, entre gemidos, mientras la negra sangre corría por el suelo.

La purificación.

Cuando al fin la matanza concluyó, Odiseo se puso a examinar la sala, por si quedaba alguno de esos hombres todavía con vida. Pero todos yacían, amontonados unos sobre otros, entre el polvo y la sangre, como los peces que los pescadores sacan del agua con sus redes y amontonan en la arena de la orilla, deseosos de las olas y del sol reluciente. Entonces, Odiseo ordenó a las criadas que limpiaran la sala, mientras él y los suyos retiraban los cuerpos y raspaban el piso con espátulas.

Y una vez que el salón estuvo limpio, los hombres se lavaron, y Odiseo llamó a Euriclea y le dijo:

—Anciana, trae azufre[91] y también fuego, así purificamos el salón. Haz que venga Penélope junto con sus criadas, y diles a las esclavas del palacio que vengan a la sala.

Y le dijo Euriclea:

—Así lo haré, hijo mío. Pero antes permíteme que te traiga una túnica y un manto: sería deshonroso que en tu propio palacio continuaras vestido con harapos.

Y el astuto Odiseo respondió:

—Antes que cualquier cosa, quiero tener el fuego encendido en la casa.

Así dijo, y la anciana no desobedeció. Llevó fuego y azufre, y Odiseo purificó la sala, el patio y las demás habitaciones.

91 **Azufre:** elemento químico que se utilizaba en la Antigüedad como desinfectante, por sus propiedades medicinales y antisépticas.

Canto XXIII

Euriclea le anuncia a Penélope la llegada de Odiseo.

La anciana, con el corazón contento, subió las escaleras para anunciarle a su señora que su amado esposo había regresado. Cuando llegó a su habitación, le dijo:

—Penélope, despierta, hija querida, para ver con tus ojos lo que todos los días anhelabas: ya ha llegado Odiseo a su morada, por más tarde que fuese, y ha matado a los viles pretendientes que comían tu hacienda, deshonraban tu casa y maltrataban a tu hijo.

La discreta Penélope le dijo:

—¡Mi querida nodriza! Los dioses inmortales te han trastornado el juicio; porque ellos pueden hacer que enloquezca el más cuerdo y dar prudencia al más irreflexivo, y ahora te han vuelto insensata a ti, que antes solías ser discreta. No te burles de mí, que suficientes penas tengo ya. Vuelve al salón, que si otra de las criadas viniera a despertarme con ese mismo cuento, la echaría de malos modos; pero a ti la vejez te disculpa de ello.

Y contestó Euriclea:

—No me burlo de ti, hija querida. Es verdad que Odiseo ha regresado, y que está en esta casa, como te lo conté: era ese mismo huésped al que todos insultaban. Lo sabía Telémaco hace tiempo,

pero no dijo nada, con prudencia, mientras su padre preparaba un plan para vengarse de los pretendientes.

La prudente Penélope le dijo:

—¡Mi querida nodriza! Si es verdad lo que dices, ¿cómo ha podido él solo, y siendo tantos ellos, matar a los soberbios pretendientes?

Le contestó Euriclea:

—No lo sé, no lo he visto, solamente oí los suspiros de los que caían muertos, pues nosotras permanecimos llenas de pavor en nuestra habitación con las puertas cerradas, hasta que luego tu hijo vino desde la sala y me llamó por orden de su padre. Vi a Odiseo de pie, entre los cadáveres, que estaban apilados en el suelo. ¡Si lo vieras manchado con la sangre y el polvo, parecido a un león, tu corazón se llenaría de júbilo! Ahora todos yacen en el patio, y ha encendido un gran fuego tu marido, tras esparcir azufre por la sala. Me ha mandado a llamarte. ¡Se te ha cumplido tu mayor deseo: ver a Odiseo vivo regresar al hogar junto a ti y a tu hijo, tras vengar a los crueles pretendientes en su propio palacio! Ven conmigo, Penélope, para que ambos puedan alegrarse, después de haber pasado tantas penas.

La prudente Penélope le dijo:

—¡Mi querida nodriza! No hay que cantar victoria antes de tiempo. Bien sabes cuán felices estaríamos todos si él volviera, y especialmente tú, y el hijo que engendramos él y yo. Pero lo que me dices no es cierto: fue algún dios el que mató a los crueles pretendientes, irritado con sus malas acciones. Pero para Odiseo la esperanza del regreso murió lejos de Ítaca, y él ha muerto también.

Le respondió Euriclea:

—¡Hija mía! ¿Qué dices? Tu ánimo es siempre incrédulo: afirmas que tu marido no volverá a esta casa, cuando ya está en la sala, calentándose al lado del hogar. Voy a darte una prueba: cuando lavé sus pies, le vi la cicatriz que hace ya muchos años le hizo un jabalí con sus blancos colmillos. Yo quería decírtelo, pero él me lo impidió, con su astucia de siempre. Ahora, vamos, sígueme; y si te engaño, mátame.

predicado
activas
parece
incrédulo
frenta
tanola

Le respondió Penélope:

—Por más inteligente que una sea, es difícil saber los planes de los dioses inmortales. De todos modos, vamos, llévame con Telémaco, para que pueda ver a los muertos y a aquel que los mató.

Penélope pone a prueba a Odiseo.

Así dijo, y bajaron a la sala. Mientras tanto, Atenea le había dado a Odiseo el don de la belleza, y parecía más alto y más fornido. Y cuando traspusieron el umbral, tomó asiento Penélope junto al fuego, enfrente de Odiseo, que se hallaba sentado con la mirada baja, esperando que su querida esposa le hablara finalmente y lo mirara. Pero estuvo Penélope mucho tiempo callada, creyendo a veces que era su marido, y otras veces dudándolo.

Penélope y Odiseo disfrazado de mendigo.
Relieve de terracota del siglo v a. C.

Al fin habló Odiseo:

—¡Desdichada! Los dioses te han dado un corazón más duro que el de las demás mujeres. Ninguna permanecería así, con el ánimo firme, lejos de su marido, cuando él, tras veinte años de pasar tantos males, vuelve a casa. Pero, vamos, nodriza, prepárame la cama, porque quiero acostarme, pues ella tiene en su pecho un corazón de hierro.

La discreta Penélope le dijo:

—No hay en mí ni desprecio ni orgullo, ¡oh desdichado!, ni tampoco me admiro en demasía, pues sé muy bien cómo eras cuando partiste de Ítaca. Euriclea, prepara para el huésped el lecho que Odiseo construyó, y sácalo de nuestra habitación, para que duerma solo.

Así dijo Penélope, queriendo probar a su marido; pero, airado, Odiseo le respondió a Penélope:

—¡Oh mujer! En verdad me apena lo que dices. ¿Quién ha podido trasladarme el lecho? Pues solo un dios podría cambiarlo de lugar… Había en nuestro patio un ancho olivo, que tenía el grosor de una columna. Alrededor de él construí nuestro cuarto, con paredes de piedra, un excelente techo y puertas sólidas. Después corté las ramas del olivo y pulí el tronco desde la raíz, y tras enderezarlo lo convertí en el pie de nuestra cama; y a partir de ese pie, hice toda la cama, y la adorné con oro, con plata y con marfil, y puse en su interior unas correas de buey de color púrpura. Pero ahora no sé si sigue allí mi lecho, o alguien lo trasladó, cortando por el pie de la cama el olivo.

Así dijo Odiseo, y a Penélope le flaquearon las rodillas y el corazón al escuchar lo que su esposo le contaba. Corrió hacia él llorando, lo abrazó, lo besó, y le dijo estas palabras:

—¡No te enojes conmigo, Odiseo, que eres el más discreto de todos los hombres! Temía, horrorizada, que viniese algún hombre y me engañara con palabras, pues muchos traman males con astucias. Pero me das señales tan precisas, que no puedo más que creerte.

El reencuentro de Penélope y Odiseo.

Así dijo Penélope, y Odiseo lloró, abrazado a su esposa, como abraza la tierra un náufrago que acaba de salvarse. Euriclea y Eurínome prepararon el lecho, y luego se marcharon a sus habitaciones, y marido y mujer subieron a acostarse.

Una vez que gozaron del amor tan deseado y postergado, Odiseo y Penélope se contaron el uno al otro sus historias. Ella le dijo cuánto había sufrido por culpa de los viles pretendientes, que usándola de excusa, comían y bebían de la hacienda de Odiseo. Por su parte, Odiseo le contó de los males que les había causado a otros hombres y los que él mismo había sufrido, y luego le narró sus aventuras: le habló sobre los cícones y sobre los lotófagos, de Polifemo, el cíclope, y de Eolo. Le contó sobre Circe y sus hechizos, y sobre el viaje al Hades, donde volvió a encontrarse con su madre y con los compañeros muertos en el camino. Le explicó cómo pudo escuchar el sublime canto de las sirenas, y cómo superó el formidable escollo de la horrenda Caribdis y la terrible Escila. Le habló de los rebaños del Sol, y le contó cómo los suyos habían perecido por comérselos. Le refirió su estancia en la isla de Ogigia, con Calipso, y cómo lo retuvo, tras ofrecerle la inmortalidad, sin poder doblegar su corazón. Y le contó de qué manera, al fin, llegó a la isla donde vivían los feacios, que lo trataron como a un dios y lo trajeron de regreso a la patria. Y aquello fue lo último que dijo, porque ya lo vencía el dulce sueño, que relaja los miembros y deja el alma libre de inquietudes.

Y una vez que juzgó que Odiseo y Penélope habían disfrutado del amor y el descanso, Atenea, que había contenido la aparición de Eos para alargar la noche con sus goces, permitió que surgiera del océano la hija de la mañana, para llevar su luz otra vez a los hombres. Entonces, Odiseo se levantó del lecho y le dijo a su esposa:

—¡Mujer! Hemos sufrido suficientes penurias. Pero ahora que estamos los dos juntos de nuevo, tú debes ocuparte de los bienes

car rog-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

del palacio, que yo me ocuparé de reponer las reses que comieron los soberbios pretendientes, y llenaré de nuevo los establos. Pero ahora iré al campo, para ver a mi padre, que está tan afligido por mi ausencia. Y tú, que eres juiciosa, haz lo que te diré: muy pronto la noticia de que maté a los pretendientes se divulgará. Tú quédate en el piso de arriba con las siervas, y no hables con nadie ni preguntes nada.

Así dijo, y se puso la armadura y dejó la habitación. Tras despertar a su hijo, al porquero y al boyero, les mandó armarse a ellos también. Ellos le obedecieron, y tras armarse con el bronce, salieron de la casa. Y aunque ya había luz sobre la tierra, los ocultó Atenea con una oscura nube, y raudamente los sacó de la ciudad.

Canto XXIV

Las almas de los pretendientes van al Hades.

Hermes guió las almas de los pretendientes por lúgubres senderos, trasponiendo las corrientes del océano y las puertas del sol, y tras dejar atrás el País de los Sueños, arribaron muy pronto a la pradera de asfódelos,[92] morada de las almas, que son imágenes de los difuntos. Cuando las vio llegar, el alma del divino Agamenón se llenó de alegría, al saber que Odiseo había regresado finalmente a su patria.

Odiseo se reencuentra con Laertes.

Mientras tanto, Odiseo, Telémaco y los suyos dejaron la ciudad y llegaron al hermoso y cultivado campo de Laertes, que en otro tiempo este había comprado haciendo un gran esfuerzo. Odiseo les dijo a los siervos y a Telémaco:

—Ustedes sacrifiquen el mejor de los cerdos que encuentren en la casa para que lo comamos, que yo voy a probar si al verme ante sus ojos, después de tanto tiempo, me conoce mi padre.

car roj-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

92 **Asfódelo:** flor blanca y roja, de tallo largo, que se usaba en los ritos funerarios de la antigua Grecia.

Así les dijo y les confió sus armas. Al llegar a la viña, encontró allí a su padre, que estaba solo, trabajando el campo. Vestía un manto sucio y remendado, unos rotosos guantes de trabajo y un gorro miserable hecho con piel de cabra. Al verlo así, abrumado por los años y la melancolía, se detuvo al lado de un peral, y ya no pudo contener las lágrimas. No sabía qué hacer, si abrazarlo y besarlo y contarle su regreso, o si probarlo antes de darse a conocer. Tras pensarlo un instante, se decidió por la segunda opción, y se acercó al anciano que seguía cavando en torno de una planta, con la cabeza gacha, diciendo estas palabras:

—¡Anciano! Sabes cultivar un huerto, pues en este está todo bien cuidado, y no hay planta, ni higuera, ni olivo, ni peral que no lo esté. Pero voy a decirte una cosa, y espero no te enojes: el que no me parece bien cuidado eres tú, pues no solo te agobia la vejez, sino que estás roñoso y harapiento. No creo que tu amo te tenga en ese estado por holgazanería; además, no se ve nada servil en ti, pues por tu aspecto te pareces a un rey. Pero dime: ¿a quién sirves? ¿De quién es este huerto que cultivas? Yo quisiera saber si estoy realmente en Ítaca, como me dijo un hombre que encontré en el camino. Hace tiempo, en mi tierra, recibí a un huésped tan discreto como ninguno que haya recibido antes. Decía ser de Ítaca, y que el nombre de su padre era Laertes. Lo albergué en mi palacio y le entregué regalos de hospitalidad: siete talentos de oro, una jarra de plata, doce mantos sencillos, doce túnicas; y además, le entregué cuatro mujeres, diestras en toda clase de tareas.

Así dijo, y Laertes respondió con los ojos llorosos:

—¡Forastero! En efecto, estás en Ítaca. Pero ahora la rigen unos hombres malvados e insolentes, y te serán en vano esos regalos que le hiciste a aquel huésped. Si lo encontraras vivo en la ciudad de Ítaca, él no permitiría que partieras sin llenarte de obsequios para corresponder a tus presentes y a tu hospitalidad, como se debe hacer. Pero cuéntame, ¿cuándo recibiste a este huésped, mi hijo infortunado, si

es que no ha sido un sueño? Lejos de sus amigos y su patria, los peces en el mar se lo comieron, o en la tierra fue pasto de las fieras y las aves. Y ni su madre le hizo una mortaja, ni su rica mujer, la discreta Penélope, lloró sobre su lecho ni le cerró los ojos, como era justo hacer, porque tales son las honras debidas a los muertos. Vamos, dime quién eres y de dónde has venido.

Y el astuto Odiseo contestó:

—Mi patria es Alibante, donde tengo magnífica morada. El rey Afidas es mi padre y mi nombre es Epérito. Algún dios confundió mi derrotero y me trajo hasta aquí. Mi nave está amarrada en una playa, lejos de la ciudad. Y en cuanto a tu pregunta, pasaron cinco años del día en que Odiseo abandonó mi casa. Lo despedí contento y partió con alegría, con augurios propicios; confiábamos los dos en volver a encontrarnos, e intercambiar magníficos regalos.

Así dijo Odiseo, y Laertes se vio envuelto en una negra nube de dolor. Tomó un poco de tierra, y la arrojó, llorando, por sobre su cabeza. Entonces Odiseo sintió pena en su ánimo, y saltando a sus brazos, lo besó y le habló de esta forma:

—Padre, yo soy aquel por quien preguntas, que regresa a la patria después de veinte años. Deja ya de llorar y de estar triste, que el tiempo nos apremia: maté a los pretendientes en mi casa, vengando sus injurias y sus malas acciones.

Le respondió Laertes:

—Si eres en verdad Odiseo que ha vuelto, dame alguna señal que me convenza.

Le contestó Odiseo:

—Mira, aquí está la herida que un jabalí me hizo en el pie, cuando niño. Además, te diré cuáles fueron los árboles que tú me regalaste en aquel tiempo: yo te seguía por la huerta y tú me los ibas nombrando. Eran trece perales, diez manzanos, cuarenta higueras y cincuenta vides.

Así dijo Odiseo, y a Laertes le flaquearon las rodillas y el corazón, porque reconocía las señales que su hijo le daba. Abrazando a su hijo, le dijo estas palabras:

—¡Padre Zeus! Ustedes los dioses inmortales permanecen aún en el Olimpo, si es verdad que los viles pretendientes tuvieron su castigo merecido. Pero ahora temo que sus familiares, al enterarse de lo que pasó, te vengan a buscar.

Y el astuto Odiseo le respondió a su padre:

—No te preocupes, padre, y vamos a la casa. Ya están allí Telémaco, junto con el porquero y el boyero, haciendo la comida.

La paz.

Cuando llegaron a la hermosa casa, Telémaco, el porquero y el boyero cortaban mucha carne y mezclaban negro vino. Enseguida, una esclava lavó a Laertes y le puso un manto encima de los hombros, y Atenea lo hizo parecer más alto y más fornido de lo que era antes. Cuando salió del baño, se sorprendió Odiseo, pues parecía un dios.

Mientras gozaban del banquete Odiseo y los suyos, la Fama[93] mensajera recorrió la ciudad, anunciando la muerte de los pretendientes. Sus familiares, cuando se enteraron, corrieron al palacio de Odiseo con gritos y lamentos, y cada uno se llevaba el cuerpo de su pariente para darle sepultura. Y a los que habían venido de otras ciudades los ponían en las rápidas naves para llevar a cada uno a casa. Y luego se reunieron todos en el ágora, con el ánimo triste. Allí les habló Eupites, que era el padre de Antínoo, vertiendo muchas lágrimas por su hijo asesinado:

—Amigos, este hombre les ha hecho gran traición a los aqueos. A muchos y valientes se los llevó en sus naves, para luego perder las naves y los hombres; y al regresar, ha matado a los mejores de los itacenses.

93 **Fama:** alegoría del rumor, que se representa con miles de bocas que viajan rapidísimo repitiendo las noticias oídas.

Si nuestros descendientes llegaran a enterarse de estas cosas, sería vergonzoso. Y si no castigáramos a quienes han matado a nuestros hijos y hermanos, para mí la vida sería ingrata, y ojalá me muriese cuanto antes, para estar con los muertos. Pero vayamos pronto, antes de que se escapen.

Así dijo, entre lágrimas, y movió a compasión a los aqueos. Entonces, Haliterses les habló de esta forma:

—Itacenses, escuchen mis palabras. Todo esto ha ocurrido por la debilidad de ustedes, porque no se dejaron persuadir, ni por mí ni por Méntor, cuando los exhortábamos a impedir las locuras de sus hijos; ellos mismos, a causa de su orgullo, devorando la hacienda y ultrajando a la mujer de un varón excelente, que pensaban que ya no volvería, se buscaron su propia ruina. Háganme caso a mí: no vayamos, no sea que alguien halle el mal que se buscaba.

Así dijo Haliterses, y hubo un gran tumulto entre la concurrencia, y más de la mitad estuvieron de acuerdo y se marcharon. Sin embargo, a los otros no les gustó el discurso de Haliterses, y corrieron a armarse junto a Eupites.

Entonces, Atenea le habló a Zeus:

—¡Padre Zeus, respóndeme! ¿Qué tramas? ¿Tendrán lugar la perniciosa guerra y el horrible combate, o pondrás amistad entre unos y otros?

Y Zeus, que amontona las nubes, respondió:

—¡Hija mía! Tú misma formulaste ese plan: que Odiseo volviera y se vengara de ellos. Haz lo que te parezca, pero yo te diré lo que conviene: ya que Odiseo se ha vengado de los pretendientes, que ahora hagan las paces, y él reine para siempre sobre los itacenses. Por nuestra parte, hagamos que se olvide la matanza de los hijos y hermanos; que se amen los unos con los otros, y haya paz y riqueza en abundancia.

Y una vez que habló Zeus, Atenea bajó desde las cumbres brillantes del Olimpo.

car rog-
nos, los
a ame
tanta ba-
de cosa
toda la
mpañando

Mientras tanto, Odiseo y los suyos se armaron y salieron de la casa, listos para luchar contra los que venían. Enseguida, el combate comenzó y Atenea inspiró renovado vigor al anciano Laertes, que arrojó la gran lanza contra Eupites, quien cayó con estrépito en el suelo, sin vida. Y Odiseo y los suyos los habrían matado a todos si Atenea no hubiera detenido el combate con un grito:

—¡Abandonen la lucha y sepárense, itacenses, sin derramar más sangre!

Así dijo la diosa de ojos glaucos, y el pálido terror se apoderó de todos. No bien se oyó la voz de la deidad, los del bando de Eupites tiraron las armas en el suelo y se dieron a la fuga. El paciente Odiseo, con horrible alarido, se lanzó tras de ellos, como un águila. Pero Zeus arrojó un ardiente rayo, que fue a caer delante de Atenea. Y al ver esta señal de su padre, la diosa de ojos glaucos le dijo así a Odiseo:

—¡Ingenioso Odiseo, hijo de Laertes, del linaje de Zeus! Contente ya, que cese este combate, funesto para todos. No sea cosa que Zeus se moleste contigo.

Así dijo Atenea, y él se alegró de oírla y obedeció su orden. Y Palas Atenea, transfigurada en Méntor, hizo que los dos bandos acordasen la paz.

Sobre terreno conocido

Comprobación de lectura

Coloquen la V de verdadero o la F de falso al lado de las siguientes afirmaciones. En la carpeta, corrijan las afirmaciones incorrectas.

a) En la primera asamblea de los dioses, Atenea convence a Zeus de favorecer el regreso de Odiseo. ☐

b) Calipso se niega terminantemente a dejar partir a Odiseo y a ayudarlo en su retorno. ☐

c) Odiseo desea regresar a Ítaca, pero no puede porque perdió a sus compañeros y su nave en un naufragio. ☐

d) Telémaco emprende un viaje a Pilos y a Esparta para averiguar noticias de su padre. ☐

e) Penélope, cansada de esperar a su marido, elige a Antínoo para casarse con él y entregarle el trono de Ítaca. ☐

f) Atenea toma la forma de una anciana para incitar a Telémaco a emprender el viaje. ☐

g) Los pretendientes de Penélope consumen los bienes del palacio de Odiseo. ☐

h) Cuando comienza el relato, hace veinte años que finalizó la guerra de Troya y que Odiseo está vagando sin poder regresar al hogar. ☐

En la carpeta, respondan a las siguientes preguntas.

1. ¿Qué dios impide el regreso de Odiseo a Ítaca? ¿A qué se debe esta actitud?
2. ¿Qué artimaña idea Penélope para retrasar la elección de un nuevo esposo?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

3. ¿Quién encuentra a Odiseo en la isla de los feacios? ¿Cómo llega el héroe al palacio de Alcínoo?
4. ¿Por qué llora Odiseo cuando escucha al aedo en el banquete que ofrece Alcínoo?
5. ¿Cómo revela Odiseo su identidad ante Alcínoo y Arete? ¿Qué historias les cuenta?
6. ¿Qué diosa recibe a Odiseo en Ítaca? ¿Cómo es el plan que urden juntos para llegar hasta el palacio y llevar a cabo la venganza contra los pretendientes?
7. ¿Cómo se presenta Odiseo frente a Eumeo, el porquerizo fiel?
8. ¿Cómo tratan los pretendientes a Odiseo?
9. ¿En qué consiste el certamen del arco propuesto por Penélope? ¿Quién lo gana?

Marquen con una cruz la opción correcta.

1. Los cíclopes son...
   - **a)** dioses vengativos. ☐
   - **b)** gigantes de un solo ojo, desconocedores de la hospitalidad. ☐
   - **c)** gigantes que ayudan a los extranjeros que pasan por sus costas. ☐

2. El rey Eolo le regala a Odiseo...
   - **a)** una bolsa llena de oro y joyas preciosas. ☐
   - **b)** la mejor de sus naves. ☐
   - **c)** una bolsa que contiene vientos. ☐

3. Los lestrigones reciben a Odiseo y a sus compañeros...
   - **a)** con un banquete, juegos y música. ☐
   - **b)** arrojándoles piedras y comiéndose a quienes capturaban. ☐
   - **c)** prohibiéndoles acercarse al palacio. ☐

4. Los compañeros que van a investigar el palacio de Circe...
   - **a)** se enamoran de la hechicera y no regresan. ☐
   - **b)** vuelven decepcionados porque no encuentran nada interesante allí. ☐
   - **c)** son convertidos en cerdos y encerrados en jaulas. ☐

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Actividades de comprensión

❶ Relean los primeros seis renglones de la *Odisea*. Estas palabras preliminares conforman el **proemio**, que contiene un resumen de la obra y una invocación a la Musa, la diosa a la que se le pide inspiración. ¿Qué datos se mencionan en el proemio? ¿A qué episodio se refiere cada uno de esos datos? Justifiquen la respuesta.

❷ La estructura de la *Odisea* es compleja. El relato no se desarrolla siguiendo una línea cronológica estricta, sino que comienza por la mitad. Los hechos anteriores a este punto se narran, luego, en forma de *raccontos* o retrospecciones. En términos técnicos, se dice que esta es una *estructura en anillo,* porque tiene forma circular: la historia comienza en un punto, retrocede y luego vuelve al punto donde se había iniciado. Cuando una historia no se narra desde el principio, se dice que está comenzada *in medias res*, que en latín significa "por la mitad del asunto".

a) Armen dos líneas temporales, en paralelo. En una, presenten las acciones principales en el orden en que aparecen en la obra y, en la otra, ordenen los hechos cronológicamente.

b) Comparen las líneas y extraigan conclusiones. ¿Qué les parece que aporta a la trama este tipo de estructura? (Piensen en otras obras literarias, películas, series televisivas o historietas donde se use este recurso.)

❸ En la épica antigua es frecuente que a los personajes, tanto mortales como dioses, así como a algunos objetos, se les atribuya uno o más **epítetos** fijos. Estos epítetos son adjetivos o construcciones que sirven para caracterizar a los seres a los que se refieren y presentar alguno de sus rasgos sobresalientes.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

a) Relacionen cada personaje u objeto de la columna de la izquierda con el epíteto que le corresponde, en la columna de la derecha.

Poseidón	la de ojos glaucos
Zeus	el de los pies veloces
Penélope	astuto
Eos	el que junta las nubes
Circe	prudente
Aquiles	la de hermosas trenzas
Menelao	la de dedos de rosa
Néstor	el que sacude la tierra
Odiseo	rubio
Atenea	domador de caballos

b) Presten atención al epíteto de Odiseo. ¿Qué nos dice acerca de su personalidad? Busquen los otros epítetos que se le atribuyen a ese personaje y confeccionen una lista. ¿Qué conclusiones pueden extraer a partir de la lista que confeccionaron?

c) Propongan dos epítetos, además de los que aparecen en la obra, para cada uno de los siguientes personajes de la *Odisea*: Telémaco, Penélope, Zeus, Atenea, Poseidón y Odiseo.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Actividades de análisis

1. La *Odisea* se estructura en tres partes bien diferenciadas. Indiquen qué cantos comprende cada parte y escriban un breve resumen de la temática y la importancia de cada una de ellas. ¿Qué personajes predominan en cada parte?
   Parte 1. *Telemaquia*
   Parte 2. *Aventuras de Odiseo en el mar*
   Parte 3. *Odiseo en Ítaca*

2. A partir del canto IX, y hasta el canto XII, Odiseo, como si fuera un aedo, relata sus aventuras ante el auditorio que lo escucha en el palacio de los feacios. Este recurso que presenta el texto se llama *puesta en abismo*. La puesta en abismo es una técnica pictórica que consiste en representar la obra (o las condiciones de su producción) dentro de la misma obra. Si observan el famoso cuadro de Velázquez, *Las Meninas*, comprobarán que el artista se representó a sí mismo pintando un cuadro para los reyes de España.

Diego Velázquez, Las Meninas o la familia de Felipe IV
(1656, óleo sobre lienzo, 310 x 276 cm, Museo del Prado, Madrid).

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

En la *Odisea* sucede algo análogo: el protagonista, Odiseo, toma el lugar del aedo y se convierte en narrador de las diversas aventuras que él mismo ha vivido. Estos relatos enmarcados constituyen una "pequeña *Odisea*" dentro de la "gran *Odisea*".

a) ¿Qué característica especial tiene el relato de Odiseo? ¿Qué tipo de acciones cuenta?

b) ¿Qué conclusión pueden sacar del hecho de que los sucesos fantásticos estén en boca del protagonista? ¿Es Odiseo un personaje creíble? Discutan las conclusiones con sus compañeros.

3 A lo largo de sus aventuras en el mar, Odiseo se encuentra con varios **personajes monstruosos**.

a) Confeccionen una lista de los monstruos que aparecen entre los cantos IX y XII. Redacten una breve descripción de cada uno, teniendo en cuenta si contribuye al regreso de Odiseo o lo obstaculiza.

b) Imaginen otros monstruos que podrían aparecer en la *Odisea*. Inventen una nueva aventura en la que el héroe tenga que enfrentarse con él.

4 En la *Odisea*, los **personajes femeninos**, ya se trate de diosas o de humanas, son muy importantes.

a) Realicen una lista de todos los personajes femeninos que aparecen en el relato. Escriban una breve biografía de cada uno de ellos, destacando la importancia que tienen en relación con el protagonista de la historia.

b) ¿Qué características especiales de Atenea y Penélope las hacen más cercanas a Odiseo? ¿En qué se parecen a él? Piensen en el modo de actuar y en la personalidad de cada una.

5 La **hospitalidad** constituía un valor esencial en el mundo griego arcaico; según se creía, tratar bien a los extraños era un mandato divino. Varios episodios de la *Odisea* tocan este tema, por ser el protagonista un viajero que visita muchas tierras extrañas.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

a) Busquen en el texto ejemplos de episodios donde se haga presente el tema de la hospitalidad, tanto de manera positiva como de manera negativa. ¿Qué consecuencias acarrea la violación de la hospitalidad?

b) Redacten las reglas de la hospitalidad que tenían vigencia en el mundo de la *Odisea*. Comparen la importancia que tenía la hospitalidad para los griegos antiguos con la que le damos nosotros hoy en día.

6 De todos los lugares que Odiseo conoce en su extenso viaje, hay uno que se destaca: **el Hades**. Sin embargo, Odiseo no es el único personaje mitológico que realiza un viaje al mundo de los muertos. En la literatura clásica, se llama *katábasis* (que significa "ida hacia abajo") al descenso a los infiernos de un personaje vivo.

a) ¿Qué es el Hades? ¿Cómo llegan Odiseo y sus compañeros allí? Describan la geografía de ese espacio infernal, tal como ustedes se la representan.

b) Orfeo y Heracles también descendieron al Hades. Averigüen quiénes fueron estos personajes de la mitología y por qué llevaron a cabo esa acción. Copien en la carpeta los detalles de los mitos y compartan estas historias con sus compañeros.

c) ¿A quiénes encuentra Odiseo en el Hades? Confeccionen una lista de los personajes a los que solamente ve y otra de los personajes con los que habla. Expliquen la importancia de los diálogos con Anticlea, Tiresias y Elpénor.

d) Presten atención a lo que dice Aquiles cuando conversa con Odiseo: "No intentes consolarme. Preferiría ser un labrador al servicio de un hombre miserable, que apenas puede mantener su hacienda, a mandar en el reino de los muertos".

- ¿Por qué dice esto Aquiles? Busquen información sobre este héroe. ¿Creen que en vida hubiera dicho algo similar?
- Comparen a Aquiles con Odiseo. ¿En qué se parecen los dos héroes y en qué se diferencian?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

7 En el canto XII, Odiseo se enfrenta a un desafío particular: escuchar el canto de las sirenas sin que estas lo atraigan y lo devoren.

a) ¿Qué estrategia utiliza Odiseo para lograrlo?

b) Piensen en todos los episodios en que el héroe hace uso de su inteligencia y no de su fuerza física para escapar de algún peligro. Comparen las estrategias y saquen conclusiones acerca de las características de Odiseo como héroe.

8 Una vez que Odiseo se encuentra en Ítaca, el desafío mayor es que sus amigos y familiares lo reconozcan en el momento oportuno. Debemos tener presente que han pasado veinte años desde que partió rumbo a la guerra de Troya y que, además, Atenea lo avejentó y lo vistió con ropas de mendigo.

Enumeren los reconocimientos que tienen lugar entre los cantos XV y XXIV. ¿Cómo sucede cada uno de ellos? Compárenlos y señalen los elementos que tienen en común.

9 La venganza final presenta un conflicto desde el siguiente punto de vista: Odiseo ha matado a todos los jóvenes solteros de la isla. Los familiares, indignados, se enfrentan con Odiseo y Laertes en una nueva batalla. Parece que la tensión no va a resolverse.

a) ¿Cómo se soluciona finalmente el conflicto?

b) Busquen en una enciclopedia la definición de la expresión latina *deus ex machina* y relaciónenla con el final de la *Odisea*. ¿Recuerdan haber visto este recurso empleado en alguna película o alguna serie de televisión?

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Actividades de producción

❶ El arte de contar historias. Los aedos eran expertos en unir diferentes cantos, que memorizaban para formar historias más extensas y con una trama complicada.

a) Organícense en, al menos, cuatro grupos. Cada grupo deberá inventar un episodio nuevo de la *Odisea,* memorizarlo y, luego, contárselo a los demás. Traten de ponerse de acuerdo en la distribución de los temas, de modo que cada relato pueda "conectarse" con el siguiente.

❷ La *Odisea* en el arte. Elijan la escena de la *Odisea* que más les haya gustado y represéntenla plásticamente. Pueden inspirarse en las ilustraciones ya existentes, como las que hay sobre ánforas, mosaicos o relieves antiguos (algunas de ellas se reproducen en esta edición). Discutan qué escena elegirán, qué personajes serán representados, qué técnica y qué soporte utilizarán. Será provechoso que trabajen con la asistencia del docente de Educación Plástica.

❸ Las comparaciones. Los símiles homéricos son comparaciones de construcción compleja que aparecen frecuentemente en el relato. A continuación se transcriben algunos ejemplos en los que el símil aparece destacado en ***color***:

Telémaco abrazó a su padre, y los dos lloraron largamente, ***como gimen las aves cuando los campesinos les roban los pichones que no saben volar***. (Canto XVI)

Huyeron por la sala ***como vacas que un tábano persigue,*** *mientras los acechaban Odiseo y los suyos,* ***como buitres que atacan a otras aves en el llano,*** *y arremetían contra ellos, matándolos e hiriéndolos con furia, entre gemidos, mientras la negra sangre corría por el suelo.* (Canto XXII)

Pero todos yacían, amontonados unos sobre otros, entre el polvo y la sangre, ***como los peces que los pescadores sacan del agua con sus redes y amontonan en la arena de la orilla, deseosos de las olas y del sol reluciente***. (Canto XXII)

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

a) Inventen otros símiles tomando como ejemplo los anteriores. Recuerden que, por lo general, el símil establece una comparación entre un individuo o una acción y un elemento de la naturaleza.

b) Compartan los símiles con sus compañeros y elijan los cinco que más les gustaron. Justifiquen la elección.

c) Elijan un párrafo de la *Odisea* y expándanlo insertando un símil (o más de uno, si se animan).

4 Recreaciones de los mitos. A lo largo de la *Odisea* se relatan varios regresos, entre ellos el de Menelao, el de Néstor y el de Agamenón.

a) En obras de referencia sobre mitología clásica (como las que se enumeran en la Bibliografía, página 191), investiguen cómo fue cada uno de esos regresos. Copien la información en la carpeta.

b) Escriban un diálogo imaginario entre Menelao y Helena al retornar a Esparta. Tengan en cuenta lo sucedido en la guerra de Troya. Luego, escriban un diálogo entre Agamenón y Clitemestra, antes de que Egisto lo asesinara. (Este último regreso es el tema de una tragedia de Esquilo, llamada *Agamenón*, cuya lectura les recomendamos.)

c) Escriban un texto, en forma de crónica periodística, en el que relaten cada uno de estos regresos. Hagan hincapié en el de Odiseo, a quien se cree perdido o muerto. Inventen hipótesis para resolver el enigma de su paradero.

Tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Recomendaciones para leer y para ver

Si les gustó esta versión de la* Odisea*, les recomendamos leer el texto completo, en alguna de las excelentes traducciones al español que se han realizado:

Homero. *Odisea*. Buenos Aires, Losada, 2000, traducción de Luis Segalá y Estalella.

Homero. *Odisea*. Madrid, Cátedra, 1998, traducción de José Luis Calvo.

Homero. *Odisea*. Madrid, Gredos, 1998, traducción de José Manuel Pabón.

Homero. *Odisea*. Madrid, Alianza, 2005, traducción de Carlos García Gual.

Pueden encontrar una versión sencilla y completa del ciclo de la guerra de Troya en:

Bentivegna, Diego y Romana, Cecilia. *¡Canta, musa! Los más fascinantes episodios de la guerra de Troya*. Buenos Aires, Kapelusz, colección GOLU, 2009.

Para leer otros poemas épicos:

Homero. *Ilíada*. Buenos Aires, Losada, 1996, traducción de Luis Segalá y Estalella.

Virgilio. *Eneida*. Madrid, Gredos, 2005, traducción de J. de Echave-Sustaeta.

Apolonio de Rodas. *Argonáuticas*. Madrid, Gredos, 1996, traducción de M. Valverde Sánchez.

Anónimo. *Poema de Mio Cid*. Buenos Aires, Colihue, 2007, edición de Leonardo Funes.

Si quieren profundizar en los relatos clásicos de mitología griega y latina:

Hesíodo. *Obras y fragmentos. Teogonía, Trabajos y días*. Madrid, Gredos, 1997, traducción de A. Pérez Jiménez y A. Martínez Díez.

Ovidio. *Metamorfosis*. Madrid, Cátedra, 1995. Edición y traducción de Consuelo Álvarez y Rosa María Iglesias.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Pueden encontrar reelaboraciones de la* Odisea *en muchas obras de autores modernos:

Joyce, James. *Ulises*. Buenos Aires, Losada, 1999. Esta novela parodia y rinde homenaje a la *Odisea*, al relatar un día en la vida de Leopold Bloom, un Odiseo moderno, en la Dublín de principios del siglo XX.

Pavese, Cesare. *Diálogos con Leucó*. Madrid, Tusquets, 2000. Se trata de una colección de pequeños diálogos entre personajes mitológicos. Hay uno muy interesante entre Odiseo y Calipso.

Cortázar, Julio. "Circe". En: *Bestiario*. Buenos Aires, Alfaguara, 2001. Un cuento escalofriante, cuya protagonista está inspirada en la célebre hechicera.

Cavafis, Constantino. "Ítaca". Un bello poema inspirado en las aventuras de Odiseo. Pueden hallarlo en:
http://www.ciudadseva.com/textos/poesia/euro/cavafis/itaca.htm

Borges, Jorge Luis. "Odisea, libro vigésimo tercero". En: *El otro, el mismo*. Buenos Aires, Emecé, 1998. Este soneto se centra en los sentimientos de Odiseo una vez que ha consumado la venganza.

Fontanarrosa, Roberto. *Los clásicos según Fontanarrosa*. Buenos Aires, De La Flor, 1996. Entre las historietas de este libro, hay una divertida parodia de los poemas homéricos.

Adaptaciones cinematográficas:

Ulises, dirigida por Mario Camerini (1954). Una adaptación clásica, con Kirk Douglas en el papel de Odiseo y Anthony Quinn como Antínoo.

La Odisea, miniserie para la televisión, dirigida por Andrei Konchalovsky (1997).

Troya, dirigida por Wolfgang Petersen (2004), se centra en los últimos días de la guerra de Troya.

¿Dónde estás hermano?, dirigida por Joel y Ethan Coen (2000). Tres presidiarios escapan de la cárcel en el sur de los Estados Unidos y tienen un largo viaje de regreso a casa. Hay muchísimas referencias a la *Odisea*.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Bibliografía

Sobre la cultura griega en general y los poemas homéricos en particular

Calvino, Italo. "Las Odiseas en la *Odisea*". En: *Por qué leer los clásicos*. Barcelona, Tusquets, 1992.

Finley, M. I. *El mundo de Odiseo*. México, FCE, 1961.

Flacelière, Robert. *Adivinos y oráculos griegos*. Buenos Aires, Eudeba, 1997.

Kirk, G. S. *Los poemas de Homero*. Barcelona, Paidós, 1995.

Kitto, H. D. F. *Los griegos*. Buenos Aires, Eudeba, 1994.

Lesky, Albin. *Historia de la literatura griega*. Madrid, Gredos, 1989.

Steiner, George. *Lenguaje y silencio*. Barcelona, Gedisa, 1982.

Vidal-Naquet, Pierre. *El mundo de Homero*. Buenos Aires, FCE, 2001.

Obras de referencia sobre la mitología griega y latina

Burn, Lucilla. *Mitos griegos*. Madrid, Akal, 1998.

Buxton, Richard. *Todos los dioses de Grecia*. Madrid, Oberón, 2004.

Graves, Robert. *Los mitos griegos*. Madrid, Alianza, 1998.

Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Barcelona, Paidós, 1991.

Ruiz de Elvira, Antonio. *Mitología clásica*. Madrid, Gredos, 1995.

Vernant, Jean-Pierre. *La naturaleza de los mitos griegos*. Barcelona, Labor, 1992.

Vernant, Jean-Pierre. *Érase una vez. El universo, los dioses, los hombres*. Buenos Aires, FCE, 2000.

Sobre el mito en general

Bauzá, Hugo Francisco. *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires, FCE, 1998.

Bauzá, Hugo Francisco. *Qué es un mito. Una aproximación a la mitología clásica*. Buenos Aires, FCE, 2005.

Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México, FCE, 1972.

Kirk, Geoffrey. *El mito. Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*. Barcelona, Paidós, 1985.

tahola de imprecaciones. Se hablaba ya, como de cosa
resuelta, de una procesión en que debía ir toda la po-

Esta obra se terminó
de imprimir en enero
de 2015, en los talleres de
Buenos Aires Print,
Presidente Sarmiento 459,
Lanús, provincia de
Buenos Aires, Argentina.

La *Odisea* no solamente es el primer libro de aventuras de la literatura occidental, sino que es, también, uno de los más importantes de nuestra cultura. Hay algo en esta obra que continúa interpelándonos y que sigue teniendo sentido para nosotros hoy en día, casi tres mil años después de su composición. El relato de las vicisitudes de un hombre que extraña a su familia y quiere volver a pisar el suelo de su patria nos conmueve y nos interesa porque es un tema universal y profundamente humano. Este libro nos permite conocer otras geografías, encontrarnos con personajes maravillosos, vivir las mismas aventuras que los héroes... La importancia de leer la *Odisea* tiene que ver también, para los lectores jóvenes, con el hecho de que, de alguna manera, toda la literatura posterior está contenida en este primer gran relato.

La cuidadosa versión que presentamos reúne los pasajes fundamentales de la obra, conservando los recursos y la vitalidad de la poesía homérica. Las abundantes notas y las ilustraciones, tomadas de las tradiciones clásica y moderna, permiten que los lectores reconstruyan el contexto en el que surgió la obra. Por su parte, las propuestas de actividades, además de centrarse en el mundo de la épica antigua, llaman la atención acerca de la actualidad de esta obra, tanto por su elaborada estructura como por su constante reaparición en las más diversas manifestaciones de nuestra cultura.

CC 29002289

ISBN 978-950-13-2336-8

9 789501 323368

Kapelusz norma